# Representación de la Batalla del **Monte de las Cruces** y **Conmemoraciones 2021**

BETANIA PANIAGUA REYNOSO • PILAR REGUEIRO SUÁREZ
JOAQUÍN E. ESPINOSA AGUIRRE • EDUARDO MIRANDA ARRIETA
RODRIGO SÁNCHEZ ARCE (COORD.)

# Representación de la Batalla del **Monte de las Cruces** y **Conmemoraciones 2021**

COLECCIÓN IDENTIDAD | HISTORIA

BETANIA PANIAGUA REYNOSO
PILAR REGUEIRO SUÁREZ
EDUARDO MIRANDA ARRIETA
JOAQUÍN E. ESPINOSA AGUIRRE
RODRIGO SÁNCHEZ ARCE (COORDINADOR)

# Representación de la Batalla del **Monte de las Cruces** y **Conmemoraciones 2021**

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE MÉXICO

GOBIERNO DEL
**ESTADO DE MÉXICO**

Alfredo Del Mazo Maza
*Gobernador Constitucional*

Ivett Tinoco García
*Secretaria de Cultura y Turismo*

Consejo Editorial

*Consejeros*
Ivett Tinoco García, Rodrigo Jarque Lira,
Gerardo Monroy Serrano, Margarita Neyra González

*Secretario Ejecutivo*
Alfredo Barrera Baca

*Comité Técnico*
Alejandro Pérez Sáez, Rodrigo Sánchez Arce, Laura G. Zaragoza Contreras

*Representación de la Batalla del Monte de las Cruces y Conmemoraciones 2021*

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, 2023

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heroles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca de Lerdo, Estado de México.
ceape.edomex.com.mx

© Rodrigo Sánchez Arce, por la coordinación del contenido y los textos
© Betania Paniagua Reynoso, por los textos
© María del Pilar Regueiro Suárez, por el texto
© Eduardo Miranda Arrieta, por el texto
© Joaquín Edgardo Espinosa Aguirre, por el texto
© Carlos Alonso Medina García, por las fotografías de las páginas 25 a 41
© SECRETARIA DE CULTURA.-INAH.-MEX; por las fotografías de los monumentos históricos y/o inmuebles catalogados. Reproducción Autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Toda reproducción de imágenes de monumentos arqueológicos, históricos y zonas de dichos monumentos está regulada por la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicos, Artísticos e Históricos y su Reglamento, por lo que deberá tramitarse ante el Instituto Nacional de Antropología e Historia el permiso correspondiente.

ISBN: digital en trámite

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 226-01-07-23

Las opiniones expresadas en este libro son responsabilidad exclusiva de los autores y no representan necesariamente el punto de vista del editor.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la AdministraciónPública Estatal.

# ÍNDICE

2021 MEXIQUENSE:
UN AÑO HISTÓRICO 11

PRIMERA PARTE
REPRESENTACIÓN DE LA BATALLA
DEL MONTE DE LAS CRUCES 21

"¡JODER, MENDÍVIL!"
CRÓNICA DE UNA REPRESENTACIÓN HISTÓRICA 23
BETANIA PANIAGUA REYNOSO / RODRIGO SÁNCHEZ ARCE

GUION HISTÓRICO DRAMÁTICO DE LA REPRESENTACIÓN
DE LA BATALLA DEL MONTE DE LAS CRUCES 45
BETANIA PANIAGUA REYNOSO / RODRIGO SÁNCHEZ ARCE

SEGUNDA PARTE
CONMEMORACIONES 2021 61

NUEVAS DISCUSIONES EN TORNO
A LA CONQUISTA DE MÉXICO-TENOCHTITLÁN 63
PILAR REGUEIRO SUÁREZ

NUEVA MIRADA A LA CONQUISTA
DEL MATLATZINCO 83
RODRIGO SÁNCHEZ ARCE

LA INDEPENDENCIA DE 1821: VIEJAS Y NUEVAS IDEAS
EN TORNO A LA LLAMADA *CONSUMACIÓN* 111
JOAQUÍN E. ESPINOSA AGUIRRE

LA CONSUMACIÓN EN EL ESTADO DE MÉXICO 137
RODRIGO SÁNCHEZ ARCE

PEDRO ASCENCIO ALQUISIRAS
EN SU BICENTENARIO 169
EDUARDO MIRANDA ARRIETA

SEMBLANZAS 193

# 2021 MEXIQUENSE: UN AÑO HISTÓRICO

LAS CONMEMORACIONES HISTÓRICAS SON MANIFESTACIONES DE LA VOLUNTAD colectiva. Forman parte de aquellas prácticas populares que cumplen funciones simbólicas y rituales, como una manera de preservar y reflejar la visión imperante de la época en que se realizan. Cuando cumplen ciclos medidos en siglos, existe una mayor exaltación de las festividades y celebraciones que las rememoran.

En 2021, se llevaron a cabo las conmemoraciones históricas centenarias. A diferencia de 2010, en que se celebró el Bicentenario de la Independencia y el Centenario de la Revolución, en 2021 no hubo centenario alusivo a la Revolución. El 13 de agosto se conmemoraron los 500 años de la Caída de México-Tenochtitlán —fue, quizá, la primera ocasión en que, en el México independiente, se celebró un centenario de este hecho, pues no se conoce que, por ejemplo, se conmemorara el 400 aniversario en 1921— y el 27 de septiembre los 200 años de la Consumación de la Independencia de México.

Las festividades no resultaron fastuosas ni generaron tantas expectativas como las de 2010, pero el contexto para realizarlas fue favorable, a pesar de que el quinto centenario significó la derrota del imperio mexica y de que en el imaginario mexicano Iturbide no es tan popular —en el corazón histórico y patriótico de nuestro país, Hidalgo no tiene rival.

Con todo, el Bicentenario de la Consumación no podía pasar desapercibido. Se acepta la independencia de México desde 1821, no desde 1810, en que inició la guerra; en un tiempo de reivindicación de pueblos originarios y respeto a la diversidad de identidades, era necesario recordar la caída de aquel imperio hegemónico en Mesoamérica, a la hora de la llegada de los españoles y cuya celebración se tradujo, de una forma positiva, en un tema de inmemorial resistencia indígena.

A ello, hay que agregar el hecho de que el presidente Andrés Manuel López Obrador, ha demostrado interés en la historia de México. Por lo que el Gobierno de México instaló a fines de 2018 la Coordinación de Memoria Histórica y Cultural de México, encabezada por Beatriz Gutiérrez Müller —instancia desaparecida a

inicios de 2023— y por decreto del 3 de septiembre de 2019 se creó la Comisión Presidencial para la Conmemoración de Hechos, Procesos y Personajes Históricos de México, grupo de trabajo que articula diversos esfuerzos institucionales, a fin de promover y reconocer las celebraciones ocurridas entre 2019 y 2024.

Derivado de esta última, el 30 de septiembre de 2020, Zoé Robledo, director general del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) y representante del presidente, informó que 2021 sería el "Año de la Independencia y la Grandeza de México" y dio a conocer 12 emblemáticas conmemoraciones, entre ellas, las más relevantes, el Bicentenario de la Consumación de la Independencia de México y los 500 años de la Memoria Histórica de México-Tenochtitlán —título que prescinde del término "conquista"—, además de los 190 años del fusilamiento de Vicente Guerrero, el 14 de febrero, y los 200 años de la promulgación del Plan de Iguala, el 24 del mismo mes. Mención aparte merece la celebración de los "700 años de la Fundación Lunar de la Ciudad de México-Tenochtitlán", el 12 de mayo, tema que resultó polémico y fue descalificado por diversos arqueólogos y especialistas.

De manera posterior, la federación solicitó a los gobiernos estatales replicar el ejercicio, por lo que el 14 de diciembre de 2020 se instaló el Consejo Mexiquense de Conmemoraciones 2021, encabezado por el gobernador Alfredo Del Mazo Maza, con la presencia del coordinador general de la Coordinación de Memoria Histórica y Cultural de México, en ese momento Eduardo Villegas Megías, e integrado por los titulares de las secretarias General de Gobierno y de Educación, de la Coordinación Técnica del Gabinete y la Oficina de la Gubernatura, y en especial de la secretaria de Cultura y Turismo, Marcela González Salas y Petricioli.

Cada una de estas instancias llevó a cabo su propio programa de conmemoraciones. Como todos los años, el día más importante para el Estado de México fue el 2 de marzo, en que el gobernador Alfredo Del Mazo celebró el 197 aniversario de la erección de la entidad y entregó la Presea Estado de México a distinguidas y distinguidos mexiquenses en todas sus categorías.

En el caso de la Secretaría de Cultura y Turismo (SCYT), en su programa general de actividades intervino personal de las direcciones generales de Patrimonio y Servicios Culturales del Valle deToluca y del Valle de los Volcanes, así como de la Orquesta Sinfónica del Estado de México (OSEM) y del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal (CEAPE). Debido a la pandemia por la covid-19, la mayor parte de las actividades se realizaron de manera digital, con transmisiones

en la plataforma Cultura en un Click, en las redes sociales Facebook, Twitter y YouTube; las presenciales, con los debidos cuidados sanitarios, se llevaron a cabo en las instalaciones de los centros culturales Mexiquenses de Toluca, Bicentenario de Texcoco y Anáhuac de Huixquilucan, así como en la Sala "Felipe Villanueva", sede de la OSEM, y las salas de lectura del CEAPE.

Por parte de la Dirección General de Patrimonio y Servicios Culturales del Valle de Toluca, en ese momento a cargo de Ivett Tinoco García, se celebró el 21 de febrero el Día Internacional de la Lengua Materna con "Cenzontle: Poemas en Lenguas Maternas del Estado de México", en el que participaron Juan Ancelmo González, Margarita de la Vega Lázaro, Nancy Alejandra Pedroza Velázquez, Crispín Amador Ramírez, Elpidia Reynoso González y Reyna Rayón Salinas; el 2 de marzo, María del Carmen Salinas, investigadora de El Colegio Mexiquense, A. C., ofreció el conversatorio "Geografía histórica del Estado de México"; el 14 de abril, Anne Staples, profesora e investigadora de El Colegio de México, A. C., realizó la tertulia "Leona Vicario y los Guadalupes", y el 28 se presentaron los audiovisuales "Poemas y cantos de Nezahualcóyotl" y "Tres Universos", con lecturas dramatizadas a cargo de Teatro Landó, de la obra del Rey Poeta de Texcoco y de la Décima Musa, sor Juana Inés de la Cruz.

A su vez, la Dirección General de Patrimonio y Servicios Culturales del Valle de los Volcanes, entre junio y agosto realizó el ciclo de conferencias "500 años. Texcoco y su participación en la Conquista", coordinado por la arqueóloga Estíbaliz Aguayo, con la presencia de Gonzalo Tlacxani Segura, Enrique Ortiz, Pablo García Loaeza, Ramón Cruces Carvajal, Clementina Battcock, Sergio Vásquez Galicia, Mariana Favila Vázquez y María Castañeda de la Paz, quienes abordaron diversos aspectos de la conquista realizada en torno al área del Lago de Texcoco y la Cuenca de México. Por su parte, Marco Antonio Cervera Obregón, profesor investigador de la Universidad Anáhuac, impartió el 29 de julio la plática "501 años de la Batalla de Otumba"; el 3 de agosto, en el Auditorio "Dr. Miguel León Portilla" del Centro Cultural Bicentenario de Texcoco, el arqueólogo Gustavo Coronel ofreció la charla "Huatepec-Tepetzingo. Un espacio de recreación en el Lago de Texcoco", y en el mismo auditorio se conmemoró, el 9 de agosto, el Día Internacional de los Pueblos Indígenas, con la mesa de conferencias "Nación Náhuatl".

Del 24 al 26 de septiembre, la OSEM, a cargo del director Rodrigo Macías González, realizó, junto con el ensamble Euphonia Sextet de Serbia, la serie de conciertos *Encuentro entre naciones* en la Sala "Felipe Villanueva", el Centro Cultural Mexiquense Bicentenario de Texcoco y el Teatro "Ángel y Tere Losada" de la Universidad Anáhuac México, en los que se ejecutó música clásica y jazz, así como canciones étnicas y piezas tradicionales con arreglos contemporáneos.

Por parte del CEAPE, Rodrigo Sánchez Arce, integrante del Comité Técnico, ofreció las pláticas "Bicentenario del Plan de Iguala y la Bandera Nacional", "500 años de la Caída de Tenochtitlán" y "Septiembre, mes de la patria", además coordinó y participó en los conversatorios "Las mujeres en la Independencia: Manuela Medina 'La Capitana'", con las escritoras Yolanda Sentíes y Sara Tinoco; "Aniversario del Ilustrador Nacional", con las investigadoras Fátima Martínez Mejía y Minerva Ordoñez Arizmedi; "En torno a la fundación de Tenochtitlán", con Raymundo Martínez, coordinador de investigación de El Colegio Mexiquense, A. C.; "Bicentenario del fallecimiento de Pedro Ascencio Alquisiras", con Eduardo Miranda Arrieta, profesor investigador de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo; en el marco de la Feria Internacional del Libro del Estado de México (FILEM), "Bicentenario de la Consumación de la Independencia", con Rafael Estrada Michel, profesor investigador del Instituto Universitario de Investigación "Ortega y Gasset" México, y Joaquín Espinosa Aguirre, doctorante en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, y "La Batalla de Aculco y el Palo Bendito, rumbo a los 500 años de Aculco", con Javier Lara Bayón, director de Publicaciones y Contenidos de la Editorial Clío Libros y Videos. Todos ellos fueron transmitidos en el programa Libros a Fondo de la plataforma Cultura en un Click, a cargo de la conductora del CEAPE, Miriam García Hernández, responsable del Área de Promoción del Acervo del Fondo Editorial Estado de México (FOEM).

No obstante, el evento principal instruido por la secretaria Marcela González Salas fue la "Representación de la Batalla del Monte de las Cruces", coordinado por la SCyT, junto con la 22.ª Zona Militar de la Secretaría de la Defensa Nacional (Sedena) y Teatro Landó. Se realizó el sábado 30 de octubre, en uno de los parajes donde ocurrió la batalla 211 años antes, en el campo frente al Museo de la Batalla del Monte de las Cruces y el monumento que ocupan las estatuas ecuestres de Miguel Hidalgo y Costilla, Ignacio Allende y José Mariano Jiménez. Como cereza

del pastel y vinculado a esta representación, el viernes 29 de octubre, la OSEM estrenó la obra *Redención*, poema sinfónico en cuatro actos, del compositor poblano Eduardo Angulo, con la ejecución sinfónica a cargo del director Rodrigo Macías.

Tal fue la contribución de la SCYT a los trabajos del Consejo Mexiquense de Conmemoraciones 2021. Como se observa, se llevaron a cabo diversas actividades que cubrieron las efemérides más importantes, todas relacionadas con personajes y sucesos relevantes del Estado de México, haciendo del 2021 un año histórico, musical y festivo. El libro que las lectoras y los lectores tienen en sus manos ofrece el doble propósito de dar cuenta, por un lado, de la intervención del Gobierno del Estado de México en la "Representación de la Batalla del Monte de las Cruces" y, por el otro, de las principales conmemoraciones mexiquenses 2021.

Para ello, en la primera parte, Rodrigo Sánchez Arce y Betania Paniagua realizan la crónica de los acontecimientos en torno a dicha escenificación, desde que, a principios de 2021, la 22.ª Zona Militar solicitó apoyo y asesoría a la SCYT, a fin de lograr este magno evento el 30 de octubre de 2021. Dicha crónica es un invaluable testimonio de primera mano, de participantes y protagonistas, en torno de un hecho histórico que quizá no se volverá a repetir en nuestra entidad.

La representación de la batalla quedó plasmada como material audiovisual del Sistema Mexiquense de Medios Públicos, en Mexiquense TV, por lo que se puede consultar en ese formato. No obstante, en este libro se incluye el guion histórico y teatral que permitió llevarla a escena, a fin de que el público lector pueda conocer los diálogos y el dramatismo que se le imprimió a los roles de los personajes que intervinieron.

A su vez, la segunda parte del libro da cuenta de las dos principales efemérides de 2021: los 500 años de la Caída de México-Tenochtitlán y el Bicentenario de la Consumación de la Independencia de México —esta última efeméride también incluye referencias del personaje que cumplió su bicentenario de fallecido el 3 de junio de 2021, Pedro Ascencio Alquisiras, héroe insurgente considerado mexiquense—. Se divide en cinco apartados: dos de ellos consideran interpretaciones y conocimientos novedosos en torno a ambos hechos, con una visión nacional; los siguientes dos abordan una revisión en torno a los mismos, pero con una visión local que comprende el Estado de México y el Valle de Toluca, y el último aborda la figura del héroe insurgente que combatió durante el movimiento trigarante en el sur mexiquense.

En la visión nacional, Joaquín Espinosa Aguirre, historiador considerado el mayor conocedor de la biografía de Agustín de Iturbide en México, escribe "La independencia de 1821: viejas y nuevas ideas en torno a la llamada 'consumación'", documento invaluable para revalorar su significado y comprender mejor este hecho histórico, al que pocas veces se presta atención, resultado de la conjunción de diversos elementos y de la participación de numerosos individuos —no sólo de Iturbide—, grupos, cuerpos militares e instituciones de España y de Nueva España, en un contexto en el que la sinergia lograda también permitió que nuestro país comenzara su vida independiente.

Por su parte, la historiadora Pilar Regueiro Suárez, especialista en estudios mayas y, en general, en el conocimiento de Mesoamérica, así como en códices y en los archivos de la provincia agustiniana de Michoacán, escribe "Nuevas discusiones en torno a la Conquista de México-Tenochtitlán", en el que, a partir del estudio directo de fuentes indígenas, aborda la participación de agentes poco considerados en la conquista de 1521, como aquellas mujeres que, aparte de la Malinche, tuvieron presencia en estas tierras, o personas de origen europeo —fuera de España—, africano y asiático que acompañaron a los españoles en sus invasiones, además de cuestionar la idea de mestizaje sostenida hasta nuestros días, que impide observar otras aristas de la conquista y, sobre todo, opaca la riqueza cultural y los intercambios que, con todo y la violencia en la que se enmarcaron, surgieron de esa gesta y dieron origen a la nación que hoy conocemos.

A su vez, Rodrigo Sánchez Arce, estudioso de la historia en territorio mexiquense, escribe "Nueva mirada a la conquista del Matlatzinco" con la que recuerda el Quinto Centenario de la Conquista del Valle de Toluca, en junio de 1521. También escribe "La consumación en el Estado de México", una descripción de los hechos que condujeron a la independencia entre 1821 y 1822, a partir del registro de los acontecimientos ocurridos en el actual territorio del Estado de México, un enfoque que, en su opinión, no se ha explotado lo suficiente —con excepción del escritor y cronista Alfonso Sánchez García, quien, como se observará en el artículo, en 1999 publicó un estudio sobre "La Consumación de la Independencia en el Estado de México" .

De esta forma, bajo el sello FOEM, el CEAPE arroja luz sobre las Conmemoraciones 2021 conducidas por la SCyT, con apoyo de otras instancias, y se suma a las discusiones académicas que a nivel nacional se efectuaron para comprender

mejor aquellos fenómenos históricos que marcaron —y siguen marcando— el imaginario social en nuestro país, como lo son la Conquista de México-Tenochtitlán y la Consumación de la Independencia.

# PRIMERA PARTE
# REPRESENTACIÓN DE LA BATALLA DEL MONTE DE LAS CRUCES

# "¡JODER, MENDÍVIL!" CRÓNICA DE UNA REPRESENTACIÓN HISTÓRICA

BETANIA PANIAGUA REYNOSO
RODRIGO SÁNCHEZ ARCE

En su libro *La Batalla del Monte de las Cruces*, publicado por la Editorial Campanas de Toluca, en 1953, el cronista Lorenzo Camacho Escamilla, hijo distinguido de Mexicaltzingo, escribió en su "Proemio", fechado el 20 de octubre de ese año, la siguiente anécdota:

> Tuvo mi particular amigo el señor Dn. Malaquías Huitrón, Secretario General del Gobierno del Estado de México, como por el día 12 de marzo reciente, la feliz idea de que, como contribución del mismo Estado a la celebración del "Año de Hidalgo", que se conmemora en este de 1953, se llevara a cabo, en el lugar donde tuvo desarrollo la histórica Batalla del Monte de las Cruces, un simulacro conmemorativo de aquella gran acción.
>
> Algunos días después me suplicaba que formulara yo un "plan de estrategia, diálogo o instructivo", que sirviera de base a representar el suceso, con el fin de ver si era posible la escenificación.
>
> Confieso que, a pesar de hacer ya varios años he venido ocupándome en investigaciones de carácter histórico, no conocía de la mencionada contienda guerrera más allá de lo publicado hasta entonces, ni tenía yo otro conocimiento que el de tradiciones escuchadas vagamente en mi ya lejana niñez.

> Púseme por lo tanto a revisar la bibliografía existente y a hurgar con posterioridad en la dormida tradición regional.
>
> Dos meses de incesante labor en mi biblioteca, en otras bibliotecas, en archivos y en los lugares de la ruta donde se gestó y consumó el gran sucedido, pusieron al descubierto, particularmente en los terrenos de la tradición, datos y detalles de muchísimo interés para la Historia, dándome de paso el descubrimiento la convicción de que, quienes habían venido relatando el episodio, no tuvieron documental suficiente, despreciaron la tradición y probablemente ni llegaron a conocer la topografía del terreno.
>
> Atento al encargo ya recibido, formulé un programa y un bosquejo de escenificación para teatro de grandes masas, poniéndolo el 18 de junio último en manos de quien me lo había solicitado.
>
> No habiéndose podido efectuar la realización del simulacro y teniendo de ello conocimiento definitivo el 12 del presente mes, resolví escribir y publicar la siguiente crónica…

En efecto, el 11 de septiembre de 1952, la Cámara de Senadores del Congreso de la Unión decretó que 1953 sería "Año del Padre Hidalgo" y que la "Federación, en coordinación con los gobiernos de todas las entidades federativas, confeccionará el programa de actos con los que se rendirá especial homenaje al Padre de la Independencia". Éstos consistieron en ceremonias, inauguración de monumentos y edificios y la emisión de una moneda conmemorativa. No obstante, como hemos leído, la propuesta que narra el cronista Camacho no llegó a buen puerto, aunque, a cambio, dejó registro de ese antecedente.

Tuvieron que pasar 68 años para que se volviera a plantear la idea de realizar la escenificación de la Batalla del Monte de las Cruces.

Dicho evento se enmarcó en un programa de actividades organizado por la Sedena, en todo el país, con motivo de las Conmemoraciones 2021. La batalla tuvo lugar el 30 de octubre de 1810 y fue la primera gran victoria insurgente, por lo que debía ser el evento magno de la 22.ª Zona Militar a realizarse el 30 de octubre de 2021 en el mismo lugar donde ocurrió. Además, en el Estado de México la Sedena programó otras dos actividades, el aniversario luctuoso de Mariano Abasolo —fallecido en el Castillo de Santa Catarina, en Cadiz, España, el 14 de abril de 1816—, realizado en Aculco en 2021; y la segunda, la conmemoración de

El cura Hidalgo oficiando misa ante las tropas.

Enfrentamiento entre insurgente y realista.

la muerte de Ignacio Allende, Juan Aldama y José Mariano Jiménez —fusilados el 26 de junio de 1811, en Chihuahua—, realizada frente al monumento ecuestre y Museo de la Batalla del Monte de las Cruces, en Ocoyoacac.

Los preparativos empezaron en el mes de enero. En apariencia, había mucho tiempo por delante, pero en ese momento no se tenía idea de la magnitud del evento que resultaría. Al iniciar marzo se tuvo la primera reunión encabezada por Marcela González Salas, secretaria de Cultura y Turismo, y el general de división Diplomado de Estado Mayor (DEM) Francisco Jesús Leana Ojeda, entonces comandante de la 22.ª Zona Militar. A esa reunión también asistieron Alejandra Guerra Juárez, secretaria particular de la titular de Cultura y Turismo; Juan Germán Bastida Flores, coronel de artillería DEM y subcomandante de la 22.ª Zona Militar; Ivett Tinoco García, entonces directora general de Patrimonio y Servicios Culturales; Rodrigo Sánchez Arce, integrante del Comité Técnico del CEAPE, y Yeimy Selene Martínez Mijangos, soldado auxiliar oficinista. En esta primera reunión se definieron las directrices para comenzar la coordinación de acciones.

Posteriormente, se visitaron los parajes donde se desarrolló la batalla, en la Sierra de las Cruces, con presencia de integrantes de la SCYT y la Sedena, a los cuales se sumaron Daniela Reyes Díaz, secretaria particular de la presidenta municipal de Ocoyoacac; Humberto Rodríguez Suárez, coordinador de Acción Cívica y Eventos Especiales de la Secretaría General de Gobierno; Betania Paniagua Reynoso y Javier Eduardo Núñez Santos, de Teatro Landó; Marco Antonio Cueto Martínez, director de la empresa Pirotecnia Internacional, encargado de las detonaciones y cohetes que dieron mayor realismo a la escenificación; Sergio Emmanuel Ortiz Sánchez, secretario de relaciones públicas de la Unión de Asociaciones de Charros del Estado de México, y Miguel Ángel Bastida Soto, de la Cuadra Bastida de Almoloya de Juárez.

En los últimos años, como parte de sus tareas de fortalecimiento de la cultura cívica y de la conmemoración de efemérides contenidas en el Calendario Cívico estatal, Humberto Rodríguez se ha encargado de organizar las ceremonias de la batalla cada 30 de octubre, por lo regular, en la zona donde se ubica el Obelisco. Sin embargo, luego de visitar las estatuas ecuestres y el museo, se decidió que el campo frente a éstas era el idóneo para la representación, pues dicho espacio se amoldaba mejor para llevar a cabo labores logísticas y teatrales.

Entre marzo y mayo, el coronel Bastida y Rodrigo Sánchez Arce sostuvieron pláticas, para plantear los principales hitos ocurridos durante la batalla y de esa forma identificar los momentos que podrían escenificarse. El resultado fue un primer guion histórico a cargo de Sánchez Arce, imaginado y elaborado a partir de documentos, proclamas, mensajes y discursos de la época, tanto insurgentes como realistas, publicados entre el 16 de septiembre y el 30 de octubre de 1810, así como de bibliografía alusiva al tema. Los libros que sirvieron de base fueron *Hidalgo. Maestro, párroco e insurgente* (Fomento Cultural Banamex-Editorial Clío, 2011), autoría del mayor conocedor de la biografía del Padre de la Patria, Carlos Herrejón Peredo; así como *Batalla del Monte de las Cruces* (Editora e Impresora Xinantécatl, 1989), de quien fuera historiador del ayutamiento de Toluca, José Luis Alanís Boyso, quien en su texto compila información de alrededor de 60 documentos e historiadores que aportaron datos, entre ellos Lucas Alamán, Carlos María de Bustamante, Luis Castillo Ledón, Pedro García, Juan Hernández y Dávalos, José María Luis Mora, Vicente Riva Palacio, fray Servando Teresa de Mier y Lorenzo de Zavala.

Cabe resaltar que el guion histórico tiene la particularidad de no sólo tomar en cuenta el papel de los insurgentes, sino también el de los realistas quienes, por lo regular, son poco considerados en representaciones históricas, en especial en audiovisuales. El guion inicia con sendas narraciones para contextualizar al público en la guerra de Independencia, dando especial realce al paso del Ejército Insurgente por territorio mexiquense, así como el momento en que las tropas se encuentran en la Sierra de las Cruces; las últimas narraciones dan cuenta del final de la batalla, de las estruendosas celebraciones rebeldes y de las consecuencias de la victoria. Se incluyen arengas de Hidalgo, antes y después de la conflagración, así como una breve arenga de Trujillo y diálogos cortos entre protagonistas de ambos bandos; la brevedad ofrece mayor realismo, pues en medio de una batalla se dan órdenes que no se discuten.

También se incluyen gritos de guerra, entre los cuales sobresalen los "vivas" a la libertad, a la independencia y a la virgen de Guadalupe —inevitablemente las arengas de Hidalgo llevaron un tono religioso pues, amén de ser cura, pensaba que los franceses que invadieron España, en 1808, suprimirían la religión católica en las posesiones españolas—, así como los "mueras" al mal gobierno, y aunque fue grito de batalla, dado el carácter moderno y republicano de las celebraciones,

así como el clima poco favorable a España, no se consideró apropiado incluir el monárquico grito de "¡Viva Fernando VII!".

Entre las principales escenas, aparte de las mencionadas narraciones, el guion incluye los reconocimientos de terreno realizados por ambos bandos, el inicio del combate por los insurgentes, el rechazo del primer ataque por los realistas, la reorganización insurgente y la implementación de una estrategia envolvente del enemigo, el intento de reorganización de los realistas, una escena culminante, derivada de un hecho al que poca importancia dan los historiadores, pero que en términos histriónicos resulta fundamental: el terrible fusilamiento de dos mensajeros insurgentes anónimos, enviados por Allende para exigir a Trujillo la rendición incondicional de sus tropas y, por último, la embestida final de los insurgentes, la desbandada realista y la celebración de la victoria en el campo de batalla.

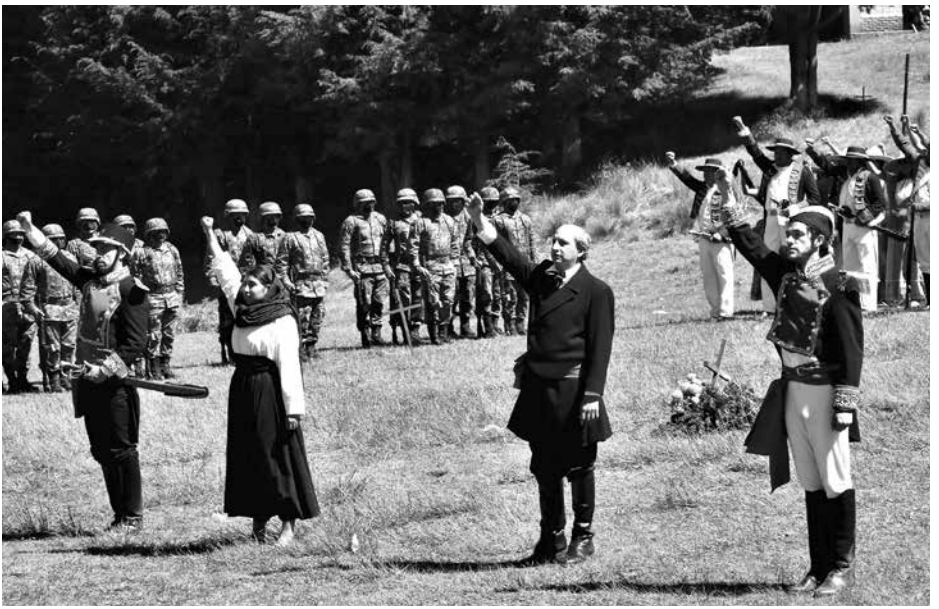
En el guion, además, se esbozan temas como el enfrentamiento entre la Guadalupana insurgente contra la virgen de los Remedios realista, los conflictos entre Hidalgo y Allende, la decisión tomada por Hidalgo de no entrar a lo que hoy es la Ciudad de México, la indisciplina de las masas insurgentes y el orden realista. Y si bien los libros de historia realzan el papel de Hidalgo, no obstante, para efectos de escenificación del hecho bélico, se resaltó la presencia de Ignacio Allende y Mariano Jiménez, por un lado, y Torcuato Trujillo, por el otro, verdaderos protagonistas de la batalla; por lo que, durante su desarrollo, Hidalgo pasó a segundo plano; la presencia de Agustín de Iturbide, el consumador de la Independencia, en 1821, no era tan importante en aquel momento y también pasó a segundo plano. Por su parte, la selección de la narradora fue fundamental, por lo que, para romper con la preeminencia de ese mundo de hombres, se optó por escoger a una mujer.

El guion histórico vio la luz a fines de mayo y sirvió de base para comenzar a plantear requerimientos de montaje en materia de recursos humanos y animales, materiales, financieros, tecnológicos, de comunicación e infraestructura. Por su parte, el coronel Bastida también imaginó la representación e inició gestiones en oficinas centrales de la Sedena para conseguir implementos como vestimentas, armas de utilería y personal militar y de la Guardia Nacional (GN) que pudiera participar actuando en diferentes roles; asimismo, comenzó a analizar el espacio del campo de futbol en la zona militar, con el fin de plantear en el papel los movimientos tácticos de las tropas que luego serían trasladados al terreno en los ensayos.

Por primera vez, el 30 de octubre de 2021, se llevó a cabo la representación.

Un momento clave del proceso, en el que se tuvo certeza de la calidad de la representación, fue la contratación por parte de la SCyT, a través de la Dirección General de Patrimonio y Servicios Culturales, de los servicios profesionales de Teatro Landó, empresa fundada, en 2018, por Betania Paniagua, gestora y directora teatral con más de 20 años de experiencia y más de 30 montajes de teatro, ópera y *streaming*. A partir del guion histórico, Paniagua realizó ajustes para hacer el trazo escénico, al cual se hicieron las adecuaciones necesarias según evolucionaron las circunstancias; por ejemplo, implementó una pausa en la trama para dar mayor dramatismo al clímax de la obra con la declamación, a cargo de la narradora, del poema "No acabarán mis flores", de Nezahualcóyotl. De manera posterior, Betania entró en contacto con el coronel Bastida para plantear sus requerimientos, lo cual incluyó una visita a la Fábrica de Vestuario y Equipo de la Sedena en Ciudad de México, el 27 de julio, a fin de seleccionar vestuario, calzado, armas, banderas, estandartes y otros artículos militares.

Al mismo tiempo, Paniagua conformó su equipo de producción con personal de Teatro Landó, ella misma como directora escénica. En la producción ejecutiva el músico y compositor Javier Eduardo Núñez Santos, quien también llevó a cabo



Narradora, Miguel Hidalgo y otros jefes insurgentes en escena.

la grabación de voces, edición, diseño sonoro y música en vivo, y cuya participación representó uno de los grandes soportes de esta escenificación. También estuvieron Alejandra Sánchez, quien asistió a la producción ejecutiva; Bruceth Boyzo, asistente de combate escénico; Tania Rangel, asistente de maquillaje; Mariana Gabriela Jiménez Castañeda, auxiliar. Entre los creativos, Blanca Reyes, diseño de vestuario y utilería; Arturo Camargo, en la dirección de combate escénico, y Alain Martínez, encargado de la fotografía y la dirección de maquillaje con su equipo Hair & Beauty Studio.

El tema de la selección de actores fue un aspecto fundamental. Se recurrió a la investigación de imágenes históricas para representar a los principales participantes en la batalla, los insurgentes: Miguel Hidalgo, Ignacio Allende, Juan Aldama, José Mariano Jiménez, Mariano Abasolo y dos mensajeros; los realistas: Torcuato Trujillo, Antonio Bringas, José de Mendívil, Agustín de Iturbide, capellanes y ayudantes. Cabe señalar que de todos ellos existen imágenes, con excepción de Trujillo, Bringas y Mendívil, por lo que, para su personificación, se ocuparon litografías de otros militares españoles de la época —como el caso del brigadier realista José de la Cruz—. Vale la pena resaltar que, por la magnitud

del proyecto, en algún momento se contempló invitar a talento de Ciudad de México, pero llena de orgullo afirmar que, al final, se conformó un equipo artístico 100% mexiquense.

Para las narraciones se seleccionó a Daniela Salazar Martínez. En principio, se pensó que ella personificara a Josefa Ortiz de Domínguez, sin embargo, al final se decidió que fuera vestida a la usanza de la época, para recordar a las innumerables mujeres anónimas de las que sabemos de su presencia a lo largo de la lucha libertaria, aunque no existan testimonios puntuales de su participación en esta batalla. En cuanto a los personajes, Hidalgo debía tener fuerza expresiva, por lo que se seleccionó a Édgar Garduño Millán; Torcuato Trujillo requería ser personificado por una figura joven que pudiera lograr un acento español y se eligió a Mauricio Poquelín; Allende debía ser un mozo joven de buena altura y aspecto gallardo, fue interpretado por Cristian Zuppa.

El resto del reparto se integró con actores del Valle de Toluca: Nelson Rodríguez Olivares, Aldama; Juan Carlos Nava, Jiménez; Giovanni Santzález, Abasolo; Alonso Hernández, Mendívil; Miguel Ángel Fragoso, Iturbide; Miguel Ángel Pérez, Antonio Bringas; Daniel Estrada y Anuar Hirám, mensajeros, y Raymundo González y Óscar Daniel G. Sotelo, capellanes.

Por su parte, el personal del Ejército Mexicano tuvo la responsabilidad de representar a las tropas de línea de ambos bandos con uniformes según la usanza de ese tiempo, pero también a rancheros y gente del pueblo, indígenas, castas y mestizos que integraron el grueso de la insurgencia. Por tal razón, se ensayó con efectivos seleccionados de la 22.ª Zona Militar, tanto mujeres como hombres. Para definir el número de participantes se consideró que del lado insurgente marchaba un ejército masivo de más de 80 mil efectivos y del lado realista un reducido ejército de dos mil militares disciplinados, por lo que alrededor de 350 elementos actuaron como insurgentes y cien como realistas.

Cabe recordar que los integrantes de los regimientos militares de Nueva España no utilizaban los mismos uniformes, ya que cada uno de ellos confeccionaba su propia vestimenta, además de que antes del 16 de septiembre de 1810 los regimientos rebeldes también pertenecían a las fuerzas realistas y su vestimenta era similar, por lo que se tomó la decisión de distinguir a cada bando sólo con un uniforme, como se comentará más adelante. Un libro que sirvió de base para documentar el vestido de la época fue *Trajes y vistas de México en la mirada de*

*Theubet de Beauchamp* (Turner-Conaculta-INAH, 2010), obra de aquel francés que visitó México en los años inmediatos a la consumación de la Independencia.

En el tema de maquillaje y peinados, si bien se efectuó el *facechart* de cada personaje, su realización resultó un reto para lograr el mayor realismo. El profesionalismo tanto del reparto como de Hair & Beauty Studio permitió, por ejemplo, colocarle extensiones canosas y rasurarle la cabeza al actor de Hidalgo, hacerle un rizado mediante base al actor de Allende, decolorarle el cabello a Abasolo para teñírselo de rubio, sin dejar de mencionar las pelucas de Aldama, Mendívil e Iturbide, más los postizos de bigote, barba y patilla de varios personajes.

El vestuario de los protagonistas consistió en los siguientes atuendos: para la narradora, falda circular color azul marino, blusa de algodón blanco, huaraches de piel marrón y rebozo gris con rojo; Hidalgo, uniforme eclesiástico y abrigo largo de lana negros, faja de seda azul francia y botines negros; los jefes insurgentes y realistas, chaquetas corte de levita en terciopelo negro con pechera roja, botones, charreteras y canelones dorados, pantalones de algodón blanco, botas federicas negras, además, portaron sables-machetes de acero inoxidable; para distinguirlos, los insurgentes usaron fajas de seda azul francia y sombreros de gala, y los realistas fajas de seda roja y sombreros de gala con plumas rojas y blancas; los mensajeros insurgentes, chaqueta corta azul rey con pechera blanca y botones dorados, pantalón de algodón blanco, botas federicas negras, carrilleras con cinturón y bolsa blancas y sombrero negro con visera; el capellán insurgente, túnica de algodón negro, zapatos negros y estandarte de la virgen de Guadalupe, y el capellán realista, túnica con capucha de algodón rojo, zapatos negros y estandarte de la virgen de los Remedios.

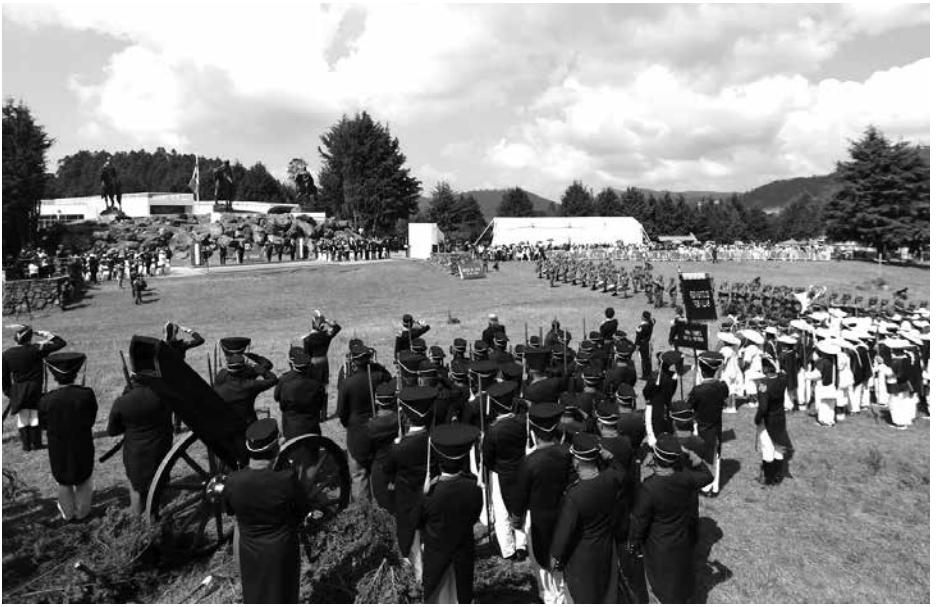
Para representar a la gente del pueblo, las mujeres utilizaron falda circular de algodón en diferentes colores, blusa de algodón blanco, huaraches de piel marrón y rebozos de colores; los varones, pantalones y camisas de manta natural blancos, con o sin jorongos de lana color marrón claro o de algodón a rayas verticales —las rayas eran comunes en la vestimenta del pueblo de la época— de diversos colores, huaraches marrones y sombrero de paja, y para los rancheros, chaquetas y pantalones de gamuza marrones, sombreros de algodón negro, botines negros y paliacates rojos.

Las armas empleadas fueron de utilería y consistieron en fusiles, pistolas, espadas, machetes, lanzas, palos, cañones y culebrinas, todas prestadas por la Sedena,

Monumento conmemorativo de la batalla.

más antorchas de fuego reales para encender cohetes y arrojarlos al interior del brocal del cañón. Como no se contó con las armas en los primeros ensayos, gracias a su amplia experiencia en coreografía de combate, Arturo Camargo determinó utilizar palos para realizar los arduos entrenamientos que tanto protagonistas como efectivos militares aprendieron; además, sirva de anécdota, él no dejó de asistir a los últimos ensayos a pesar de haber sufrido un accidente, tener un pie enyesado y usar muletas.

A su vez, se elaboró una escenografía especial que consistió en cruces de madera, la principal de dos metros de alto y 24 más pequeñas de 60 centímetros, clavadas en todo el terreno. Cabe señalar que en aquella época, el Camino Real a Toluca —hoy carretera México-Toluca— era el lugar donde los bandoleros realizaban sus tropelías y como consecuencia cometían asesinatos; así, en estas latitudes solían colocarse cruces en señal de que ahí yacían los muertos. Por esta razón, a varias cruces se les colocaron flores de cempasúchil que sirvieron, por un lado, para recordar a los difuntos en fecha tan cercana a los primeros días de noviembre y, por otro lado, dichas ofrendas sirvieron para marcar la ubicación de las denotaciones de piso —que hicieron saltar a más de un distraído— y tener la



El evento dio inicio con honores a la bandera.

distancia mínima requerida de al menos un metro para, de esta manera, cuidar la integridad del reparto.

Mención aparte merecen los jinetes y sus caballos, aspecto imprescindible, pues la batalla también se desarrolló a lomos de equinos. La presencia de la Cuadra Bastida y de la Unión de Asociaciones de Charros, con bridones de la Finca del Charro de Santa María Nativitas, Zinacantepec; de los Charros de Santa Cruz, Tianguistenco, y de la Asociación de Charros del Estado de México, Villa Charra de Toluca, fueron fundamentales para coordinar las faenas de 50 caballos que participaron tanto en ensayos como en la escenificación final; para esta última se sumaron elementos de los 25.º y 90.º Batallones de Infantería, el 10.º Regimiento de Caballería, el 8.º Regimiento de Blindados y el 3.º Cuerpo de Infantería Rural, todos dirigidos por la 22.ª Zona Militar. Los jinetes estaban orgullosos de participar, dado que la charrería es la segunda reserva del Ejército de México —la primera la integran los conscriptos del Servicio Militar Nacional.

Aquellos actores que representaron a los insurgentes Allende y Jiménez y a todos los jefes realistas aprendieron a montar y, más aún, a hacer galopar a los caballos al tiempo de actuar. Del adiestramiento de los insurgentes se encargó

la Finca del Charro y de los realistas la Cuadra Bastida. Como datos curiosos y chuscos, cabe mencionar que en contados ensayos se tuvo la posibilidad de contar con equinos, por lo que Betania Paniagua pidió sillas viejas para sustituirlos y, al montarlas, los actores causaban gracia en quien los miraba; además, los jinetes llevaban perros de compañía, los cuales no sólo sumaron realismo a las escenas sino que se convirtieron en protagonistas involuntarios e insospechados y también causaban gracia pues seguían a los caballos a donde fueran. En ocasiones las detonaciones provocaron reparos en los equinos, por lo que fue un verdadero milagro que ningún jinete cayera al suelo, sobre todo los menos duchos que eran los actores y, por último, el entusiasmo de Sergio Ortiz, de los charros de Santa Cruz, Tianguistenco, hizo que terminara participando en la obra con el papel de capellán realista portando el estandarte de la virgen de los Remedios.

Un aspecto a resaltar es la sinergia generada entre la actriz, los actores, los civiles y los militares seleccionados, situación que permitió un ambiente de trabajo armónico. En la escena v del guion, en un diálogo sostenido por personajes realistas, a Torcuato Trujillo se le hace decir la expresión "¡Joder, Mendívil!" para responder a uno de sus subordinados y aclararle que hacía poco tiempo que había llegado a Nueva España, por lo que apenas se estaba adecuando a la manera de hacer la guerra en este país. Poco a poco esta expresión se fue convirtiendo en una frase chusca y ocurrente, utilizada con regularidad por los actores en los camerinos y en los ensayos, para hacer mofas de diversas situaciones, lo cual contribuyó a que se reforzaran los lazos de camaradería y que las cosas fluyeran mejor. De esta manera, "¡Joder, Mendívil!" se volvió representativo para la escenificación de la batalla.

En agosto, Teatro Landó realizó el trabajo de mesa y ensayó con intensidad los diálogos con la actriz y los actores, de lo que resultaron lecturas dramatizadas como la del 5 de agosto, en las instalaciones del propio teatro, con la presencia del coronel Bastida y del nuevo comandante de la zona, el general de brigada DEM, Ernesto José Zapata Pérez. Posterior a ello, comenzaron los ensayos dos veces por semana, de agosto a octubre, en el campo de futbol de la 22.ª Zona Militar, de 120 metros de frente por 120 metros de profundidad, tamaño de cancha apenas *ad hoc* como escenario natural; aunque se trata de un terreno plano, mientras que el del Monte de las Cruces es un terreno bastante irregular. En dichos ensayos, Betania Paniagua estuvo atenta a los aspectos escénicos, mientras el coronel

Tropa insurgente integrada por indios, meztisos y castas.

Bastida atendió las operaciones tácticas y ambos comenzaron a dirigir las escenas en ejercicios seccionales. A partir de ese momento también se contó con apoyo del teniente coronel Arroyo, historiador de la Sedena quien, en términos generales, estuvo de acuerdo con el guion histórico y el trazo escénico.

El 10 de septiembre, la secretaria Marcela González Salas realizó una reunión de supervisión junto con el general Zapata. En esa visita se mostraron los uniformes y las armas de utilería, se dio una explicación histórica sobre la guerra de Independencia, se realizó una lectura dramatizada y se pudieron observar avances en el terreno, los cuales eran halagüeños. A partir de ello, durante septiembre se intensificaron los ensayos y el 9 de octubre, por primera vez, se realizó uno en el Monte de las Cruces.

Hasta aquí todo parecía marchar sobre ruedas; sin embargo, a unas semanas para el 30 de octubre, hubo que sortear diversos obstáculos y conflictos que se presentaron.

Si bien se contaba con el apoyo total e incondicional del general Zapata, el súbito ascenso militar del coronel Bastida a inicios de septiembre provocó que la representación se quedará sin el iniciador de este acontecimiento, historiador

Enfrentamiento entre realistas e insurgentes.

militar nato y principal interesado en los movimientos militares y la disciplina de los elementos en el campo.

Otro aspecto que requería definición era la probable asistencia del presidente Andrés Manuel López Obrador. Como antecedente se tenía que el 15 de septiembre de 2018, siendo presidente electo, fue recibido por el gobernador Alfredo Del Mazo Maza en el monumento ecuestre del Monte de las Cruces para montar una guardia de honor a los héroes de la independencia: Hidalgo, Allende y Jiménez. Ya como presidente, estuvo presente en las representaciones de la Revolución, el 20 de noviembre de 2019, el 13 de agosto y 27 de septiembre de 2021, todas en el Zócalo de Ciudad de México. Por ello, se tenían altas expectativas de su asistencia al evento en Ocoyoacac.

De no tener espacio en su agenda, se habló también de la posibilidad de que asistiera Beatriz Gutiérrez Müller. Su interés por la historia y los libros que ha escrito sobre diversos temas históricos son conocidos, incluso estuvo presente en la Guardia de Honor del 15 de septiembre de 2018, acompañando al presidente. De todo ello dependía la asistencia del gobernador.

Los ensayos dieron como resultado lecturas dramatizadas.

En cualquier caso, por pura previsión y ante una obra ya avanzada, antes de tener confirmación de la asistencia del presidente, se tuvo intervención del Comité de Planeación (Complan) del Estado Mayor del Ejército Mexicano, al mando del coronel Camacho, encargado de la representación histórica del 27 de septiembre de 2021 y del desfile militar del 20 de noviembre en el Zócalo. Después de observar el ensayo en el Monte de las Cruces, el general Juan Arturo Cordero Gómez, comandante de la 1.ª Región Militar, determinó que se llevara a cabo una práctica en el Campo Militar Número 1 de Ciudad de México, el 13 de octubre, a fin de replicar ejercicios ejecutados en la representación del 27 de septiembre; además, un equipo de historiadores militares, entre ellos el capitán historiador Sergio Martínez Torres, revisó el guion y consideró que, en general, era adecuado, pero tenía muchas referencias religiosas, además de que no parecía "apropiado" utilizar la expresión "¡Muera el mal gobierno!". Todo ello conllevaba el riesgo de que el guion fuera alterado y de que se modificara el trazo escénico que ya se tenía.

Otro tema a considerar fue el de las condiciones del museo de sitio, el cual, a pesar de los buenos oficios y el empeño de la responsable del recinto, Sandra Guadalupe Martínez Flores, no contaba con una museografía adecuada

y congruente a las nuevas condiciones exigidas por la puesta en escena. Por otro lado, en esa parte del monte, si bien los árboles y el bosque ofrecen una magnífica vista, se alcanzan a ver varias porciones de terreno urbanizado —incluso se pueden observar los trabajos de construcción del tren interurbano Toluca-México—, además de que las casas y comercios de las orillas podían hacer deslucir las imágenes fotográficas y de video. Encima, en septiembre varios elementos del ejército que participaron en los ensayos fueron asignados en otras tareas fuera de la 22.ª Zona Militar, lo que implicaba la necesidad de remplazarlos con otros efectivos.

Todo lo anterior se resolvió de manera positiva. Después de días de incertidumbre y de superar malos entendidos, al final la representación contó con apoyo del nuevo subcomandante de la zona, el teniente coronel de Infantería DEM José de Jesús Baños Sauza; el jefe del Estado Mayor de la 22.ª Zona Militar, coronel de Infantería DEM Uriel Carreto; así como de la capitán primero enfermera, Astrid Velázquez Reyes.

Otra definición importante llegó cuando se descartó la presencia tanto del presidente como de Beatriz Gutiérrez Müller, lo cual, si bien provocó cierto desánimo, sirvió para rebajar un poco la presión acumulada hasta el momento, al dejar de considerarse aspectos organizativos propios de las giras presidenciales. Quien siempre estuvo al tanto del desarrollo de los acontecimientos, a través de la secretaria Marcela González Salas, y quien determinó que a la representación se le brindara patrocinio oficial total, fue el gobernador Alfredo Del Mazo Maza, a quien se debe agradecer todo su apoyo.

La cancelación de la visita presidencial dejó la escenificación en manos de Teatro Landó, por lo que en términos generales se regresó al trazo escénico ensayado, descartándose aquellos movimientos que, dicho sea con respeto, transformaba las escenas teatrales en "juegos de niños", en soldados jugando a las "guerritas". Aun así se adaptaron ajustes hechos por el Complan que beneficiaron al montaje, como la incorporación de personal —sobre todo mujeres— del Campo Militar Número 1-A "General. Div. Álvaro Obregón" para participar en la escena 1 como gente del pueblo, con faenas diarias y capataces a caballo, y en el resto de la obra como elementos de ambos ejércitos, además del préstamo de dos carretas y otros utensilios. Mientras que el guion se mantuvo como originalmente fue elaborado.

Por otra parte, la secretaria Marcela González Salas instruyó reforzar la organización y sortear diversos problemas. En este aspecto fue relevante la

participación de Patrimonio y Servicios Culturales y de su entonces directora general. A partir de ese momento se tuvo su presencia constante y de sus directores de área, Juan Carlos Muciño González, de Servicios Culturales, y Rodrigo Flores Santín, de Patrimonio Cultural.

Muciño coordinó acciones con el personal de la 1.ª, 1-A y 22.ª zonas militares, el área de Acción Cívica del gobierno, Administración y Finanzas de la SCYT y el Ayuntamiento de Ocoyoacac, a fin de tener a punto la realización de un programa que incluyó un recorrido y una explicación por el museo de sitio, la escenificación y ceremonia oficial con protocolos de corte marcial y civil, así como la disposición de los recursos materiales, el presupuesto, el vestuario, las armas de utilería, los transportes, la seguridad pública y médica, los permisos y el mantenimiento al campo y a los caminos que debían ser brindados por las diferentes áreas de gobierno.

A su vez, Rodrigo Flores y el subdirector de Acervo Cultural, Octavio Mena, se encargaron de la nueva museografía, lo cual implicó reemplazar lo viejo para dar paso a imágenes renovadas de héroes de la Independencia; la incorporación de otros documentos, armas procedentes de la Sedena, utensilios de la época, libros con temas históricos, provenientes del FOEM, y nuevos textos explicativos preparados por Rodrigo Sánchez Arce, a partir del guion histórico, todo lo cual enriqueció el acervo museográfico. Destaca en esta renovación una reproducción del óleo "El cura Hidalgo en el Monte de las Cruces" de 1879, del pintor toluqueño Luis Coto, cuyo original se expone en el Museo de Antropología e Historia del Estado de México.

El montaje tuvo un ensayo general *in situ* el 22 de octubre, con toda la logística que implicó la representación, pues se aprovechó para que el Sistema Mexiquense de Medios Públicos —antes Radio y Televisión Mexiquense— a través de Mexiquense TV, realizara registro audiovisual para, después, transmitirlo en sus canales en la entidad; por su parte, medios locales y nacionales realizaron entrevistas y promocionales para la difusión de este magno evento histórico. Ese día, el reparto, la producción y el equipo de maquillaje de Teatro Landó arribaron al terreno a las cuatro de la madrugada para poder estar listos a las nueve de la mañana; todas y todos sabían que, según versiones de los lugareños, en ese paraje penan las almas de los combatientes fallecidos, por lo cual en esa madrugada temblaban de frío… o eso decían y en realidad temblaban de miedo.

La OSEM ejecutó la sinfonía *Redención* de Eduardo Angulo.

Por si fuera poco, la OSEM tenía preparada otra sorpresa. El viernes 29 de octubre, la orquesta, a cargo de Rodrigo Macías, ejecutó el estreno mundial de la sinfonía *Redención*, de Eduardo Angulo. La obra fue interpretada como parte del programa de conciertos número 8 de la Temporada 145, realizada en el marco del 50 aniversario de la orquesta, celebrado el 27 de agosto de 2021, y con motivo de la conmemoración de la Batalla del Monte de las Cruces. A pesar de que dicha sinfonía no se ejecutó dentro del programa de la representación, como veremos, tiene un vínculo indisoluble con la misma.

Rodrigo Macías fue quien pidió a Angulo la composición de esta sinfonía para recordar el multicitado hecho histórico. Cabe señalar que Eduardo Angulo es un compositor poblano reconocido a nivel nacional e internacional quien, en sus palabras, "escribe con las entrañas". Luego de informarse acerca de la batalla y de percibir los estados de ánimo derivados de ella, el resultado fue la creación de un poema sinfónico dividido en cuatro movimientos ejecutados sin interrupción: el primero refleja la desesperanza de los insurgentes que arrastran sus cadenas y

anhelan la libertad; el segundo, cuando éstos toman las riendas y se lanzan a la lucha; el tercero, la mortandad provocada por la batalla; y en el cuarto se consigue la victoria más importante de la guerra de Independencia.

Por fin llegó el tan esperado día. Lleno de adrenalina arrancó el sábado 30 de octubre de 2021 en que, por primera vez, se representó a nivel nacional la Batalla del Monte de las Cruces.

El gobernador Del Mazo designó como su representante personal al evento a Rodrigo Martínez-Celis Wogau, secretario de seguridad; por parte de la Sedena estuvieron presentes los ya mencionados generales Juan Arturo Cordero y José Zapata; del Poder Judicial acudió Víctor Manuel Romero Salgado, secretario particular del presidente del Tribunal Superior de Justicia; del Poder Legislativo, el diputado local Abraham Saroné Campos; la presidenta municipal Anallely Olivares Reyes, y por supuesto quien encabezó los esfuerzos, la secretaria Marcela González Salas; acompañados todos de la Banda Sinfónica del Estado de México y servidores públicos de los tres ámbitos de gobierno, así como personal militar jurisdiccionado en la 22.ª Zona Militar.

Y así como Miguel Hidalgo recorrió los parajes del Monte de las Cruces durante aquella gélida madrugada de otoño, el equipo completo de Teatro Landó llegó temprano para recibir las vibraciones, la energía y el frío de las ánimas presentes. Poco a poco fueron llegando quienes tenían un rol en la escenificación. Del Complan arribó más tropa de infantería y caballería de la esperada, por lo que Betania decidió enviarla al fondo del escenario para representar personajes incidentales. Los demás tomaron sus posiciones en escena o en el público y a las 11 de la mañana arribaron las autoridades al campo para dar inicio a este histórico evento.

Comenzó el recorrido dentro del museo, en el cual el cronista Rodrigo Sánchez Arce ofreció la explicación sobre aspectos del contexto histórico y de la batalla, así como de la nueva museografía; por su parte, los fotógrafos Pepe Neri y Juan Gabriel González, originarios del pueblo de Tepexoyuca, explicaron la exposición temporal "Identidad Municipal Ocoyoaquense"; en otro espacio del museo, los historiadores del Complan ofrecieron la explicación de la maniobra táctica desde el punto de vista militar. Al terminar el recorrido, las autoridades se trasladaron al presídium frente al monumento ecuestre. Para el medio día, el sol caía a plomo, ninguna nube se percibía en el horizonte y la gente comenzó a sacar sombreros, viseras y bloqueadores solares; sin embargo, existía un ánimo

festivo y de patriotismo, mientras que los pechos parecían henchirse de orgullo. Mención aparte merecen los lugareños del Valle del Silencio, de la Marquesa, quienes sorprendidos y asombrados se acercaron a disfrutar el evento.

Los honores a la bandera, para desenfundar, dieron inicio a la ceremonia; luego siguieron honores al mando militar; la intervención de la secretaria Marcela González Salas, quien en ese momento ofreció la primera crónica de los acontecimientos en torno a este evento; posteriormente se realizó la representación que rebasó las expectativas de los asistentes, dejando gratas emociones y recuerdos. Terminada la puesta en escena se llevó a cabo la Guardia de Honor con toque tres de Diana; a continuación la banda sinfónica ejecutó los himnos Nacional y del Estado de México; para terminar, se realizaron honores a la bandera.

Al final de la representación, como en el tiempo de los insurgentes después de la victoria, no tardaron en brotar los aplausos, los saludos, los abrazos y las felicitaciones por la escenificación. Mientras los soldados se relajaban y volvían a su disciplina habitual, la actriz y los actores protagonistas comenzaron a ser asediados por largas filas de personas que, más que solicitar, exigían tomarse la foto con quienes momentos antes los hicieron vibrar con su actuación de héroes patrios y de villanos. Fue un rato largo en que todas y todos disfrutamos las mieles del éxito, pero poco a poco volvimos a la realidad, aunque con una gran satisfacción por el deber cumplido. Comenzaba entonces el tiempo del descanso, del recuerdo y de la nostalgia.

O eso pensábamos, pues después hubo más quehacer. Apenas los participantes intentaban desprenderse de sus roles cuando la secretaria Marcela González Salas —quien ofreció una comida a los participantes, en las instalaciones del Centro Cultural Mexiquense de Toluca— instruyó conjuntar en un sólo evento la escenificación y la ejecución de la sinfonía *Redención*.

Este trabajo implicó que la SCYT retomara contacto con personal de la Sedena para conseguir una vez más el vestuario, la utilería y otros implementos. Betania Paniagua adaptó la magna representación a una síntesis teatral para un espacio cerrado, como un auditorio, mientras su equipo de Teatro Landó debió coordinar agendas de la actriz y los actores para volver a ensayar, así como encargar un diseño de iluminación al actor e iluminador teatral Nelson Rodríguez Olivares, mientras que para la OSEM, la ejecución del poema sinfónico significó el trabajo habitual, aunque no menor.

El primero de los eventos llamado "Concierto y Representación Escénica" se realizó en la Sala de Conciertos "Elisa Carrillo" del Centro Cultural Mexiquense Bicentenario de Texcoco, el sábado 27 de noviembre de 2021; y el segundo, en el Centro Cultural Mexiquense Anáhuac, ubicado dentro de las instalaciones de la Universidad Anáhuac México Campus Norte, en Huixquilucan, el 27 de febrero de 2022. Al inicio de cada evento, se programaron conversatorios para dar cuenta al público asistente tanto de los hechos históricos como del trabajo de dirección escénica y de la composición sinfónica. Posterior a ello, siguieron la ejecución del poema sinfónico y la representación teatral de la batalla. Estos eventos fueron relevantes pues más gente pudo disfrutar de dichas actividades culturales.

Por la envergadura del proyecto y su significado, desde el inicio los implicados estuvimos convencidos de que participar en la primera representación nacional de la Batalla del Monte de las Cruces no podía quedar sólo en un mero evento cívico, como otros. Por ello, a través de esta crónica, queremos agradecer a quienes participaron en ella, de manera especial a la secretaria Marcela González Salas, fallecida el 22 de abril del año 2023, quien encabezó a los trabajadores de cultura para llevar a buen puerto la representación.

También agradecemos a todos los que de alguna manera estuvieron involucrados, aún si su nombre no aparece en estas líneas. Ustedes saben quiénes son y saben que contribuyeron a crear un evento dramático e inolvidable, que generó en quienes lo apreciaron el orgullo por nuestra patria y, por supuesto, el orgullo por nuestra tierra mexiquense.

# GUION HISTÓRICO DRAMÁTICO DE LA REPRESENTACIÓN DE LA BATALLA DEL MONTE DE LAS CRUCES

BETANIA PANIAGUA REYNOSO
RODRIGO SÁNCHEZ ARCE

## PERSONAJES

NARRADORA
MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA
IGNACIO ALLENDE
JUAN ALDAMA
JOSÉ MARIANO JIMÉNEZ
MARIANO ABASOLO
MENSAJERO INSURGENTE 1
MENSAJERO INSURGENTE 2
CAPELLÁN
AYUDANTE DEL CAPELLÁN
EJÉRCITO INSURGENTE
RANCHEROS Y GENTE DEL PUEBLO
TORCUATO TRUJILLO *(Acento español.)*
AGUSTÍN DE ITURBIDE
ANTONIO BRINGAS
JOSÉ DE MENDÍVIL
CAPELLÁN CASTRENSE
AYUDANTE DEL CAPELLÁN CASTRENSE
EJÉRCITO REALISTA

## ESCENA I

*Escenario vacío. Narradora en proscenio. El contingente del Ejército Insurgente de Lerma entra por la derecha, el Ejército Insurgente de Metepec-Santiago Tianguistenco entra por la izquierda. Miguel Hidalgo y los otros jefes entran a escena.*

NARRADORA: En la madrugada del 16 de septiembre de 1810, Miguel Hidalgo y Costilla, cura del pueblo de Dolores, Guanajuato, dio el grito de independencia para luchar contra los tributos y la opresión resultado de tres siglos de conquista y colonización de Nueva España.

Comenzó así su marcha hacia Ciudad de México, a la cabeza del Ejército Insurgente. En mes y medio recorrió las intendencias de Guanajuato, Michoacán y México.

Al pasar por Atotonilco, tomó de la iglesia el lienzo de la virgen de Guadalupe como estandarte. Luego pasó a San Miguel el Grande y de ahí a Chamacuero, hoy Comonfort, Celaya, Salamanca, Irapuato y Guanajuato, donde un crecido y enardecido Ejército Insurgente, el 28 de septiembre, tomó a sangre y fuego la Alhóndiga de Granaditas y masacró a los españoles que la defendían. De esa plaza, Hidalgo regresó a Dolores y luego, ya con su ejército, avanzó rumbo a la intendencia de Valladolid, pasando por Irapuato, Salamanca y Salvatierra.

A Michoacán, Hidalgo entró por Acámbaro, Zinapécuaro e Indaparapeo. El 20 de octubre entró a Valladolid, donde promulgó el primer bando de abolición de la esclavitud. El ejército siguió su marcha y regresó rumbo a Acámbaro; en Charo se presentó ante Hidalgo el cura de Parácuaro, José María Morelos, a quien instruyó levantar tropas en el sur y tomar el puerto de Acapulco. Morelos acompañó a los insurgentes hasta Indaparapeo y ahí se separó. El ejército pasó por Acámbaro y Maravatío y se internó en la intendencia de México.

Los insurgentes se internaron en territorio mexiquense por San Felipe del Obraje, hoy San Felipe del Progreso, el 25 de octubre. Luego de pasar por Ixtlahuaca, entraron a Toluca el 28 de octubre y al día siguiente, rumbo a la capital novohispana, Hidalgo dividió la tropa, una columna avanzó por el camino de Lerma y otra por el camino de Metepec-Tianguistenco.

La columna de Lerma sostuvo escaramuzas con las tropas de Torcuato Trujillo, quien decidió retroceder hasta la Sierra de las Cruces. Ambas columnas insurgentes se volvieron a unir en Ocoyoacac, en los llanos de Salazar, con el fin de avanzar hacia el Monte de las Cruces, donde ya estaban apostadas las fuerzas realistas que se retiraron desde Toluca e intentarían repeler el ataque para evitar que la insurgencia entrara a la capital del virreinato.

Hasta este momento nuestra insurgencia sólo se había enfrentado una vez con los realistas, durante el asalto a la Alhóndiga de Granaditas. Por lo que esta batalla representa el primer enfrentamiento formal y también la primera gran victoria de la insurgencia, la cual sembró el camino para brindarnos la libertad y sentirnos hoy orgullosos de ser mexicanas y mexicanos.

## ESCENA II

*El cura Hidalgo comienza la misa frente a las tropas, rancheros y gente del pueblo.*

NARRADORA: La madrugada del 30 de octubre de 1810 es gélida, como todas las mañanas de otoño en esta parte de la sierra.

El Ejército Realista, en espera, está integrado por dos mil efectivos, entre tropa disciplinada de los regimientos Tres Villas y Provincial de México y trabajadores de haciendas, propiedad de españoles peninsulares, todos al mando del teniente coronel Torcuato Trujillo, acompañado de los militares Antonio Bringas, José de Mendívil y Agustín de Iturbide.

Por otro lado, el cura Miguel Hidalgo viene con los militares criollos Ignacio Allende, Juan Aldama, José Mariano Jiménez y Mariano Abasolo; juntos comandan entre ochenta mil y cien mil efectivos, sólo tres mil son tropa disciplinada y bien armada… el resto son cristianos comunes.

MIGUEL HIDALGO: ¡Hijos míos! Allá en el pueblo de Dolores, aquella mañana luminosa de septiembre, les pedí que se unieran a mí, que me ayudaran a defender la patria que está en riesgo, pues los gachupines la quieren entregar a los impíos franceses y acabar con nuestra santa madre Iglesia católica.

En el pueblo de Atotonilco, empuñamos el estandarte de la virgen de Guadalupe para dar principio a la memorable acción de lograr nuestra santa libertad. En Celaya, me nombraron Protector de la Nación. En Valladolid, decretamos la abolición de la esclavitud.

Pues sepan sus mercedes que hoy, en este monte lleno de cruces con la impronta de nuestro señor Jesucristo, comenzamos a romper las cadenas con violencia; hoy nos hemos de quitar el yugo de la ignominiosa opresión que hemos sufrido por trescientos años, hoy dejamos de pagar tributos a un gobierno tiránico e injusto, nosotros ya no estamos dispuestos a correr con esta suerte.

Nuestra causa es santísima y por eso estamos todos prontos a dar nuestras vidas. Convoco a todos los americanos a que, conforme los deseos de su corazón, contribuyan al éxito de esta universal, religiosa, justa y santa causa, sin temer soles y oscuridad, fríos y asperezas, distancias y pestes, pues no pasaremos sin ellas a la eternidad.

¡Qué viva la fe cristiana y que muera el mal gobierno! *(Responde el pueblo.)* ¡Viva! ¡Qué viva la libertad! *(Responde el pueblo.)* ¡Viva!

¡Qué vivan nuestros derechos que Dios y la naturaleza nos han dado! *(Responde el pueblo.)* ¡Viva!

Pidamos, por fin, a su majestad divina, la victoria de nuestras armas y entreguemos nuestras almas para que el Dios omnipotente sea alabado en estos dominios cuanto antes.

*(Pase de lista, las tropas responden al llamado con vitoreos.)* Regimientos de Celaya, Valladolid y Guanajuato. Dragones de Pátzcuaro, de la Reina de San Miguel el Grande y del Príncipe. ¡Cristianos todos!

*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, Amén. Ite missa est. Deo gratias.*

¡Muera el mal gobierno! *(Responde el pueblo.)* ¡Sí!

¡Abajo los tributos! *(Responde el pueblo.)* ¡Sí!

¡Viva la virgen de Guadalupe! *(Responde el pueblo.)* ¡Viva!

## ESCENA III

*Allende envía a Jiménez con un piquete de soldados como avanzada para reconocer las posiciones realistas.*

IGNACIO ALLENDE: Jiménez, tome un pelotón y avance hasta donde sea posible para reconocer las posiciones realistas.

JOSÉ MARIANO JIMÉNEZ: Enseguida, capitán. *(Se va.)*
(*Regresa.*) Capitán Allende, por fin están a la vista los gachupines. Esperamos las órdenes de su estrategia.

IGNACIO ALLENDE: Capitanes. *(Lo siguen.)*

## ESCENA IV

*Allende, rodeado por Hidalgo, Aldama, Jiménez y Abasolo, establece la estrategia a seguir, en tanto las tropas inician formación estratégica.*

IGNACIO ALLENDE: Generalísimo Hidalgo, capitanes, nuestras avanzadas traen los primeros informes. Comparado con nuestras fuerzas, los realistas tienen pocos soldados, pero esta mañana recibieron refuerzos. El terreno es escabroso y será difícil rebasar su ubicación. Las tropas de Trujillo son ordenadas y están bien apertrechadas, no considero oportuno que la masa indisciplinada entre en acción, sólo en caso necesario daremos órdenes precisas para que realicen maniobras de apoyo…

MIGUEL HIDALGO: *(Ataja a Allende.)* ¡Capitán Allende! La masa indisciplinada, como usted le llama, se sumó a nuestro ejército libertador por diversos parajes en los que recalamos. Por muchos años esperaron para cobrar justicia por los abusos sufridos. Impedir que luchen a nuestro lado se percibirá como

una traición a la fidelidad que nos demuestran. Los indios y las castas están deseosos de luchar, no podemos desairarlos.

IGNACIO ALLENDE: Padre Hidalgo, con respeto le digo que las masas indisciplinadas no deben participar ya que pueden introducir el desorden en las tropas…

MIGUEL HIDALGO: *(Visiblemente desazonado)* ¡Capitán Allende! No es una insinuación, sino una orden que le estoy dando, ¡disponga usted de este pueblo en armas!

IGNACIO ALLENDE: Muy bien, si no hay remedio, así lo haremos.

MIGUEL HIDALGO: Capitán Allende, se procurará el mayor ahorro de sangre, para las acciones que se necesiten, usted asumirá el mando total de tropas durante el combate. Si llega a caer herido, muerto o prisionero, lo sustituirá Jiménez. Si ambos son perdidos, dispondremos lo conducente.

IGNACIO ALLENDE: Así se hará, generalísimo Hidalgo.
Aldama, atacaremos con cinco compañías de infantería y la artillería a cargo de Jiménez. La caballería de los regimientos de Dragones cubrirá nuestros flancos, al igual que la caballería de rancheros a cargo de Abasolo, a quien se sumarán dos columnas de hombres por los flancos.

CAPITANES INSURGENTES: ¡A la orden, capitán!

IGNACIO ALLENDE: Padre Hidalgo, mejor usted espere en la retaguardia con el noveno regimiento, su presencia en el Camino de Conductas animará a los que flaqueen.
¡Adelante! Que Dios guíe nuestra victoria. Es hora de ir al frente.

## ESCENA V

*Torcuato Trujillo con su gente establece la estrategia a seguir.*

JOSÉ DE MENDÍVIL: Son demasiados, ese curita y los traidores del Regimiento de San Miguel lograron levantar a muchos vasallos. Pero aquí, en este monte, van a conocer la verdadera guerra. Usted tiene vasta experiencia, teniente coronel, las guerras europeas no fueron días de campo para usted.

TORCUATO TRUJILLO: ¡Joder, Mendívil! No conozco este virreinato, no sé cómo hacen la guerra en estos parajes, yo sólo tengo aquí pocas semanas. Reconocí el terreno y elegí este punto elevado y escabroso, parece defendible. Aquí, en este "recodo de cola de pato", ¡qué nombre!, nuestros hombres estarán seguros.

AGUSTÍN DE ITURBIDE: Mis informantes dijeron que ésta es sólo la vanguardia rebelde, el resto es una inmensa masa que está a la espera en el llano, cubriendo el Camino Real a Toluca. No les será fácil avanzar hasta nuestra posición. Y cuando lleguen los esperarán estos preciosos cañones de los que no tendrán escapatoria.

TORCUATO TRUJILLO: Bajo mis órdenes estará el Batallón Tres Villas, resistiremos en el punto central con un cañón; Bringas, con una columna de dragones y lanceros, ubíquese en el flanco izquierdo y a mis espaldas, arme una emboscada y resguarde el camino del noreste; Mendívil, resguarde el camino hacia Ciudad de México en caso de retirada; Iturbide, sitúese en el flanco derecho con la infantería.

CAPITANES REALISTAS: ¡A la orden, teniente coronel!

TORCUATO TRUJILLO: Soldados del rey, en este día soleado, Dios nuestro señor nos conducirá a la gloria.

El cura de Dolores sedujo a parte de nuestras tropas y trajo consigo una inmensa masa de léperos, pero no tenemos temor, nos defenderemos y pelearemos hasta la muerte si es necesario.
Nosotros tenemos el manto protector de la virgen de los Remedios y de Santiago. Nuestras tropas son disciplinadas, nos hemos fortificado bien en este punto y tengo conmigo a los mejores soldados del mundo.
¿No es así, caballeros? (*Responde el ejército.)* ¡Sí, teniente coronel!
¿Qué dijeron? (*Responde el ejército.)* ¡Sí, teniente coronel!
¿Cómo? (*Responde el ejército.)* ¡Sí, teniente coronel!
Hidalgo está debilitado espiritualmente por la excomunión a la que fue sometido. *(Se persigna.)* Es un hereje luterano y la providencia no puede prestar auxilio a quien pronto llegará al cadalso y arderá en los infiernos. Vamos adelante, en nombre del rey de España.

AGUSTÍN DE ITURBIDE: ¡Muerte a los insurgentes! (*Responde el ejército.)* ¡Sí!

JOSÉ DE MENDÍVIL: ¡Viva la madre patria! *(Responde el ejército.)* ¡Viva!

ANTONIO BRINGAS: ¡Viva la virgen de los Remedios! (*Responde el ejército.*) ¡Viva!

## ESCENA VI

*Tropas en formación de ataque.*

IGNACIO ALLENDE: *(Se oye la gritería de los insurgentes)* ¡Soldados! ¡Patriotas! Llegó el momento de la verdad, el día de hoy luchamos por nuestra emancipación de España. ¡Avancen!

EJÉRCITO INSURGENTE: ¡Abajo los privilegios! ¡Viva la virgen de Guadalupe! ¡Muera el mal gobierno! ¡Abajo los tributos! *(Primera avanzada.)*
IGNACIO ALLENDE: ¡Resistan, soldados!, mantengan su posición. *(Segunda avanzada.)*

MIGUEL HIDALGO: ¡Vuelvan a la lucha! ¡Resistan! ¡Santo Dios! Será mejor que me resguarde. *(Tercera avanzada.)*

## ESCENA VII

*Los insurgentes rodean a los realistas y avanzan.*

IGNACIO ALLENDE: ¡Jiménez!, tenemos muchas deserciones y la artillería nos está provocando inmensas bajas. Aliste mil doscientos hombres disciplinados de infantería y caballería, ¡sólo disciplinados!, y lleve un cañón. Volveremos a la carga, realice una acción envolvente. Tenemos que capturar los cañones, ¡cómo es posible que no los vimos antes!

MARIANO JIMÉNEZ: La zona rebosa vegetación, capitán, ocultaron los cañones entre la vegetación... eligieron bien el lugar, pero pronto estarán en brazos de su virgen de los Remedios.
¡Soldados!, formen una columna cerrada a mi orden; caballería de rancheros, a los flancos; los demás retrocedan y esperen órdenes. ¡Soldados!, rodearemos a los gachupines y capturaremos la artillería.

IGNACIO ALLENDE: ¡Soldados!, síganme por esa elevación, avancen por el flanco izquierdo, a mi orden abran fuego.

## ESCENA VIII

*En la posición realista, luego de rechazar el primer ataque de los insurgentes, Trujillo instruye el reordenamiento de las defensas realistas.*

TORCUATO TRUJILLO: Hemos resistido, pero no sé por cuánto tiempo más lo haremos, aún sin armas de fuego tienen la ventaja del número.

¡Bringas!, defienda el flanco izquierdo con su brigada; ¡Iturbide!, con sus hombres por el flanco derecho; ¡Mendívil!, que continúen con mayor fuerza el fuego de artillería y fusilería.

CAPITANES REALISTAS: ¡Enseguida, teniente coronel!

TORCUATO TRUJILLO: ¡Soldados!, ganen esta lucha y tendrán buena recompensa, ¡sean fieles a su rey, a su patria y a la virgen de los Remedios!

*(Se oye la gritería de los realistas.)*

IGNACIO ALLENDE: ¡A la carga, soldados!

JOSÉ MARIANO JIMÉNEZ: ¡Adelante, soldados! ¡Fuego!

*(Los insurgentes cogen un cañón.)*

## ESCENA IX

*Los insurgentes avanzan. Los realistas comienzan a retroceder mientras la muchedumbre comienza a ganar terreno.*

AGUSTÍN DE ITURBIDE: Teniente coronel, el capitán Bringas cayó herido, dispuso la retirada de su columna.

TORCUATO TRUJILLO: Maldita la hora, que resistan sus hombres.

AGUSTÍN DE ITURBIDE: Teniente coronel, los rebeldes se apoderaron del cañón de Mendívil, ahora hacen fuego en nuestra contra.

TORCUATO TRUJILLO: Dé la orden de repliegue y mande destruir el otro cañón, tendremos que pasar por encima de esos léperos.

AGUSTÍN DE ITURBIDE: Teniente coronel, sin la columna de Bringas no resistiremos el embate de Allende…

TORCUATO TRUJILLO: Sargento, ordene el repliegue.

## ESCENA X

*Allende envía un mensaje al teniente coronel Trujillo, a fin de que acepte una rendición digna y segura para los propios realistas.*

MIGUEL HIDALGO: Capitán Allende, es tiempo ya de concluir esta batalla, los realistas fueron desbordados por nuestros valientes guerreros.

JUAN ALDAMA: Capitán, ordene usted lo conducente, disponga de mi guardia personal.

IGNACIO ALLENDE: Soldados, venid aquí. Ustedes serán los emisarios del generalísimo Hidalgo y de mi nombre propio. Levanten la pañoleta blanca y lleguen hasta la posición de Torcuato Trujillo, exijan su rendición, ofrezcan trato digno y decoroso para sus tropas, de lo contrario, no habrá clemencia para los derrotados.

MENSAJEROS 1 Y 2. ¡De inmediato, capitán!

IGNACIO ALLENDE: Capellán *(El capellán les entrega a los mensajeros el estandarte de la virgen de Guadalupe.)*

## ESCENA XI

*Los emisarios avanzan hasta la posición realista.*

MENSAJERO 1: Tenemos un mensaje del generalísimo, su excelencia don Miguel Hidalgo y del Capitán Allende, para el teniente coronel Torcuato Trujillo.

AGUSTÍN DE ITURBIDE: Teniente coronel, estos rebeldes desean hablar con usted.

TORCUATO TRUJILLO: Tráigalos ante mi presencia.

AGUSTÍN DE ITURBIDE: Síganme.

MENSAJERO 2: Teniente coronel Torcuato Trujillo, su posición se vio comprometida por el avance del ejército libertador. En nombre del generalísimo don Miguel Hidalgo y del capitán general de nuestras tropas, Ignacio Allende, venimos a exigir su rendición incondicional, a cambio ofrecemos clemencia y un trato digno y decoroso para sus tropas. De lo contrario, tendrá que ser derramada más sangre de forma innecesaria.

TORCUATO TRUJILLO: ¿Es todo lo que tienen que decir? ¿A esto vinieron hasta mi presencia? ¡Pues con la mala suerte se toparon! ¡Teniente, pasad por las armas a estos traidores!

AGUSTÍN DE ITURBIDE: Con gusto, señor. ¡Qué mueran estos felones! Despójenlos de esa Guadalupana.

MENSAJERO 1 Y 2: ¡Viva la libertad! ¡Viva la Guadalupana! ¡Muera el mal gobierno!

AGUSTÍN DE ITURBIDE: Preparen, apunten, fuego. (*Caen muertos los mensajeros.)*

NARRADORA:

No acabarán mis flores,
no cesarán mis cantos.
Yo cantor los elevo,
se reparten, se esparcen.
Aun cuando las flores

se marchitan y amarillecen,
serán llevadas allá,
al interior de la casa
del ave de plumas de oro.
¿Con qué he de irme?
¿Nada dejaré en pos de mi sobre la tierra?
¿Cómo ha de actuar mi corazón?
¿Acaso en vano venimos a vivir,
a brotar sobre la tierra?
Dejemos al menos flores.
Dejemos al menos cantos.

## ESCENA XII

*Al percatarse de que los emisarios fueron asesinados a quemarropa, los jefes y las tropas insurgentes, enardecidos, llevan a cabo la acometida final.*

IGNACIO ALLENDE: ¡Malditos sean esos gachupines! Ahora sí, Abasolo, mande usted al resto de las masas.

MARIANO ABASOLO: Valientes hijos de esta tierra, es hora de que cobren venganza por todos los agravios que padecieron, vayan y acaben con lo que queda de esos gachupines, para consumar nuestra victoria. ¡Vamos, vayan al frente y acaben con esos gachupines! ¡Sin tregua!

RANCHEROS Y GENTE DEL PUEBLO: ¡Viva la igualdad! ¡Viva la virgen de Guadalupe! ¡Abajo los privilegios! ¡Viva la libertad! ¡Abajo los tributos! (*Contienda.)*

TORCUATO TRUJILLO: ¡¡¡Retirada!!!

## ESCENA XIII

*Hidalgo y los otros jefes insurgentes comentan los últimos pormenores de la batalla.*

MARIANO ABASOLO: Tuvimos demasiados muertos, ellos vinieron a luchar por su libertad, pero no estaban preparados para ello.

IGNACIO ALLENDE: Tomemos en cuenta la superioridad del Ejército Realista y de su armamento, y aún con esa desventaja estos guerreros nos otorgaron una completa victoria, pelearon por su libertad.

JOSÉ MARIANO JIMÉNEZ: Vencimos, capitán general, gracias a su guía. La artillería realista era mejor que la nuestra, pero ante el coraje y el valor de nuestros seguidores nada nos detuvo.

JUAN ALDAMA: Es cierto, don Miguel, Ignacio, capitanes, fue una dura batalla, tuvimos que poner bajo resguardo a nuestro generalísimo Hidalgo, pues seguiremos necesitando de su guía.

MIGUEL HIDALGO: Es tarde para lamentos, señores, bien saben ustedes que así son las guerras, hasta ahora tuvimos la fortuna de no encontrar mayores resistencias a nuestro paso, pero la sangre que derramó esta gente humilde servirá para regar el campo de libertad. Aunque tal vez tenga usted razón, Allende, no sé si estamos preparados para arribar a Ciudad de México y sostener una plaza tan importante.

IGNACIO ALLENDE: Padre Hidalgo, al entrar en esta empresa sabíamos a lo que nos arriesgábamos, debemos entrar por fuerza a Ciudad de México…

MIGUEL HIDALGO: Allende, sea usted tan amable de ordenar el levantamiento del campo, dé cristiana sepultura a los cadáveres, ofrezca auxilio inmediato a los heridos, si es necesario mande traer el socorro médico de Toluca, y junte a los sobrevivientes, hay que reconfortarlos.

IGNACIO ALLENDE: Ya escucharon, den la orden.

CAPITANES INSURGENTES. ¡Enseguida, capitán!

## ESCENA XIV

*En el medio del campo de batalla se reúnen los insurgentes sobrevivientes.*

MIGUEL HIDALGO: ¡Hijos míos! *(Todos se hincan.)* El deseo de alcanzar vuestra felicidad es lo que me mueve a estar aquí, si éste no me hubiera hecho tomar las armas, yo disfrutaría de una vida dulce, suave y tranquila, pero no es lo que quiere mi corazón.

Hoy logramos un gran acierto, en esta empresa que comenzamos y que continuaremos hasta perfeccionar la victoria o la sellaremos con la sangre que circula en nuestras venas.

La gloria cayó sobre este paraje, este Monte de las Cruces que será recordado por toda la eternidad como el inicio de la emancipación de todos los americanos que viven en estas tierras.

Algún día no muy lejano, penetrados los europeos de que nuestra causa es la más justa, las fuerzas que ahora tienen para resistirnos se pasarán de nuestro lado y engrosarán las filas de las mujeres y los hombres libres.

Disfrutemos las mieles de la victoria y luego continuemos nuestro camino, aún nos esperan muchas fatigas y sacrificios, pero la recompensa será la más feliz que pueda anhelar una patria: la libertad.

MARIANO ABASOLO: ¡Muera el mal gobierno! *(Responde el pueblo.)* ¡Sí!

JOSÉ MARIANO JIMÉNEZ: ¡Abajo los privilegios y los tributos! *(Responde el pueblo.)* ¡Sí!

JUAN ALDAMA: ¡Viva la libertad y la igualdad! *(Responde el pueblo.)* ¡Viva!

## ESCENA XV

*En medio de la algarabía por la victoria, la narradora interviene.*

NARRADORA: La batalla del Monte de las Cruces concluyó hacia las cinco y media de la tarde, quedando en el campo más de cuatro mil cadáveres, la mitad de realistas y la otra, de insurgentes.

Los realistas, muy mermados, huyeron por el rumbo de Santa Fe. Sólo cincuenta soldados arribaron a Ciudad de México junto a Torcuato Trujillo. Por su parte, los insurgentes celebraron aquí mismo la victoria, las fogatas fueron visibles a decenas de kilómetros, la algarabía se escuchó hasta la capital del virreinato. Por la noche, Hidalgo dispuso el avance de los jefes y las tropas regulares hacia Cuajimalpa, mientras el grueso de su ejército siguió acampando en estos llanos de Salazar.

El resto de la historia es conocida. No obstante, con el triunfo del Ejército Insurgente este día, 30 de octubre de 1810, culminó uno de los capítulos más gloriosos de la guerra de Independencia de México. ¡Viva la Independencia nacional! *(Responden todos.)* ¡Viva!

TELÓN

# SEGUNDA PARTE
# CONMEMORACIONES 2021

# NUEVAS DISCUSIONES EN TORNO A LA CONQUISTA DE MÉXICO-TENOCHTITLÁN

PILAR REGUEIRO SUÁREZ

SIN DUDA ALGUNA, LA LLAMADA CONQUISTA DE MÉXICO-TENOCHTITLÁN ES UN suceso histórico presente en la memoria de la población mexicana, que forma parte tanto de agendas políticas como de estrategias para forjar una identidad nacional. Aun cuando alrededor del tema existen múltiples estudios de historiadoras e historiadores, los propósitos con los que se le abordó en distintos momentos favorecieron la consolidación de una visión en la que sólo interactuaban héroes y villanos y sobresalían algunas figuras emblemáticas que dejaban fuera a diferentes agentes, circunstancias, contextos e intereses.

Ese enfoque, un tanto maniqueísta, no nos permitió apreciar la complejidad que tiene un hecho histórico de esta magnitud. Por ello, a 500 años de esa guerra que culminó en la toma de Tenochtitlán, su conmemoración resulta un campo fértil para las investigaciones con propuestas novedosas, que sean difundidas entre el público interesado, con la finalidad de engendrar una visión más crítica que fomente la reflexión.

El presente ensayo pretende ofrecer una breve aproximación a las recientes propuestas y discusiones acerca de la Conquista de México-Tenochtitlán, con el propósito de que el público lector se sume a la rememoración de este acontecimiento y tenga una visión crítica y actual del mismo. Antes de abordar los enfoques novedosos de este hecho, recordemos lo que ocurrió cuando las huestes de Hernán Cortés arribaron a Mesoamérica.

## LA CONQUISTA DE MÉXICO-TENOCHTITLÁN (1519-1521)

En febrero de 1519, las costas de la península de Yucatán atestiguaron el arribo, de nueva cuenta, de un grupo de europeos. En esta ocasión, se trataba de la expedición capitaneada por Hernán Cortés. Los mayas, ya acostumbrados a la presencia extranjera, a partir de las expediciones previas de Francisco Hernández de Córdoba (1517) y Juan de Grijalva (1518), recibieron al contingente y les instaron a continuar su camino. Para este momento, Cortés contaba con valiosa información proporcionada por sus antecesores, por lo que sabía de la belicosidad de algunos pueblos en las costas, como Chakán Putum (hoy Champotón, Campeche), y a causa de ello decidió no detenerse hasta que fuera necesario. Asimismo, la noticia de la presencia de la legión europea y su avance por las costas del Golfo de México fue comunicada de forma inmediata al *tlahtoani* (gobernante) mexica, Moctezuma II, quien se mantuvo alerta y pendiente de sus movimientos.

El hambre y la sed alcanzaron a la tripulación obligándola a atracar en Centla, Tabasco. Ahí librarían la primera batalla de la expedición contra las huestes del señor de Potonchán, mismas que fueron abatidas tras una cruenta lucha. Tal y como se estilaba en Mesoamérica, la tropa vencida debía ofrecer tributo a la vencedora con el propósito de mantener la tregua y, en caso de considerarlo, establecer alguna alianza. Así lo hizo el señor de Potonchán, quien además de dar comida, bebida y bienes suntuarios le regaló a Cortés veinte mujeres, entre las que se encontraba la joven Malintzin.

Aunque no conocemos a cabalidad la historia de la vida de Malintzin, sabemos que fue una indígena popoluca, hecha *tlacohtli* (esclava) y comerciada hasta llegar a Potonchán. Hacia 1520, Malintzin hablaba cuatro idiomas: popoluca (su lengua materna), maya chontal, maya yucateco y náhuatl. Junto con las otras diecinueve mujeres, fue bautizada con el nombre de Marina y entregada como concubina a Alonso Hernández Portocarrero.

La tripulación cortesiana continuó su camino y llegó a Veracruz, en abril de 1519, donde el capitán recibió la noticia de que Diego Velázquez, gobernador de Cuba, lo acusaba de traición y ordenaba su captura. A raíz de esto, Cortés y varios expedicionarios que lo apoyaban fundaron Villa Rica de la Vera Cruz, de inmediato constituyeron un ayuntamiento con el fin de prescindir en términos legales, de Velázquez y evitar que los apresaran. Hecho lo anterior, Cortés envío

Hernán Cortés.

una embajada a España para dar aviso al rey Carlos I acerca de la reciente fundación y conseguir su ratificación.

Durante su estancia en Veracruz, Malintzin se convirtió en una figura imprescindible en la comunicación con los indígenas locales, pues la lengua náhuatl que se hablaba en la región no era del dominio de Jerónimo de Aguilar, náufrago que llegó a las costas de Yucatán junto con Gonzalo Guerrero, en 1511, quien fungió como el traductor principal de Cortés. En este mismo lugar, una embajada enviada por Moctezuma II alcanzó al contingente europeo con el propósito de indagar

acerca de sus intenciones, por lo que Cortés comenzó a mostrar interés en aquel gobernante y sus dominios.

La expedición dejó el mar y continúo su trayecto por tierra hacia Cempoala, sitio en el que vio por primera vez una ciudad mesoamericana. La impresión fue formidable a decir del conquistador Bernal Díaz del Castillo:

> E ya que íbamos entrando entre las casas, desque vimos tan grande pueblo, y no habíamos visto otro mayor, nos admiramos mucho dello. Y como estaba tan vicioso y hecho un vergel, y tan poblado de hombres y mujeres, las calles llenas, que nos salían a ver, dábamos muchos loores a Dios, que tales tierras habíamos descubierto. Y nuestros corredores del campo, que iban a caballo, paresce ser llegaron a la gran plaza y patios donde estaban los aposentos; y de pocos días, según paresció, teníanlos muy encalados y relucientes, que lo saben muy bien hacer, y paresció al uno de los de caballo que era aquello blanco que relucía plata (p. 98).

En Cempoala, la tropa europea estableció su primera alianza con Xicomecóatl, *el Cacique Gordo*, con esta acción la población local vio la posibilidad de dejar de pagar tributo. Gracias a esta unión, la expedición inició su avance hacia Tenochtitlán, en agosto de 1519, durante el trayecto contaron con alimentos, información de rutas y caminos, así como sitios de descanso. No obstante, Cortés estaba por conocer a sus mayores aliados, los tlaxcaltecas, a cuyo territorio llegó un mes después.

El estado tlaxcalteca estaba conformado por cuatro señoríos que, hasta ese momento, se mantenían independientes y belicosos ante la fuerza mexica. La llegada del contingente europeo e indígena a sus dominios los puso en alerta e iniciaron enfrentamientos que duraron casi dos semanas, hasta que la dificultad de una victoria definitiva orilló a ambos bandos a negociar una alianza. Ésta sería decisiva en la Conquista de Tenochtitlán, pues aportaron un número considerable de soldados, así como mujeres y cargadores que estuvieron comisionados al abastecimiento de los ejércitos.

Uno de los sitios que marcó un hito en la expedición del ejército tlaxcalteca-español fue Cholula. Se trataba de un santuario dedicado a Quetzalcóatl que no sólo albergaba a una gran cantidad de personas, sino que era un centro comercial y político, aliado de los mexicas, de suma relevancia en Mesoamérica. En este lugar ocurrió una de las matanzas más brutales en contra de la población indígena,

se desconoce el detonante por el cual Cortés ordenó tal acción, quizá el temor a recibir un ataque, dadas las dimensiones del sitio que ponían en desventaja a sus tropas. La masacre, que duró varios días, cimbró a los poblados cercanos que, a partir de ese momento, vieron con espanto al contingente enemigo y comenzaron a manejarse con extrema cautela.

El resquemor también surgió entre la población mexica, quien recibió al ejército conquistador en Tenochtitlán, en noviembre de 1519. El encuentro y las relaciones entre Moctezuma II y Cortés permanecieron cordiales durante varios meses hasta que, según el propio Cortés, llegó a sus oídos una supuesta traición, por parte del *tlahtoani,* que lo llevó a tomarlo prisionero. A partir de esta acción un tanto dudosa, que derivó en la muerte del gobernante mexica, después de la ejecución de otra masacre en el Templo Mayor, ahora por parte de Pedro de Alvarado durante la celebración de la fiesta de Tóxcatl, la población mexica inició las hostilidades en contra de las huestes tlaxcaltecas y españolas. Éstas, al verse en desventaja, por encontrarse en la isla rodeadas por la tropa enemiga, decidieron emprender la huida hacia Tlaxcala durante la noche del 30 de junio de 1520.

La huida se realizó por la calzada de Tacuba, al ser la más próxima y corta que las demás. Una vez descubiertos, el ejército mexica quitó los puentes que conectaban la calzada para evitar que escaparan, por lo que Cortés mandó elaborar otros puentes de madera que fueran portátiles para agilizar la escapada. Llegada la noche y con una lluvia constante, las conquistadoras y los conquistadores iniciaron la marcha hasta que fueron alcanzados en canoas por sus rivales. Éstos atacaron a la tropa enemiga en medio de la calzada, hecho que les imposibilitó regresar o dispersarse hacia otro lado, por lo que muchas personas de ambos bandos fallecieron aquella noche, tanto en la calzada como ahogadas en el lago. Sólo una parte del contingente logró llegar a Tacuba, entre ellos Cortés, Malintzin, los principales capitanes tlaxcaltecas y españoles y unos cuantos más que iban malheridos. La derrota de Cortés y sus huestes se recuerda como la Noche Triste.

Los ataques mexicas no cesaron en Tacuba ni mucho menos en los poblados cercanos por los que el ejército conquistador regresó a Tlaxcala, como el caso de Otumba —hoy Estado de México— sitio en el que Cortés libró un ataque encabezado por el nuevo *tlahtoani*, Cuitláhuac. Una vez en Tlaxcala, el ejército fue atendido y recibido con comida, hay quien piensa que en este momento se confirma la alianza entre las tropas españolas y tlaxcaltecas. Sin la ayuda prestada

por parte de esta capital, Cortés no hubiera salido con vida de Tenochtitlán; además, los cuidados, la alimentación y la información que los tlaxcaltecas le dieron fueron de vital importancia para desarrollar una estrategia bélica que condujo a la derrota de la población mexica.

Después de reponerse, el ejército tlaxcalteca-español emprendió su camino a Tenochtitlán para iniciar la guerra que culminaría en la caída de la gran ciudad. La estrategia consistió en someter a las capitales aliadas a los mexicas, que se encontraban en los alrededores del lago, con la finalidad de motivar la rendición de la ciudad al verse sitiada. Uno de los lugares de mayor relevancia fue Texcoco, por su importancia política como integrante de la Triple Alianza, desde este lugar se fabricaron los bergantines que se usarían en el ataque lacustre a Tenochtitlán.

Entre los sitios de importancia que tomaron se encuentran Iztapalapa, Xaltocan, Tlacopan y Chalco, no sin que antes éstos les dieran batalla. Por último, un revés en Xochimilco casi culmina en la captura del propio Cortés, por lo que la violencia se intensificó durante mayo de 1521, momento en el que también inició el sitio de Tenochtitlán mediante el corte de toda comunicación con tierra firme. El aislamiento duró tres meses en los que las batallas fueron tan incesantes como el hambre y las enfermedades que azotaron a la población mexica. El 13 de agosto de 1521, tras capturar a Cuauhtémoc, el último *tlahtoani* mexica, la rendición de Tenochtitlán se proclamó y así también el triunfo del ejército conquistador indoespañol.

## DISCUSIONES NOVEDOSAS A 500 AÑOS DE LA CONQUISTA DE MÉXICO-TENOCHTITLÁN

Una vez que recordamos los hechos más relevantes que tuvieron lugar durante la guerra contra Tenochtitlán, resulta pertinente abordar aspectos novedosos acerca de este acontecimiento, los cuales surgieron en acaloradas discusiones y en publicaciones tras la conmemoración de los 500 años de la conquista. La producción académica reciente responde en gran medida a las necesidades sociales y culturales actuales, fruto del trabajo realizado durante varias décadas por destacadas investigadoras e investigadores, entre los que se encuentran Berenice Alcántara, María Castañeda, Raquel Güereca, Camilla Townsend, Laura Matthew,

Carmen Martínez, Margarita Cossich, Antonio Rubial, Matthew Restall, Federico Navarrete, Michel Oudijk, José Luis Martínez, Bernard Grunberg, Martín Ríos, Enrique Semo, Carlos Brokmann y Baltazar Brito.

Los análisis actuales contemplan no sólo las típicas fuentes hispanas que para este hecho histórico poseemos y que fueron en suma estudiadas y socorridas en el pasado, tales como las *Cartas de Relación,* de Hernán Cortés; las relaciones de méritos y servicios de algunos conquistadores o las obras elaboradas en años posteriores a la conquista de México como la *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano,* de Gonzalo Fernández de Oviedo (1535); *Historia General de las Indias,* de Francisco López de Gómara (1552); *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del mar Océano que llaman Indias Occidentales,* de Antonio de Herrera y Tordesillas (1601), y la usada *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España,* de Bernal Díaz del Castillo (1632), por mencionar algunas. También se examinaron códices y la producción realizada por los descendientes de la nobleza indígena, entre los que sobresalen Fernando Alvarado Tezozómoc, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, Domingo Francisco Chimalpahin y Nicolás José Faustinos Maxixcatzin.

La importancia que tiene el análisis de fuentes indígenas radica en la riqueza de datos y las visiones alternas que ofrecen acerca de la conquista. Lo anterior, lleva a equilibrar las interpretaciones de este proceso histórico que, durante varios años, sólo se realizaban a partir de la perspectiva hispánica, androcéntrica y blanca, en particular aquellas que colocaban a Hernán Cortés como figura central y decisiva sobre la que giraban otras, algunas veces referidas, otras silenciadas.

Si bien es innegable que Cortés mostró agudeza y tenacidad para aprovechar las oportunidades que se le fueron presentando, a partir de su llegada a la península de Yucatán en 1519, no podemos negar la ayuda prestada por numerosas personas que facilitaron a las huestes europeas información, guerreros, alimentos y descanso. Cuando tomamos en cuenta la participación de otros agentes y, sobre todo, su diversidad, comprendemos que no fue la "hazaña" ejecutada por un hombre o por algunos cientos de conquistadores ni mucho menos que existió un único interés político o económico.

Desde la década de los setenta del siglo XX, iniciaron los esfuerzos por estudiar a fondo la pluralidad de las personas que participaron de diversas formas en la conquista. Los trabajos de Peter Boyd-Bowman arrojaron información interesante

acerca de la cantidad aproximada de individuos que cruzaron el Atlántico, en diferentes etapas del siglo XVI, considerando su procedencia y su sexo. De manera reciente, Bernard Grunberg se sumó a estas indagaciones, no sólo tomando en cuenta sus orígenes, sino también sus edades, la cantidad de mujeres y hombres presentes en las primeras expediciones, sus ocupaciones, su condición social y sus motivaciones para pasar a América.

A partir de los resultados proporcionados por Grunberg, sabemos que en las huestes conquistadoras estuvieron personas de origen portugués, genovés y griego, aunque en menor proporción frente a las hispanas y los hispanos. Asimismo, la mayoría se dedicaba al mar, al comercio y al campo, con respecto a una ínfima cantidad que sí eran soldados, en consecuencia las mujeres y los hombres en el ejército de Cortés aprendieron a usar las armas durante su estadía en las islas del Caribe y sobre la marcha.

## UNA DIVERSIDAD DE AGENTES: LAS AFRICANAS Y LOS AFRICANOS

Las personas de Europa no fueron las únicas en sumarse a la expedición de Cortés, también lo hicieron contingentes de africanas y africanos, tanto en calidad de esclavos como en condición libres. Aunque poca, la información acerca de este sector está vinculada con los varones que participaron como conquistadores, como el caso de Juan Garrido, quien no sólo peleó en Tenochtitlán, sino que Cortés le encomendó expediciones de reconocimiento por Michoacán y Guerrero. Acerca de las africanas, sólo conocemos el nombre de la mulata Beatriz de Palacios, *la Parda*, quien participó en el aprovisionamiento de las huestes mediante la preparación de alimentos, el alistamiento de armas y haciendo guardias nocturnas.

Juan Garrido y Beatriz de Palacios son los pocos ejemplos que están referidos en fuentes hispanas, incluso es posible que en el *Códice Azcatitlan* se haya representado a Garrido junto con el contingente encabezado por Malintzin y Cortés. Sin embargo, en años recientes, antropólogos físicos, encargados del análisis de los huesos, y arqueólogos presentaron información relevante para determinar de qué forma estaban integradas las huestes y su multietnicidad.

El 24 de junio de 1520, un grupo de conquistadores con cerca de 350 personas fue apresado por los acolhuas en Zultepec-Tecoaque, cerca de Tlaxcala. En este sitio los presos fueron destinados al sacrificio, en el marco de diversas ceremonias rituales; algunos fueron colocados, a manera de ofrenda, en un *tzompantli* (muro de cabezas), empalizada en la que eran instalados cráneos de los sacrificados. Mediante el análisis de huesos de este contingente, los especialistas pudieron identificar no sólo la presencia de varones indígenas, europeos y africanos, sino también de niñas, niños y mujeres, algunas de ellas embarazadas.

Por si esto fuera poco, se identificó el origen biológico de los individuos, registrándose la presencia de indígenas taínos (Antillas), totonacos (Veracruz), mayas (Yucatán) y tlaxcaltecas; además de estirpe producto de las relaciones entre europeos, africanos e indígenas. De esta manera, los datos arrojados en Zultepec-Tecoaque amplían el panorama acerca del ejército de conquistadores, llenando así los vacíos que las fuentes documentales, ya sea europeas o indígenas, no proporcionan al respecto.

## LAS MUJERES EN LA CONQUISTA

De igual forma, en décadas recientes, los trabajos acerca de la participación que tuvieron las mujeres durante la guerra de México-Tenochtitlán tomaron fuerza. No sólo conocemos los nombres de algunas, sino las diferentes tareas que realizaron durante las campañas, las cuales se agrupan en tres ámbitos: en la mediación-comunicación, en el aprovisionamiento y en los campos de batalla. Las indígenas nobles fueron las que destacaron en el primer ámbito. Muchas de ellas, mediante el matrimonio con los conquistadores españoles, fueron el vehículo mediante el cual las alianzas quedaron selladas y, además, eran las representantes de los intereses de sus grupos, por lo que constituyeron una pieza clave dentro de las negociaciones políticas.

La mujer más representativa en este ámbito es Malintzin, mejor conocida como doña Marina o Malinche. Como ya se refirió, Malintzin era políglota, por lo que al momento de encontrarse con los españoles sus habilidades lingüísticas se hicieron notar. Empero, Malintzin no sólo destacó por facilitar la comunicación entre Cortés y diferentes líderes indígenas, también lo hizo por sus conocimientos

acerca de las dinámicas políticas regionales y los protocolos culturales mesoamericanos para negociar y pactar.

Cabe destacar que, a diferencia de los españoles, la importancia que tuvo Malintzin fue reconocida por la población indígena, así lo registran fuentes como el *Lienzo de Tlaxcala*, el *Códice Azcatitlan* o los *Fragmentos de Texas*, donde ella aparece de forma activa y, a veces, con mayor jerarquía que el propio Cortés. En contraparte, esa relevancia la omitió el capitán extremeño, quien en sus *Cartas de Relación* la mencionó con escasez. A pesar de ello, se le reconoció por sus servicios a la Corona, la cual le otorgó las encomiendas —un tipo de merced en la que se entregaba tierra e indígenas para que se usufructuaran bienes y mano de obra a cambio de su evangelización y educación— de Huilotlan y Tetiquipac.

Además de Malintzin, las hijas de diferentes líderes indígenas permitieron la comunicación y se sumaron a las expediciones de conquista de otros territorios. Por ejemplo, el caso de Luisa y Lucía, hijas de Xicoténcatl, principal de Tlaxcala, que fueron casadas con Pedro y Jorge de Alvarado, respectivamente. O las hijas de otro principal, Maxixcatzin, conocidas como Elvira y Jerónima. Sin olvidar, por supuesto, a las tres hijas de Moctezuma, entre las que se encuentra Tecuichpotzin Ixcaxochitl, mejor conocida como Isabel Moctezuma.

Por otro lado, una de las tareas de mayor relevancia que desempeñaron las mujeres durante la guerra de conquista fue la del aprovisionamiento y saneamiento de los ejércitos. La mayoría cocinaba, cargaba bastimentos, recolectaba víveres, lavaba y remendaba ropa, curaba a los heridos, alistaba las armas y preparaba a los caballos. Así queda evidenciado en fuentes como el *Lienzo de Quauhquechollan* y el *Lienzo de Tlaxcala*; o bien, en otras de tradición hispana que refieren a algunas castellanas, como Isabel Rodríguez, que curaba la durante las contiendas.

Las mujeres también figuraron en los campos de batalla, unas veces lanzando piedras a los contrarios, otras con *macuahuitl* (lanza de mano), espadas y caballos. A la propia Malintzin la representaron en el *Lienzo de Tlaxcala* con un escudo, al igual que se observa a María de Estrada con lanza y montada a caballo durante el enfrentamiento que culminó en la huida de Tenochtitlán por parte de la hueste conquistadora durante la Noche Triste. Muchas otras mujeres también daban pelea con arcos y flechas, como sugieren algunas referencias vinculadas con la conquista de Jalisco proporcionadas por Josefina Muriel y Raquel Güereca.

*Códice Moctezuma.*

En consecuencia, la visibilización de diferentes actores de la conquista de México-Tenochtitlán permite, por un lado, comprender la participación y las motivaciones de sectores que, durante mucho tiempo, la historia marginó y que en años recientes son incluidos y estudiados; por otro, destacar la diversidad étnica presente entre los ejércitos, misma que fomenta amplias discusiones en las que no tiene cabida el mestizaje, entendido éste sólo como mezcla de españoles e indígenas. Puntualicemos el caso de las conquistadoras y los conquistadores indígenas, cuyo estudio se alejó por completo de la visión que consideraba a este sector, de forma homogénea, como vencido.

## EL EJÉRCITO CONQUISTADOR INDÍGENA Y SUS FUENTES

Uno de los grupos indígenas conquistadores más investigado es el tlaxcalteca, porque fue numeroso con respecto de otros participantes y principales aliados de Cortés, en el *Lienzo de Tlaxcala* dejaron constancia de su propia visión acerca de cómo sucedió la conquista de Tenochtitlán y cómo participaron en ella y en otras campañas por diferentes territorios mesoamericanos como Michoacán, Jalisco, la Huasteca y Centroamérica. Pero esa fuente no es la única que deja constancia de la intervención indígena al lado de la tropa europea, también lo hacen los títulos primordiales, las historias y las relaciones de méritos de indígenas conquistadores, como se autodenominaban, y sus descendientes, quienes buscaron obtener o conservar privilegios por parte de la Corona en la realidad novohispana. Ejemplo de ello son los herederos de Gonzalo Mazatzin Moctezuma, conquistador de la Mixteca, o bien los linajes Pech, Xiu y Canul que participaron en las últimas etapas de conquista de la Península de Yucatán.

El estudio de la participación de numerosos pueblos indígenas al lado del contingente español permite vislumbrar los diversos intereses manifestados durante la guerra contra Tenochtitlán y, sobre todo, rompe con las ideas de sumisión, derrota y traición que se asociaron con el nacionalismo o la llamada "historia de bronce". Sin embargo, aunque por un lado se defiende y discute el protagonismo que tuvieron los indígenas como conquistadores de Tenochtitlán y otros territorios; por el otro, algunas académicas y académicos, como María Alba Pastor y José Pantoja, consideran que los principales líderes indígenas que

pelearon junto a Cortés nunca fueron concebidos por la Corona o por la hueste europea como sus iguales, por lo que denominarles "indígenas conquistadores" no sería del todo acertado.

Más bien, las estudiosas y los estudiosos consideran que, aunque algunos indígenas se autodenominaban "conquistadores" en diversas fuentes, el discurso que utilizaban era retórico al pretender obtener beneficios económicos, sociales y políticos en la época colonial, por lo que no reflejaría una realidad. No obstante, lo mismo se podría argumentar con las fuentes europeas, pues en ambos casos se trataba de mujeres y hombres ambicionando prebendas y mejores condiciones de vida. En este orden de ideas, el concepto depende de la perspectiva con la que se interprete, con lo cual no se resta importancia a la participación de cempoaltecas, tlaxcaltecas, texcocanos, huejotzincas, chalcas, entre otros, quienes por su número y conocimiento de tácticas militares, de la geografía y las condiciones políticas mesoamericanas inclinaron la balanza a favor de los ejércitos conquistadores en 1521.

Por su parte, la idea del mestizaje y la creación de una nación mestiza producto del choque entre la cultura europea y la mesoamericana fue refutada. Como he expuesto, la diversidad de agentes en las guerras de conquista evidencia que los intercambios no sólo se dieron entre personas españolas e indígenas, sino también entre africanas, quienes, a partir de diversas ideologías racistas, se omitieron de la historia. Por fortuna, día con día son más valoradas esas identidades que permiten el rescate y la consolidación de una memoria social más amplia y crítica en el presente.

Como bien establece Federico Navarrete, la idea del mestizaje que empobreció por completo el panorama acerca de la riqueza cultural y los intercambios que se dieron durante y tras la Caída de Tenochtitlán, no sólo se sustentó en un profundo racismo en el que indígenas, africanos e incluso asiáticos quedaron relegados durante la Época Colonial, sino también en la poca atención prestada a otro tipo de fuentes de este periodo, como los códices y las crónicas indígenas. Si bien éstas fueron elaboradas durante los siglos XVI y XVII, no por ello dejan de aportar perspectivas valiosas y diversas a las hispanas.

Una de las razones por las cuales las fuentes indígenas quedaron excluidas se debió al poco entendimiento que se tenía del sistema de registro de la memoria de los grupos mesoamericanos. Se ignoraba que en la escritura alfabética y los complejos iconográficos de varios códices se incluía también información

registrada con escritura jeroglífica, casi siempre confundida con imágenes. De forma reciente, los avances en el desciframiento de la escritura jeroglífica náhuatl permiten comprender que la información asentada, entre la que se encuentran nombres, lugares, fechas y verbos, brinda un panorama diverso acerca de los acontecimientos de la conquista en los que ciertas acciones, circunstancias o personas cobran mayor o menor relevancia de la que se pensaba sólo con la revisión de las fuentes hispanas.

Un ejemplo de lo anterior lo explican Tania Ariza, Octavio Márquez y Saúl Cruz en las diferentes versiones del *Lienzo de Tlaxcala*, en el cual se narra la huida por la calzada de Tacuba por parte de los ejércitos tlaxcalteca y español durante la Noche Triste. Ahí se registró el verbo *choloa* (huir), cuyo signo corresponde a la pata de un venado. La escena enriquece la representación de los guerreros mexicas y la cruenta batalla suscitada durante la madrugada. No obstante, este mismo incidente fue registrado en el *Manuscrito Glasgow*, donde se omitió el verbo y todo el complejo iconográfico del enfrentamiento, por lo que, a decir de las autorías, la interpretación acerca de la huida y lo que implicó difiere para los creadores de los documentos.

## 1521: ¿EL FIN DE LOS PUEBLOS MESOAMERICANOS?

De igual forma, las historiadoras y los historiadores definen 1521 como fecha hito que marca el fin de los pueblos mesoamericanos y el inicio de la dominación española. Esta forma de periodización no sólo imposibilita la comprensión del complejo proceso histórico que se dio durante y después de la Caída de Tenochtitlán, sino de los procesos en otros territorios que se omiten por completo a causa de que se le presta mayor atención a la conquista del centro de México.

Asimismo, el corte abrupto de fechas, que tiene el propósito de marcar diferentes realidades, pareciera demostrar que tras la rendición de Tenochtitlán la cultura mexica perdió su identidad y su cultura —siempre calificada por las autoridades hispanas de idolátrica— y se convirtieron al cristianismo de forma casi inmediata. Recientemente, un hallazgo arqueológico en Tlatelolco reiteró la idea de que el proceso de conversión indígena fue lento y parcial. Según indica el equipo de arqueología del INAH, tras la Caída de Tenochtitlán en 1521, los indígenas

sobrevivientes que huyeron del lugar, regresaron y reocuparon sus antiguos espacios en la periferia de la ciudad. Así lo evidencia el descubrimiento de una casa en Tlatelolco, rehabitada entre 1525 y 1547, en la que se encontró una zona con restos de actividad ritual, entre los que figuran dos esculturas y varias ofrendas.

La realización de rituales a la usanza antigua, por parte de la población mexica después de la conquista, muestra el largo y accidentado proceso de evangelización en el centro de México. Por lo general, los religiosos se quejaban de que seguían rindiendo culto a sus dioses en sitios alejados como las cuevas, los cerros o la selva, así como en la privacidad de sus casas, aun cuando ya se habían bautizado y acudían a la doctrina. La casa de Tlatelolco ejemplifica lo referido por los frailes, pero no en un lugar alejado, sino en una zona cercana a la capital novohispana y al Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco, recinto en el que las élites indígenas estudiaron la doctrina cristiana, así como las artes y las ciencias de la época.

Esta continuidad cultural se constata de igual forma en varias fuentes elaboradas luego de 1521. Es el caso de los códices *Aubin*, *Azcatitlan*, *Vaticano A*, *Mexicanus* o el *Manuscrito 40*, en los que se registraron largas narraciones de la historia mexica. Por supuesto, entre los episodios figura la llegada de Cortés, la muerte de Moctezuma y la Caída de Tenochtitlán. Sin embargo, el relato histórico no culmina el 13 de agosto de 1521, sino que continúa refiriendo momentos importantes a lo largo de la época novohispana, llegando hasta el siglo XVII, como sucede con el *Aubin*, cuya narrativa finaliza en 1608.

Las historias en los mencionados documentos fueron narradas combinando escritura alfabética y jeroglífica, tal y como se aprecia en el registro del tiempo en que se colocaron numerales y signos calendáricos acoplados con números arábigos. Esto, además de mostrar cómo se preservaron ciertos rasgos culturales prehispánicos a lo largo del siglo XVI, como la forma de registrar la memoria y el tiempo a través de la escritura jeroglífica, también revela que su historia e identidad no culminó en 1521. Por el contrario, podemos observar los modos de adaptación al orden colonial y cómo, bajo un discurso retórico, se asumieron como cristianos para obtener beneficios diversos a través de la incorporación de elementos culturales occidentales.

La complejidad del proceso de dominio hispano sobre la capital mexica no implicó que los rasgos culturales de los pueblos nahuas de la zona desaparecieran,

Cuauhtémoc prisionero.

sino más bien adaptaciones y convivencias con los europeos. Si salimos del centro de México y revisamos las conquistas de otros territorios mesoamericanos, veremos que estos procesos son diferentes y, a veces, inexistentes o más prolongados.

## LAS OTRAS CONQUISTAS

Cada vez con mayor recurrencia se normaliza la revisión de otras conquistas, pues al constituirse la Caída de Tenochtitlán como un parteaguas, los diversos pueblos indígenas mesoamericanos fueron comprendidos dentro de este proceso como un todo homogéneo y se omitieron en la historiografía. Algunas conquistas se dieron en fechas próximas a 1521, es el caso de Michoacán, Oaxaca y Centroamérica, y otras bastante lejanas, como sucedió con el septentrión novohispano y la península de Yucatán.

Las condiciones en las que participaron en esas expediciones la hueste española y miles de indígenas de diferentes filiaciones étnicas, entre los que figuraban tlaxcaltecas, huejotzincas, chalcas y los propios mexicas, fueron diversas. Así, observamos tácticas diferentes en función de la geografía, el clima y las organizaciones políticas distintas a las del centro de México. De igual manera, la reacción de

los indígenas contra los conquistadores no siempre fue violenta, por ejemplo, los primeros intentos de conquista de Yucatán fracasaron debido al empleo de una estrategia pasiva por parte de los mayas, quienes dejaron sin alimentos y servicios a la tropa española que pronto padeció no sólo hambre, sino enfermedades y las molestias propias de un clima tropical.

Esas estrategias pasivas también permiten comprender la importancia del aprovisionamiento de las huestes durante las campañas de conquista, ámbito en el que participaron las mujeres. Por consiguiente, tendríamos que cuestionarnos qué habría sido de Cortés y su tropa sin este tipo de auxilio en su camino a Tenochtitlán y valorar la importante intervención de otros actores, como las mujeres, cuya acción fue más contundente que la letalidad de las armas europeas.

Asimismo, se cuestiona si es correcto aplicar el término "conquista" para todos los contextos, ya que a diferencia de Tenochtitlán y otras zonas, la dominación no siempre fue a través de la guerra, tal y como sucedió en Michoacán y la Mixteca Alta, donde la sujeción se realizó de manera pacífica a través de negociaciones políticas. Inclusive el propio término se discute también para procesos de dominación bélica pues, como apunta Federico Navarrete, la palabra enfatizaría el triunfo sólo del contingente español, relegando a los miles de indígenas aliados. En consecuencia, se sugiere emplear el término *guerra* pero, al igual que el concepto *conquista*, éste tampoco haría referencia a otras formas de sujeción pacíficas. Esta discusión continúa vigente y hace necesario encontrar términos que expliquen de mejor manera los diversos tipos de dominación efectuada por los conquistadores en los diferentes contextos de Mesoamérica.

## A MANERA DE CONCLUSIÓN

En suma, las nuevas interpretaciones acerca de la Conquista de México-Tenochtitlán y sus implicaciones promueven la reflexión y fomentan el diálogo para reconocer la existencia de distintas memorias e identidades que llegan hasta nuestros días, no sólo en el centro de México, sino en diversas regiones de lo que alguna vez fue Nueva España. Por fortuna, va quedando atrás la visión maniqueísta acerca de este suceso y los juicios de valor que sólo fomentan la desigualdad, el racismo y la opresión en la actualidad.

Si bien debe reconocerse que la conquista fue violenta, jamás debe justificarse, más bien se debe explicar y comprender cómo se desarrolló, quiénes intervinieron y bajo qué circunstancias lo hicieron. Con ello, no sólo miraremos con ojos críticos el pasado sino que, como mexicanas y mexicanos del siglo XXI, comprenderemos nuestro presente de forma más incluyente y delinearemos el futuro de nuevas generaciones con horizontes más justos, sin traumas ni resentimientos anacrónicos.

## FUENTES CONSULTADAS

Ariza, C. T., Rodríguez, M. O., y Martínez, C. S. (2021). Los sistemas de escritura en el Lienzo de Tlaxcala. *Arqueología Mexicana, 169*, 48-52.

Boyd-Bowman, P. (1976). Patterns of Spanish Emigration to the Indies until 1600. *The Hispanic American Historical Review, 56* (4), 580-604.

Brito, G. B., González, P. I., Sánchez, F. R., Regueiro, S. P., y *Pérez, Z.* J. M. (2021). *El Lienzo de Tlaxcala*. Fondo de Cultura Económica.

Castañeda, G. R. (2021). *Esclavitud africana en la fundación de Nueva España*. UNAM.

Cossich, V. M. (2021). *Princesas tlaxcaltecas, su palabra y su guerra*. UNAM.

Díaz del Castillo B. (1985). *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (7.ª edición). Espasa-Calpe.

Gorobets Martins, Eduardo Henrique, "¿El final de la historia mexica? La conquista de México-Tenochtitlán en los códices mexicas coloniales", en *La Conquista de Tenochtitlan y las otras conquistas. Edición conmemorativa, 500 años*, Pilar Regueiro Suárez, ed. San Antonio, Texas, UNAM San Antonio, Seminario Historia de Texas, Coordinación de Relaciones y Asuntos Internacionales, Archivo de la Provincia Agustiniana de Michoacán, 2022, pp. 91-129.

Grunberg, B. (2004). El universo de los conquistadores: resultado de una investigación prosopográfica. *Signos Históricos*, 12, 94-118.

Güereca, D. R. (2018). *Milicias indígenas en la Nueva España: Reflexiones del derecho indiano sobre los derechos de guerra*, UNAM.

INAH. (2021). *Arqueólogos del INAH encuentran indicios de la resistencia cultural indígena tras la Conquista, en la periferia de la Zona Arqueológica de Tlatelolco*, Boletín 417. https://www.gob.mx/cultura/prensa/arqueologos-del-inah-encuentran-indicios-de-resistencia-cultural-indigena-tras-conquista-en-la-periferia-de-zona-arqueologica-de-tlatelolco?idiom=es

Jarquín Pacheco, A. y Martínez Vargas, E. (2017). El tzompantli en Zultépec-Tecoaque, *Arqueología Mexicana*, *148*, 75-77.

Navarrete, L. F. (2021). La conquista del siglo XVI y la conquista actual. En Martín Ríos Saloma (Ed.), *Conquistas. Actores, escenarios y reflexiones. Nueva España (1519-1550)* (pp. 355-373). Sílex Ultramar.

Oudijk, M. R., y Restall, M. (2013). *Conquistas de buenas palabras y de guerra: una visión indígena de la conquista*. UNAM.

Regueiro, S. P., y Cossich, V. M. (2021). La participación de las mujeres indígenas y españolas en la Conquista. En Martín Ríos Saloma (Ed.), *Conquistas. Actores, escenarios y reflexiones. Nueva España (1519-1550)* (pp. 259-291). Sílex Ultramar.

Semo, E. (2019). *La Conquista. Catástrofe de los pueblos originarios. Los actores: amerindios y africanos, europeos y españoles*. UNAM-Siglo XXI.

Townsend, C. (2015). *Malintzin: Una mujer indígena en la conquista de México*, Editorial Era.

# NUEVA MIRADA A LA CONQUISTA DEL MATLATZINCO

RODRIGO SÁNCHEZ ARCE

## INTRODUCCIÓN

EL 13 DE AGOSTO DE 1521, EL "ÁGUILA EN VUELO DESCENDENTE", EL TLAHTOANI Cuauhtémoc, rindió el "Lugar de la tuna en la piedra" ante el conquistador Hernán Cortés. Luego de que el único héroe a la altura del arte se vio impedido de continuar la defensa de su ciudad, intentó salir de ella para reorganizar sus fuerzas y tener otra oportunidad de preservar la nación mexica, pero al cruzar las aguas del lago de Texcoco con el fin de llegar a tierra firme, fue descubierto y aprehendido a bordo de su embarcación. En la historiografía oficial, este suceso se ha considerado el desenlace de la Conquista española y el inicio de la Nueva España.

No obstante, gracias a las conmemoraciones realizadas en 2021, en las que destacaron los 500 años de la Caída de Tenochtitlán, trascendieron algunas ideas que rebasan la visión maniquea incluida en libros de texto gratuitos y en libros académicos, las cuales, despojadas ya de su impronta del nacionalismo revolucionario, intentan comprender mejor este hecho fundamental, con el propósito de fijar ideas renovadas y con mayor certeza histórica en el imaginario colectivo.

Si bien dichas ideas tienen tiempo de estar presentes, han sido poco conocidas y difundidas y continúan enfrentándose a mitos. Entre ellas, destacan que: la Conquista del territorio que hoy es México no inició ni terminó con la caída de Tenochtitlán, pues muchos territorios fueron dominados hasta las postrimerías

del virreinato y por ello, más bien, debemos hablar de conquistas en plural; que Mesoamérica estaba integrada por unos mil 500 señoríos o altepeme, de los cuales alrededor de 700 estaban sujetos a la gran ciudad, por lo que, abatido el poder central, se facilitó la imposición en sus dominios, y que 500 hispanos no habrían podido vencer a un imperio tan vasto y poderoso como el mexica y su ciudad lacustre de 15.3 kilómetros cuadrados, 300 mil habitantes, 50 mil canoas y miles de guerreros dispuestos a luchar a muerte. Necesariamente debieron contar con ayuda de los propios indígenas, por lo que acudió una inmensa fuerza calculada entre 150 mil y 200 mil indios de Tlaxcala, Cholula, Totonacapan (Cempoala), Xochimilco, Iztapalapa, Huejotzingo, Mexicaltzingo, Mixquic, Churubusco, Coyoacán y pueblos otomíes al asedio a la gran ciudad. Si bien resultaron vencedores, acudieron a luchar con la falsa conciencia de que tendrían beneficios y, aunque algunos caciques sí los obtuvieron, al final todos fueron sometidos (Semo, 2021).

Por otra parte, gracias a las investigaciones de Ross Hassig (1992), se sabe que Mesoamérica no fue aquel remanso de paz que se cree, pues fue poblada por sociedades profundamente militaristas que impusieron su control, gracias al terror y a la dominación imperial expansionista, lo que llevó al límite la extracción de riquezas, la religión sacrificial con rituales antropófagos y el culto a dioses de la guerra, como Huitzilopochtli. Por último, Pilar Regueiro —autora en este libro—, a partir del estudio de fuentes indígenas, demuestra la presencia de otras mujeres en la Conquista, además de la presencia dominante de Malintzin, así como de diversidad de agentes, no sólo españoles, provenientes, en gran cantidad, de pueblos mesoamericanos y, en menor proporción de regiones griegas, portuguesas, genovesas, africanas y asiáticas, entre otras, refutando la idea de mestizaje sostenida hasta ahora, la cual, en sus palabras, "empobreció completamente el panorama acerca de la riqueza cultural y los intercambios que se dieron durante y tras la caída de Tenochtitlan".

Estos son algunos argumentos que fueron revalorados durante las Conmemoraciones 2021 y que vinieron a modificar nuestra percepción sobre lo que ocurrió hace 500 años. Interesa aquí, por tanto, continuar rebasando aquella visión idílica del México prehispánico que centralizó el relato histórico en la caída de Tenochtitlán; en la derrota de los mexicas que hoy, erróneamente, representan a toda Mesoamérica; en la victoria de un puñado de conquistadores, y en el rol marginal que habría tenido el resto de los pueblos originarios.

Gonzalo de Sandoval.

En junio del 2021 se cumplieron 500 años de la Conquista del Valle de Toluca. La efeméride pasó desapercibida en el Estado de México. Es probable que sólo quien esto escribe la haya recordado con un artículo en un medio digital. Es por ello que en este ensayo llevo a cabo algunas indagaciones más profundas en torno a otros espacios, tiempos y actores involucrados. Es el caso de la conquista de Matlatzinco, la cual se conoce principalmente por el testimonio que Hernán Cortés escribió en la tercera carta de relación enviada al rey Carlos I de España con fecha del 15 de mayo de 1522, cuya versión recogen posteriormente varios cronistas de Indias, entre ellos, los frailes Bernardino de Sahagún y Juan de Torquemada, y personajes como Francisco Cervantes de Salazar, Gonzalo Fernández de Oviedo, Bernal Díaz del Castillo y Fernando de Alva Ixtlixóchitl.

Dicha conquista se realizó unos meses antes de la rendición de Tenochtitlán y tuvo como protagonistas a los españoles y sus principales aliados indígenas, los tlaxcaltecas, así como a pueblos otomianos de la región, en principio los matlatzincas, etnia dominante que al final fue derrotada; los otomíes del oriente del Valle de Toluca, quienes provocaron la invasión del pueblo matlatzinca que Cortés llamó Matalcingo —específicamente de Tecaxic-Calixtlahuaca, antigua capital de Toluca— y que, por lo demás, en la Conquista cortesiana jugaron un papel mucho más relevante del que regularmente les reconoce la historiografía, y los tlahuicas oriundos de la parte noroeste del hoy estado de Morelos, del pueblo que Cortés

nombró Cuarnaguacuar —antiguo Cuauhnáhuac, hoy Cuernavaca—, quienes instigaron la conquista del pueblo matlatzinca de Malinalco.

Con algunas variaciones, el relato cortesiano ha llegado muy similar hasta nuestros días. Por ello intento aportar información complementaria a la ya conocida y acercarme a una mayor comprensión de los acontecimientos ocurridos hace 500 años en el territorio alrededor de la actual capital mexiquense, con el fin de construir nuevos relatos.

## MARCO DE REFERENCIA

En una visión histórica amplia, el Matlatzinco era la región geográfica ubicada en la parte occidental del actual territorio mexiquense, es decir, al poniente de Ciudad de México, que limita al norte con Querétaro e Hidalgo; al oeste, con Michoacán; al suroeste y sur, con Michoacán y Guerrero; al oriente, con la propia Ciudad de México; al nororiente, con diversos municipios de la región Zumpango-Cuautitlán, y al sureste, con el estado de Morelos. Era una región pluricultural de unos 75 kilometros de norte a sur y 40 kilometros de este a oeste, que sumaba aproximadamente 40 mil trescientos tributarios, es decir, unos 150 mil indios repartidos en tres mil 200 kilometros cuadrados (Béligand, 2017: p. 106). De esta forma, el Matlatzinco:

> […] se prolongaba por distintas geografías que abarcaban desde la Quauhtlalpan, o zona de bosques que sirvieron durante mucho tiempo como frontera natural con la Cuenca de México; las planadas o valles de Toluca e Ixtlahuaca —colindantes con la zona purépecha y regadas por el río Chignahuapan o Lerma—, la zona de cañadas o vertiente suriana —limitando con la Cuenca del Balsas—, cuyo punto más austral servía de frontera con los asentamientos de tierra caliente de filiación couixca y michoaque; hasta la cadena montañosa occidental, cuya elevación más prominente es el volcán Chicnahuitecatl —Xinantécatl, Nevado de Toluca— (González, 2008, p. 59).

Desde hace seis mil 400 años, el Matlatzinco albergó a los pobladores de la familia otomangue; posteriormente, hace cinco mil 500 años, de los otomangues se derivó la rama otopame, la cual se subdividió en pames y otomianos. Los primeros

se ramificaron en chichimecas jonaces y pames del norte y del sur, mientras los otomianos se subdividieron, en principio, en otomíes y matlatzincas. Para el siglo III d. C., los mazahuas se separaron de los otomíes, y hace un milenio los atzingas —también conocidos como ocuiltecos o tlahuicas— se desprendieron de los matlatzincas (Arellanes, 2011). Son estos cuatro los grupos originarios del Matlatzinco y a ellos se deben agregar los nahuas. Se puede identificar la distribución de grupos otomianos y nahuas en la época de la Conquista española. La siguiente es una distribución aproximada, indicativa y no exhaustiva (Sugiura y Nieto, 2016, pp. 21-72; González, 2008, pp. 85-86; Carrasco, 1987, pp. 28-38):

- Los matlatzincas se establecieron en la zona centro, en los hoy municipios y localidades de Almoloya de Juárez, Almoloya del Río, Calimaya, Capulhuac, Chapultepec, Jiquipilco (Santa Cruz Tepexpan), Joquicingo (San Pedro Techuchulco), Lerma, Metepec, Mexicaltzingo, Otzolotepec, Rayón, San Antonio la Isla, Santa Cruz Atizapan (La Campana-Tepozoco), San Mateo Atenco, Temoaya, Tenango del Valle (Teotenango y Atlatlauhca), Texcalyacac, Tianguistenco, Toluca (Calixtlahuaca y la Sierra), Xalatlaco, Xonacatlan y Zinacantepec. También, en la parte meridional: Coatepec Harinas (Acuitlapilco), Ixtapan de la Sal (Malinaltenango), Malinalco, Ocuilan, Sultepec, Tejupilco (Cozcacuahtenco), Tenancingo (San Juan Xochiaca), Texcaltitlán, Tonatico, Villa Guerrero (Tecualoya), Zacualpan (Xahualcingo) y Zumpahuacán (Cincozcac).
- Los mazahuas se establecieron en la región conocida como Mazahuacán, hacia el centro-norte y noroeste en la cuenca alta del río Lerma, y al occidente del Matlatzinco que colinda con la región purépecha; en Amanalco de Becerra, Atlacomulco (Santo Domingo Shomegé), Donato Guerra (La Asunción Malacatepec), El Oro, Ixtapan del Oro, Ixtlahuaca (Santa Ana), Jiquipilco, Jocotitlán, Otzoloapan, San Felipe del Progreso (San Juan Jalpa y San Mateo Tlalchichilpan), San José del Rincón, Santo Tomás, Temascalcingo (Santa María Canchesdá y San Francisco Tepeolulco), Temascaltepec, Toluca (Tlachaloya), Valle de Bravo, Villa de Allende, Villa Victoria y Zacazonapan.
- Los otomíes se concentraron al norte, en Chapa de Mota, Jilotepec y Villa del Carbón, la llamada Cuautlalpan; también en Acambay (San Miguel

Huamango), Aculco (Tixhiñú), Morelos, Soyaniquilpan, Temascalcingo (El Venado) y Timilpan; en la parte central del Valle y rumbo a la Sierra de las Cruces, en colindancia con el occidente de Ciudad de México: Atizapán de Zaragoza, Capulhuac, Huixquilucan, Jilotzingo (San Miguel Tecpan), Lerma (San Lorenzo Huitzizilapan y Santa María Atarasquillo), Metepec, Naucalpan (Mazatlán), Ocoyoacac (Atlapulco, Coapanoaya y Tepexoyuca), Otzolotepec, Temoaya, Tlalnepantla (Teocalhueyacan), Toluca, Tultitlán y Xalatlaco (Coatepec). Cabe señalar que también se extendieron al norte y nororiente de Ciudad de México, en las regiones de Zumpango y las pirámides de Teotihuacán, así como al oriente mexiquense, en Chalco (Tepetlapa y Tetitlán) y Texcoco (San Luis Huexotla).

- Los atzingas residían en Ocuilan y en el pueblo de Chalma, aunque probablemente se extendían hasta Malinalco.
- Los nahuas tuvieron presencia dominante en la cuenca lacustre del Valle de México. Se extendían al nororiente del Matlatzinco, a zonas cercanas al área tepaneca: Cuautitlán, Tlalnepantla (Teocalhueyacan) y Tultitlán; sobre todo, en la región de las pirámides de Teotihuacán y en la zona de los volcanes Popocatépetl e Iztaccíhuatl, en Amecameca, Chalco, Texcoco y Tlalmanalco, entre otros.

Aunque existía cierta definición territorial, no eran regiones estrictamente delimitadas, sino comunidades entreveradas y complejas. En un solo territorio podían asentarse dos o más etnias y una misma lengua podía tener variantes dialectales —en el momento de la Conquista se hablaban tres dialectos diferentes del matlatzinca (Quezada cit. en Hernández y Martínez, 2011, p. 252)—. En algunas zonas incluso se hablaban lenguas originarias de otros estados, como mazateco y chontal de Guerrero, al sur; tarasco de Michoacán, al occidente; chichimeca y pame de Guanajuato, Hidalgo y Querétaro, al norte; náhuatl de la Ciudad de México, Puebla y Tlaxcala, al poniente. Más aún, los otomíes se extendían por vastos territorios hasta San Luis Potosí, Michoacán, Guanajuato, Querétaro, Hidalgo, Ciudad de México, Tlaxcala y Puebla; los mazahuas, a Michoacán; los matlatzincas, al norte de Guerrero, a cabeceras tepanecas como Tacuba, Azcapotzalco y, probablemente, a Coyoacán y a pueblos fronterizos de Michoacán como Charo,

Huetamo, Taymeo y Necotlán, siendo ésta prácticamente una extensión del Matalcingo (p. 245), y los atzingas al noroeste de Morelos.

Mención aparte merece la nahuatlización del Valle de Toluca, la cual inició con la "toltequización" de la zona luego de la caída de Tula y se profundizó después de la conquista mexica de 1474 en prácticamente todo el territorio otomiano, como se verá más adelante. Además de que hubo nuevas fundaciones mexicas en la frontera con los tarascos: Amatepec, Tejupilco (Luvianos), Temascaltepec y Tlatlaya, y hacia el sur de Toluca: Almoloya de Alquisiras, Ixtapan de la Sal, Tenancingo (San Gabriel Zepayautla), Tenango del Valle (San Pedro Zictepec), Texcaltitlán y Zacualpan (González, 2008, pp. 85-86). También es por ello que, actualmente, la mayoría de los nombres de pueblos del Valle de Toluca son de origen náhuatl y en la inmensa mayoría de los casos se desconocen sus denominaciones originales.

## ANTECEDENTES

Desde tiempos remotos, Matlatzinco ha sido una de las regiones más fértiles del Altiplano mexicano, abundante en maíz nativo, regada con las aguas del Nevado de Toluca y del río Lerma, constituyéndose en uno de los graneros de Mesoamérica, que basó su cultura en torno a la cuenca lacustre de este río (Quezada, 1996, pp. 103-104). La zona adquirió sus rasgos principales en el transcurso del periodo Posclásico (950-1521 d. C.), mismos que perduraron hasta el tiempo de la Conquista. Durante la fase temprana (950-1150) y después de la decadencia y caída de los toltecas de Tula, emergieron centros de poder que ejercieron dominio sobre el territorio (Sugiura y Nieto, 2016, pp. 21-72), en el cual se pueden identificar al menos dos zonas marcadas por señoríos con características similares: en la planicie centro-norte, Jiquipilco —Mazahuacán—, Calixtlahuaca-Tolocan y Teotenango —identificado en varias fuentes como Matlatzinco—, y al sur, en la serranía que desemboca a la Tierra Caliente: Tenancingo, Malinalco y Ocuilan (González, 2008, pp. 63-67).

En este proceso, los matlatzincas lograron consolidar un mayor desarrollo en todos los aspectos, situación por la cual también consiguieron tener la hegemonía y predominio del Valle de Toluca y zonas circundantes, con la ventaja añadida de estar ubicados en una posición geográfica estratégica entre los tarascos michoaque,

el norte guerrerense, el nororiente morelense y la Cuenca de México (Quezada cit. en Hernández y Martínez, 2011, pp. 245-281). No es casual, entonces, que antiguamente al Valle de Toluca se le hubiera conocido como Matlatzinco o Matalcingo. No obstante, ningún pueblo otomiano por sí sólo llegó a tener dominio sobre la Cuenca de México, pero a través del tiempo recibieron influencia de culturas dominantes de esta área (Hernández, 1988, pp. 24-32).

Durante el horizonte Clásico (150-950), el predominio lo tuvo Teotihuacán (150-650), metrópoli en cuyo origen probablemente intervinieron pobladores otopames (Escalante cit. en Hernández y Martínez, 2011, p. 227). En el Epiclásico, el poder residió en Tula (950-1150), ciudad que tuvo un barrio llamado Chiuhnauteca —Xinantécatl—. Y en el Posclásico Temprano predominó el linaje chichimeca de Xólotl (siglos XII a XIV), del que prácticamente todos los pueblos otomianos y aquellos migrantes provenientes del norte de Mesoamérica —Chicomoztoc— reivindicaron su origen; de esta forma, los chichimecas se asentaron en Tenayuca —chichimeca—, Xaltocan —otomí— y Coatlinchan —colhua.

Durante el periodo chichimeca, luego de la caída de Tula, es cuando se dio el proceso de aculturación, "toltequización" o civilización (León, 1967, pp. 59-86) del Matlatzinco. Los pueblos otomianos tenían rasgos comunes con los chichimecas que venían del norte, al ser considerados bárbaros o, según fray Bernardino de Sagahún, "inhábiles y toscos", al igual que los mazahuas; lo cierto es que tanto en mazahuas como en otomíes no existía una tradición urbana ni mayor complejidad social, como sí la había en los matlatzincas y, sin duda, en los nahuas (Escalante cit. en Hernández y Martínez, 2011, p. 228).

En todo caso, de una u otra forma los otomianos entraron en contacto con la lengua y costumbres heredadas de los toltecas: los *Anales de Tlatelolco*, la *Tira de la peregrinación*, el *Códice Azcatitlan* y los cronistas Chimalpahin y Torquemada mencionan que, junto a las tribus nahuas que peregrinaron por Mesoamérica, también venían matlatzincas y malinalcas —los *Anales de Tlatelolco* incluyen a los quauhnahuaca y la *Tira de la peregrinación* a los tlahuicas—; además, se sabe que durante un extravío en su peregrinación, los mexica pararon un tiempo en Matlaztinco; mientras que los colhuas habrían jugado un papel relevante en la fundación de Malinalco, Ocuilan y Cuauhnáhuac, donde se hablaba náhuatl desde el siglo XII (Quezada, 1996, pp. 38-42; Quezada cit. en Hernández y Martínez, 2011, p. 257).

Los colhuas también compartieron una deidad con los matlatzincas: Coltzin, el Señor Torcidito, el mismo que Tolo, el Inclinado de Cabeza, que dio nombre a Toluca (Romero, 1988). Por esos días, también se originó el nombre de Malinalco, antiguo Texcaltepec, a partir del nombre de la hermana de Huitzilopochtli: Malinalxóchitl (Quezada cit. en Hernández y Martínez, 2011, p. 251). La leyenda cuenta que, durante la peregrinación mexica, en un momento de sueño y en que cayó dormida, la hermana fue abandonada junto con sus *teomamas* —cargadores de bultos sagrados o deidades— por el Dios de la Guerra, debido a sus hechicerías y malas artes; cuando despertó, desorientada y enfurecida, preguntó a los ancianos por el rumbo que siguió su hermano; sin saber, finalmente, Malinalxóchitl recaló en Texcaltepec y le dio su nombre a este pueblo.

Otras culturas del Posclásico que influyeron en el Matlatzinco fueron los tepanecas y los nahuas (Hernández, 1988, pp. 32-52). Los tepanecas de Azcapotzalco (siglo XIV a 1427) se mezclaron con grupos matlatzincas y otomíes, y en el Valle de Toluca tuvieron pueblos tributarios y aliados —incluso la influencia o "tradición" tepaneca en el Matlatzinco perduró hasta después de la Conquista (Béligand, 2017, p. 104; Martínez cit. en Hernández y Martínez, 2011, p. 607)—. Los nahuas fueron vencedores en las guerras tepanecas de 1427 a 1433, por lo que luego de la derrota del poderoso imperio de Azcapotzalco formaron la Triple Alianza —Excan tlahtoloyan— entre Tenochtitlán y su tlahtoani Izcóatl —mexica—, Texcoco y su rey poeta Nezahualcóyotl —colhua—, y Tlacopan o Tacuba y su señor Totoquihuatzin —tepaneca—, alianza en la que predominarían los mexicas, quienes a la postre conquistarían gran parte del territorio mesoamericano, incluido el Matlatzinco.

Después de las guerras tepanecas, Matlatzinco se declaró autónomo de la hegemonía de la Triple Alianza y, en ocasiones, en rebeldía (Béligand, 2017, p. 103). No obstante, algunos pueblos otomíes fueron sometidos por Izcóatl (1427-1440) y los mantuvo como tributarios de los tepanecas de Tlacopan; este rey también emprendió la conquista de la zona de Ocuilan. Por su parte, Moctezuma I Ilhuicamina (1440-1469) emprendió la invasión a zonas otomíes de los tepanecas (pp. 102 y 111), mientras que los matlatzincas se mantuvieron comerciando y a veces fueron mercenarios en conquistas mexicas del propio Moctezuma I (Hernández, 1988, pp. 40-42). Además, en este periodo floreció un linaje matlatzinca, el de Chimaltecuhtli en Calixtlahuaca (Béligand, 2017, p. 108-115), el cual logró preservar por un tiempo la autonomía de su señorío, debiendo enfrentar las tensiones

entre mexicas y purépechas (Quezada, 1996, p. 43). Así que la región no pasó desapercibida, no sólo por su fertilidad y abundancia: al constituirse en frontera natural con los tarascos michoaque, era codiciada por los tenochcas y por ello su invasión fue inminente (Hernández, 1988, pp. 40-42).

Comúnmente se acepta que en 1474 el emperador Axayácatl (1469-1481) inició la conquista del Matlatzinco, una empresa realizada por etapas, pues hubo nuevas invasiones, reconquistas y pacificaciones de territorios sometidos en tiempos de Tízoc (1481-1486), Ahuízotl (1486-1502) y Moctezuma II (1502-1520) (García, 1999, pp. 57-65). Casi todos los señoríos otomianos cayeron en la primera invasión, entre 1474 y 1480; durante las incursiones de Tízoc se destruyó el linaje de Chimaltecuhtli y se provocó la emigración masiva de matlatzincas a Michoacán. En Calixtlahuaca y Malinalco se construyeron templos circulares: en la primera se impuso el culto a Ehécatl-Quetzalcóatl y en la segunda se construyó el *cuauhcalli*, santuario mexica de Caballeros Tigres y Águilas (Béligand, 2017, pp. 111-117). Ambas zonas se convirtieron en colonias militares (González, 2008, pp. 85-86).

Así, el Matlatzinco se convirtió en vasallo del imperio mexica, el cual consolidó una cabecera dual en Tecaxic-Calixtlahuaca con funciones ceremoniales, y Toluca, enclavada en la Sierrita, adquirió funciones comerciales y administrativas; hacia el sureste, Malinalco fue centro ritual y Tenancingo, centro administrativo y comercial (Quezada cit. en Hernández y Martínez, 2011, p. 257). Además, Tenochtitlán distribuyó tierras de esta área a sus aliados de Texcoco —Nezahualpilli, hijo y heredero de Nezahualcóyotl, obtuvo tributos—, Tlatelolco, Azcapotzalco y Tlacopan, e implementó un nuevo sistema tributario para el cual los indios otomianos cultivaban las tierras y pagaban tributos que se recolectaban en tres cabeceras: Toluca-Calixtlahuaca, Malinalco y Ocuilan —Teotenango tributó junto con Toluca y Tenancingo con Ocuilan— (Béligand, 2017, pp. 116-123).

Todo lo anterior profundizó la nahuatlización y propició la mezcla y colonización de grupos nahuas y otomíes, con apoyo de gobernantes impuestos por los tlahtoque mexica: en Toluca gobernó primero un hermano de Axayácatl, Tezucicatzin, y luego Mazacoyotzin, nombrado por Moctezuma II; éste, además, impuso a Mexayacatzin, en Jilotepec; a Acxóyotl, en Chiapa de Mota, y a Ocellotzin, en Jocotitlán (p. 116). Con todo, a inicios del siglo XVI "la población del antiguo Matlatzinco oponía una férrea resistencia lingüística y cultural a la política nahuatizadora del Estado mexica"

(Albores cit. en Hernández y Martínez, 2011, p. 293), lo que se observa en la sobrevivencia de las lenguas otomianas durante esa centuria.

Tal era el contexto en el Matlatzinco al tiempo de la Conquista española.

## LAS CONQUISTAS DE MALINALCO Y TOLUCA

Hace poco más de 500 años, la mañana del 8 de noviembre de 1519, Cortés y el emperador Moctezuma II se encontraron en la Calzada de Iztapalapa, en Tenochtitlán. Fue uno de los encuentros de civilizaciones más portentoso en la historia del mundo.

Lo que siguió es conocido: por unos meses los españoles residieron en la gran ciudad; Cortés y Moctezuma entablaron relaciones cordiales, aunque prácticamente el tlahtoani era su prisionero. A mediados de 1520, Cortés salió rumbo a Veracruz para combatir a la expedición de Pánfilo de Nárvaez, quedando Pedro de Alvarado a cargo de la ciudad. Este capitán perpetró la matanza del Templo Mayor en la fiesta de Tóxcatl por lo que, a su regreso, Cortés encontró mucha animosidad, obligando a Moctezuma a calmar los ánimos, pero lo único que logró fue provocar su muerte. Entonces, los españoles decidieron emprender la huida el 30 de junio de 1520, en la llamada Noche Triste por la derrota que sufrieron a manos de los mexicas. Los españoles fueron perseguidos y el 7 de julio sostuvieron en Otumba una batalla contra el nuevo tlahtoani, Cuitláhuac (1520-1521). Finalmente, se refugiaron en Tlaxcala.

Una vez recobradas sus fuerzas, las huestes de Cortés y sus aliados comenzaron a someter, primero, a los pueblos cercanos a Tlaxcala para consolidar esa posición; luego, a los pueblos alrededor de la Cuenca de México —entre ellos, Texcoco, Xaltocan y Chalco— para fortalecer el sitio a Tenochtitlán. En el camino, la viruela mató a Cuitláhuac y debió ser nombrado un nuevo tlahtoani: Cuauhtémoc (1521). Finalmente, junto a decenas de miles de indígenas mesoamericanos, Cortés logró capturar a Cuauhtémoc y conquistar la gran ciudad el 13 de agosto de 1521 (véase el artículo "Nuevas discusiones en torno a la Conquista de México-Tenochtitlán", de Pilar Regueiro, en este libro).

Dos meses antes de la rendición de Tenochtitlán, en junio de 1521, las huestes de Hernán Cortés conquistaron Matlatzinco y Malinalco. Poco antes, el extremeño había iniciado el asedio a la gran ciudad desde todos los puntos del Anáhuac y el ataque a estos señoríos ocurrió al tiempo de intentar tomar el mercado de Tlatelolco. Por lo regular, las investigaciones sobre el tema aluden a las narraciones hechas por el propio Cortés y este ensayo no será la excepción. Sin embargo, muy poco se ha dicho acerca de cuáles fueron los motivos por los que dos pueblos de indios, los tlahuicas y los otomíes, instigaron la guerra contra sus vecinos. Es precisamente eso lo que reviso a continuación.

## A) LOS MOTIVOS DE LOS TLAHUICAS

Se dice que "Los malinalcas eran tan famosos por su arte de la guerra que fueron el primer blanco del proyecto de los conquistadores de sometimiento del Valle de Toluca" (Béligand, 2017, p. 117). Así narra Hernán Cortés al emperador Carlos I la conquista de Malinalco:

> …los naturales de una población que se dice Cuarnaguacar, que eran sujetos a la ciudad y se habían dado por nuestros amigos, vinieron al real y dijéronme cómo los de la población de Malinalco, que eran sus vecinos, les hacían mucho daño y les destruían su tierra, y que ahora se juntaban con los de la provincia de Cuisco, que es grande, y querían venir sobre ellos a los matar porque se habían dado por vasallos de vuestra majestad y nuestros amigos, y que decían que después de ellos destruidos habían de venir sobre nosotros; y aunque lo pasado era de tan poco tiempo acaecido y teníamos necesidad antes de ser socorridos que de dar socorro, porque ellos me lo pedían con mucha instancia, determiné de se lo dar; y aunque tuve mucha contradicción y decían que me destruía en sacar gente del real, despaché con aquellos que pedían socorro ochenta peones y diez de caballo, con Andrés de Tapia, capitán, al cual encomendé mucho que hiciese lo que más convenía al servicio de vuestra majestad y nuestra seguridad, pues veía la necesidad en que estábamos, y que en ir y volver no estuviese más de diez días. Y él se partió, y llegado a una población pequeña que está entre Malinalco y Coadnoacad halló a los enemigos, que le estaban esperando; y él, con la gente de Coadnoacad y con la que llevaba,

> comenzó su batalla en el campo, y pelearon tan bien los nuestros, que desbarataron los enemigos y en el alcance los siguieron hasta los meter en Malinalco, que está asentado en un cerro muy alto y donde los de caballo no podían subir; y viendo esto, destruyeron lo que estaba en el llano; y volviéronse a nuestro real con esta victoria… (Cortés, 1994, pp. 148-149).

A continuación, reflexiono varios aspectos entorno a esta crónica: los términos Cuarnaguacar y Coadnoacad forman parte de aquellas corrupciones lingüísticas tan habituales entre los españoles y ambas significan Cuernavaca.

Desde el Posclásico Temprano, los naturales de esa población eran matlatzincas, de los cuáles se ramificaron los atzingas u ocuiltecos. En el siglo XIII llegaron a vivir ahí tlahuicas de lengua náhuatl, asentándose al noroeste de Morelos, conformando una población diversa (Maldonado, 1990, pp. 23-32). Los tlahuicas fueron conquistados en 1438 —"Izcóatl mismo dirigió el contingente que iría por Ocuila" (Hernández, 1988, p. 40)— y reconquistados por Moctezuma I en 1452 —Nezahualcóyotl también obtuvo tributos de Cuauhnáhuac— (Maldonado, 1990, pp. 40-45). Además, en tiempos del mismo Moctezuma participaron en sacrificios gladiatorios y en campañas contra Oaxaca y Tlaxcala (pp. 51-52).

En época de Axayácatl, los tlahuicas participaron en guerras contra Michoacán y Ocuilan, pero el resultado de esta última no es claro. Algunas fuentes siguen a fray Diego Durán y dicen que el vencedor fue el señorío de Ocuilan (pp. 47 y 52); otras siguen a los *Anales de Cuautitlán* y dicen que Ocuilan "fue abatida por los esfuerzos conjugados de los aztecas y de los náhuatl de Cuauhnahuac […]" (Soustelle, 1993, p. 524). Con Tízoc, los tlahuicas hicieron guerra florida contra Meztitlán (Guerrero) y Huejotzingo (Puebla), ésta última en 1483, "de donde volvieron destrozados", y con Moctezuma II la hicieron contra Tuxtepec (Oaxaca) (Maldonado, 1990, pp. 48-50).

Con respecto a Malinalco, sabemos bien que no era el mismo señorío que Ocuilan aunque, naturalmente, la cercanía territorial los llevó a tener relaciones y al exterior tal vez se percibían como una sola región (García, 2018, p. 196). La fundación de Ocuilan debe ser posterior a la de Malinalco. En 1439, un grupo de tepanecas hablantes de un dialecto matlatzinca —luego conocido como ocuilteco— huyeron del Valle de México y se refugiaron en la zona de Ocuilan; esto coincidiría con la versión de Juan de Grijalva de que ésta fue fundada 80 años

antes de la Conquista (Quezada cit. en Hernández y Martínez, 2011, pp. 251-252). ¿Coincide la fundación de Ocuilan con la conquista de Izcóatl?

Vale decir que las fuentes no registran una invasión de Malinalco a Cuauhnáhuac, como sí la registran por parte de Ocuilan; tampoco se puede dudar de que los malinalcas "les hacían mucho daño y les destruían su tierra" a los tlahuicas. De hecho, "La actitud de los pueblos ubicados 'hacia el poniente' […] fue de rechazo al invasor y de hostigamiento a los indígenas aliados con los españoles. Esto ocurrió a los de Cuernavaca, que se encontraban amenazados por los malinalcas" (Hernández cit. en Jarquín, 2011, p. 38). Adicionalmente, los mexicas tenían gran confianza en los malinalcas, quienes "gozaban de la fama de tener excelentes brujos [y] A ellos acudió Moctezuma… le informaron que sus antepasados les habían legado pinturas en las que aparecían seres extraños, mitad hombre y mitad pez, o bien hombres con un solo ojo en la cara" (Hernández cit. en Jarquín, 2011, p. 25), visión completamente errónea y que distaba mucho de la realidad de la Conquista española.

El término *Cuisco* hace alusión a la región de Cohuixco, ubicada al noreste de Guerrero, colindante con el Estado de México y Morelos, de habla chontal —la Chontalcoatlán (Maldonado, 1990, p. 31)— y cercana a Malinalco. En tiempos de dominio tepaneca, en 1423, un siglo antes de la Conquista española, los couixca fueron conquistados por Cuauhnáhuac, aliada de Azcapotzalco (Carrasco, 1987, p. 272; Maldonado, 1990, p. 36). Luego de la muerte de Izcoátl en 1440, la región fue sojuzgada por la Triple Alianza —en ello también intervino Nezahualcóyotl— (Loredo y Yaschine, 1995, p. 50). Por lo que se puede pensar que, siendo de dominio mexica, dicha región hacía mancuerna con Malinalco y Ocuilan; incluso, es probable que Cuisco hubiera tenido la intención de realizar alguna incursión militar en Cuauhnáhuac al tiempo de la Conquista (García, 2018, p. 196).

Ahora bien, Cuauhnáhuac fue conquistada por Cortés antes de comenzar el asedio a Tenochtitlán, debiendo enfrentar a fuerzas mexicas organizadas en Oaxtepec que contaron con contingentes xochimilcas de esa región y tlahuicas de Cuauhnáhuac; los días 13 y 14 de marzo de 1521 se envió una primera incursión victoriosa al mando del que sería conquistador de Matlatzinco: Gonzalo de Sandoval. Luego de que regresó a informar sobre la posición estratégica de la zona y de razonar que su derrota permitiría aislar a Tenochtitlán al perímetro del lago de Texcoco, el propio conquistador encabezó una segunda incursión, entre el 7 y

12 de abril, que barrió con los pueblos del norte de Morelos; el día 12, el tlahtoani, Yoatzin de Cuauhnáhuac se rindió y se ofreció como vasallo ante Cortés (García, 2018, pp. 190-194).

Conociendo todo esto, ¿cuáles fueron, entonces, los motivos de los tlahuicas para instigar la invasión de Malinalco? Podemos conjeturar algunas cosas. Añejos rencores guardados por ellos habrían pesado en su decisión de instigar la guerra contra los malinalcas. Para 1521 tenían ya más de 80 años de haber sido sojuzgados y de pagar tributos a la Triple Alianza, mientras que habrían mantenido relaciones hostiles con Ocuilan, la colonia militar de Malinalco y Cuisco, todos ellos sujetos de los mexicas desde hacía décadas. Además, habría sido una decisión práctica de sobrevivencia, pues, como vimos, unos meses antes toda una alianza de xochimilcas y tlahuicas fueron derrotados por los españoles, por lo que, siendo ya vasallos de los peninsulares, se puede suponer que lo mejor para los tlahuicas era alertar a sus nuevos señores de los peligros que éstos corrían en su zona de influencia.

El resto de la crónica es más explícita. *Peccata minuta*: las cifras de Cortés y de Bernal Díaz del Castillo varían. El primero dice que con Andrés de Tapia mandó "ochenta peones y diez de a caballo", mientras que Bernal Díaz del Castillo (1962) afirma que fueron "veinte de caballo y cien soldados y muchos amigos tlaxcaltecas" (p. 424). Por otro lado, es difícil saber cuál era esa "población pequeña que está entre Malinalco y Coadnoacad" en la que Tapia halló al enemigo. Lo cierto es que, como Toluca, Malinalco también estaba "asentado en un cerro muy alto", en el conocido como Cerro de Ídolos, donde hoy están los restos del *Cuauhcalli*.

Finalmente, los tlahuicas terminaron participando de manera directa en la Conquista de México-Tenochtitlán, en el frente de guerra de Iztapalapa, encomendado a Gonzalo de Sandoval, donde un ejército de 200 mil indígenas bajo el mando de Ixtlixóchitl, señor de Texcoco, también llevaba gente del señorío de Cuauhnáhuac (García, 2018, p. 196).

Fue así como los tlahuicas de Cuernavaca contribuyeron a la conquista de Malinalco y, a pesar de sus motivos y de sus intentos de sobrevivencia, a la larga, también como Toluca, terminaron siendo parte del Marquesado del Valle de Oaxaca de Hernán Cortés.

## B) LOS MOTIVOS DE LOS OTOMÍES

Se dice que: "los otomíes habrían buscado una protección por parte de los españoles para poner fin a la tiranía belicosa de los matlatzincas" (Béligand, 2017, p. 117). Así narra Hernán Cortés (1994) al emperador Carlos I la conquista de Matlatzinco:

> Desde a dos días que los españoles vinieron de hacer guerra a los de Malinalco, según que vuestra majestad habrá visto en los capítulos anteriores a éste, llegaron a nuestro real diez indios de los otomíes, que eran esclavos de los de la ciudad, y, como he dicho, habiéndose dado por vasallos de vuestra majestad, y cada día venían en nuestra ayuda a pelear, y dijéronme cómo los señores de la provincia de Matalcingo, que son sus vecinos, les hacían guerra y les destruían su tierra y les habían quemado un pueblo y llevádoles alguna gente, y que venían destruyendo cuanto podían y con intención de venir a nuestros reales y dar sobre nosotros, porque los de la ciudad saliesen y nos acabasen. Y a lo más de esto dimos crédito, porque de pocos días a aquella parte, cada vez que entrábamos a pelear nos amenazaban con los de esta provincia de Matalcingo; de la cual, aunque no teníamos mucha noticia, bien sabíamos que era grande y que estaba veinte y dos leguas de nuestros reales; y en la queja que estos otomíes nos daban de aquellos sus vecinos, daban a entender que les diésemos socorro, y aunque lo pedían en muy recio tiempo, confiando en la ayuda de Dios, y por quebrar algo las alas de los de la ciudad, que cada día nos amenazaban con éstos y mostraban tener esperanza de ser de ellos socorridos, y este socorro de ninguna parte les podía venir si de éstos no, determiné de enviar allá a Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, con diez y ocho de caballo y cien peones, en que había sólo un ballestero, el cual partió con ellos y con otra gente de los otomíes, nuestros amigos (pp. 149-150).

Aquellos otomíes "esclavos de los de la ciudad" —de Tenochtitlán— son mencionados también por Cortés en un episodio que tuvo lugar unos días antes de la conquista de Toluca:

> […] ciertos pueblos de Utumíes, que es gente serrana… y eran esclavos del señor de Temixtitan, se vinieron a ofrecer y dar por vasallos de vuestra majestad, rogándome

> que les perdonase la tardanza; y yo los recibí muy bien y holgué mucho con su venida, porque si algún daño podían recibir los de Cuyoacán era de aquéllos (pp. 138-139).

De nueva cuenta, reflexiono aspectos de esta crónica: los otomíes son los habitantes más antiguos de Matlatzinco (Carrasco, 1987, p. 12) y, como hemos visto, su asiento se extendió por varios estados, por lo que es necesario preguntarse cuáles habrían sido aquellos que se dieron por vasallos y acudieron a ayudar a los conquistadores en su pelea. Cortés proporciona dos indicios. El primero: "es gente serrana", cabe mencionar que los otomíes fueron "muy numerosos en la periferia del Valle de México, en particular hacia el norte y en las sierras circundantes [y] se mencionan [también] como los más antiguos pobladores del Valle de México y sus alrededores" (Escalante cit. en Hernández y Martínez, 2011, p. 225), por lo que aquellos que se postraron ante Cortés pudieron ser de la Sierra de las Cruces, en los límites del Valle de Toluca y Ciudad de México. El siguiente indicio: si podían "dañar" a Coyoacán, probablemente eran de pueblos cercanos a éste, como Huixquilucan, Ocoyoacac, Xalatlaco o Capulhuac.

Casi todos los pueblos otomíes fueron sometidos por la Triple Alianza (p. 220). Luego de la derrota tepaneca,

> el primer acto de los confederados fue el de compartir los despojos de Azcapotzalco y de someter a Tlacopan el país mazahua —Mazahuacan— y la parte de aquellas Serranías (la Sierra de las Cruces) que eran de Chichimecas, que son los que ahora llaman Otomíes (Soustelle, 1993, p. 523).

Durante las conquistas de Axayácatl y Tízoc, los pueblos otomíes sometidos fueron Chapa de Mota, Jilotepec y Jiquipilco, en el norte; así como Atlapulco, Capulhuac, Ocoyoacac y Xalatlaco al oriente (Béligand, 2017, p. 114). Con los cautivos de esa conquista se pobló Xalatlaco, (Carrasco, 1987: p. 276); con Ahuízotl, pueblos como Jilotepec aún seguían en rebeldía (Hernández cit. en Hernández y Martínez, 2011, p. 631). Pero siendo ya vasallos de Moctezuma II, los otomíes desempeñaron el papel de mercenarios en sus avances militares (Soustelle, 1993, pp. 526-527). En cualquier caso, prácticamente todos los otomíes eran vasallos mexicas al llegar los españoles.

¿Cuál pudo haber sido el motivo por el que los otomíes instigaron la conquista de Toluca y reforzaron la de Tenochtitlán? No parece difícil pensar en un primer motivo: el haber tenido por mucho tiempo una situación adversa. Aparte de ser considerados más bárbaros que los matlatzincas, también eran de los más vejados y subyugados. Veamos el siguiente argumento derivado de las apreciaciones de cronistas como fray Antonio de Ciudad Real, fray Toribio de Benavente, *Motolinía*, fray Bartolomé de las Casas y José de Acosta:

> Precisamente a los otomíes les había tocado la mala fortuna de emigrar a marchas forzadas huyendo de este o aquel perseguidor, ya tepaneca, ya tenochca, quizá tolteca en tiempos más antiguos, quizá siempre nahua. Los otomíes parecen haber tenido una situación desventajosa durante siglos; su posición desfavorable en el juego de fuerzas los había conducido, en última instancia, a una existencia marginal respecto de los grandes asentamientos urbanos y de los grandes sistemas agrícolas… (Escalante cit. en Hernández y Martínez, 2011, p. 218).

Lo anterior claramente fue razón que los convirtió en grupo hostil a los mexicas y sus aliados, por lo que se echaron en brazos de conquistadores. El cronista Torquemada lo dice así: "Su celo —de los otomíes— al servicio de los recién llegados fue tal, que los matlatzincas les mostraron una viva hostilidad" (Soustelle, 1993, p. 544). Ésta, a su vez, era la razón por la que Toluca les hacía la guerra, destruía su tierra, quemaba pueblos y capturaba a su gente.

También existía la posibilidad de que los matlatzincas apoyaran a los aztecas. En principio se podría pensar que, dado que más bien Calixtlahuaca era colonia militar, el interés se centraba en atacar alguna guarnición mexica apostada en el lugar —de lo cual no tenemos certeza—. Por otro lado, sabemos que "simplemente la población estaba agrupada en el cerro de Toluca" (Béligand, 2017, p. 1130) o, mejor dicho, en los barrios prehispánicos de la Sierrita que actualmente se levanta ante el primer cuadro de la ciudad. Puede pensarse que se trataba de una población debilitada por las conquistas e invasiones mexicas y las migraciones provocadas por éstas, especialmente a Michoacán (Carrasco, 1987, pp. 276-281).

No obstante, las crónicas de Bernal Díaz del Castillo (1962) podrían indicar otra situación. En 1520, cuando Cacamatzin, tlahtoani de Texcoco, manifestó su preocupación por que su tío el emperador Moctezuma "hacía muchos días que

estaba preso", convocó a reunión a los señores vasallos de Coyoacán, Tacuba, Iztapalapa y del Valle de Toluca:

> […] a otro cacique muy grande, señor de Matalcingo, que eran parientes muy cercanos de Montezuma; y aun decían que le venía de derecho el reino y señorío de México, y este cacique era muy valiente por su persona entre los indios… al cacique que he dicho que era valiente por su persona, que no le sé el nombre, dijo que si le daban a él el señorío de México, pues le venía de derecho, que él con toda su parentela y de una provincia que se dice Matalcingo serían los primeros que vendrían con sus armas a echarnos de México, y no quedaría ninguno de nosotros a vida […] (pp. 224).

¿Quién era este cacique "muy grande"? La expresión tal vez se refiera a magnanimidad y no a vejez, pues, al reclamar el señorío de México, el cacique parece haber sido alguien con bríos, probablemente joven. El cronista no sabe el nombre. ¿Acaso es aquél Mazacoyotzin que se mencionó anteriormente?, tal vez nunca se sepa. Lo cierto es que alguien que se ofreció a señorear Tenochtitlán —en todo caso Cacamatzin zanjó la discusión, al reclamar el trono para él—, y hacer la guerra contra los españoles no parece provenir de un pueblo debilitado.

Más adelante, para 1521, Díaz del Castillo dijo que:

> se juntaban de tres provincias, que se decían los de Mataltzingo y Malinalco y otro pueblo que se dice Tulapa… que estaban obra de ocho o diez leguas de México, para venir sobre nosotros y mientras estuviésemos batallando con los mexicanos darnos en las espaldas (p. 422).

Por la distancia que registra el autor es probable que "Tulapa" sea Toluca. En cualquier caso, este aviso habría demostrado a Cortés que las amenazas eran reales. Aún más:

> […] Guatemuz envió las cabezas de los caballos y caras —de españoles— que habían desollado, y pies y manos de nuestros soldados que habían sacrificado —setenta y ocho—, a muchos pueblos y a Mataltzingo y Malinalco y Tulapa, y les envió a decir que ya habían muerto más de la mitad de nuestras gentes, y que les rogaba que para que nos acabasen de matar que vinieses a ayudarle (p. 423).

Todo ello significa que Cuauhtémoc tenía esperanzas en que aquellas provincias lo socorrerían, y no sólo por eso, además, "en Mataltzingo y en Tulapa tenía Guatemuz muchos parientes por parte de la madre" (p. 423). Se sabe que Cuauhtémoc fue hijo del emperador Ahuízotl, pero desafortunadamente no cuento con información sobre la madre. En algún momento las amenazas de estos tres pueblos se hicieron reales, por lo que Díaz del Castillo continúa:

> […] y venían ya de hecho contra nosotros, y por el camino por donde pasaban estaban tres pueblos nuestros amigos, y les comenzaron a dar guerra y robar las estancias y maizales, y mataron niños para sacrificar, los cuales pueblos enviaron en posta a hacérselo saber a Cortés para que les enviase ayuda y socorro (pp. 423-424).

Si los de Toluca emprendieron la marcha a Tenochtitlán por el rumbo habitual, vale decir que tanto los caminos antiguos como los actuales que van de Toluca a México recorren, en mayor o menor medida, municipios como Lerma, Capulhuac, Ocoayoacac, Huixquilucan, todos ellos con población otomí a la hora de la Conquista. ¿Habrían sido esos "pueblos nuestros amigos" los agredidos y que luego pidieron a Cortés diera guerra al Matlatzinco? Es muy probable que así haya sido, ya que, además, este pasaje que cuenta Bernal Díaz del Castillo es anterior a las conquistas de Malinalco y de Matlatzinco.

En todo caso, Cortés dio crédito a los mensajeros otomíes. Encima, había visto las terribles advertencias que mandó Cuauhtémoc a Matlatzinco y Toluca, por ello envío a su alguacil mayor, Gonzalo de Sandoval, con 18 de caballo, 100 peones y sólo un ballestero —*peccata minuta*: Bernal Díaz del Castillo afirma que fueron "veinte de a caballo y ochenta soldados, los más sanos que había" (p. 424)—. Además, a la Conquista fueron los otomíes, "nuestros amigos", así como tlaxcaltecas. La lámina *P. Matlatzinco* del *Lienzo de Tlaxcala* (Sánchez y González cit. en Brito, 2021, p. 121) muestra dos caballeros tlaxcaltecas, Yzquitecatl y Chimalpiltzintli, quienes deben ser mencionados como conquistadores junto a Sandoval.

Un apunte sobre Tlaxcala: si bien predominó la presencia de población nahua, en Tlaxcala los asentamientos otomíes son antiguos y también tuvieron vínculos estrechos con otros pueblos otomíes al noreste de Ciudad de México. Más aún, durante el siglo xv hubo migración constante de otomíes a Tlaxcala,

la cual se incrementó en tiempos de Moctezuma II, quien sofocó sus rebeliones (Carrasco, 1987, pp. 33-39 y 280-281). Es así como:

> El Estado aristocrático de Tlaxacala, en donde se instaló un estrato náhuatl después de las poblaciones otomí… supo asimismo asegurarse la fidelidad de los otomíes. Estos custodiaban las fronteras del Estado… gozaban de una gran reputación guerrera… rechazaron los ataques del soberano azteca Moctezuma [II]… Es a ellos a quienes se enfrentó Cortés al poner pie en el alto altiplano (sic) (Soustelle, 1993, p 521).

Cuando Cortés sometió Tlaxcala, los otomíes se pasaron del lado de sus aliados tlaxcaltecas y se convirtieron en conquistadores de Tenochtitlán. Jacques Soustelle incluso piensa que fueron más allá: "desde 1522 los vemos figurar en las tropas de Cristóbal de Olid… fueron desde ese momento preciosos auxiliares para la colonización española" (p. 545).

Continuando con la narración de la conquista de Toluca, ésta es más extensa:

> […] El alguacil mayor fue aquel día a dormir a un pueblo de los otomíes que está frontero de Matalcingo, y otro día, muy de mañana, se partió y fué a unas estancias de los dichos otomíes, las cuales halló sin gente y mucha parte dellas quemadas; y llegando más a lo llano, junto a una ribera, halló mucha gente de guerra de los enemigos, que habían acabado de quemar otro pueblo; y como le vieron, comenzaron a dar la vuelta, y por el camino que llevaban en pos de ellos hallaban muchas cargas de maíz y de niños asados que traían para su provisión, las cuales habían dejado como habían sentido ir los españoles; y pasado un río que allí estaba más adelante en lo llano, los enemigos comenzaron a reparar, y el alguacil mayor con los de caballo rompió por ellos y desbaratolos, y puestos en huida tiraron su camino derecho a su pueblo de Matalcingo que estaba cerca de tres leguas de allí; y en todas duró el alcance de los de caballo hasta los encerrar en el pueblo, y allí esperaron a los españoles y a nuestros amigos, los cuales venían matando en los que los de caballo atajaban y dejaban atrás, y en este alcance murieron más de dos mil de los enemigos. Llegados los de pie donde estaban los de caballo y nuestros amigos, que pasaban de sesenta mil hombres, comenzaron a huir hacia el pueblo, adonde los enemigos hicieron rostro, en tanto que las mujeres y los niños y sus haciendas se ponían en salvo en una fuerza que estaba en un cerro muy alto que estaba allí junto. Pero como dieron de

> golpe en ellos, hiciéronlos también retraer a la fuerza que tenían en aquella altura, que era muy agra y fuerte, y quemaron y robaron el pueblo en muy breve espacio, y como era tarde, el alguacil mayor no quiso combatir la fuerza y también porque estaban muy cansados, porque todo aquel día habían peleado; los enemigos, toda la más de la noche desprendieron en dar alaridos y hacer mucho estruendo de atabales y bocinas (Cortés, 1994, p. 150).

Es difícil saber cuál es ese pueblo otomí frontero de Matalcingo en el que pernoctaron Sandoval y sus tropas, así como las estancias que visitaron al otro día. Seguramente la ribera a la que alude Cortés es el río Chicnauhtenco o Lerma. Tal vez eso de los "niños asados" sea una expresión literal, pues hay que recordar que muchos pueblos prehispánicos practicaban la antropofagia —o tal vez no, tal vez eran "perritos de la variedad tepezcuintle" (Hernández cit. en Jarquín, 2011, p. 39)—. Se puede pensar que el Matlatzinco no tenía oportunidad de victoria frente a una gran fuerza de 60 mil hombres, por lo que tuvo una terrible pérdida de dos mil pobladores. El cerro donde se refugiaron las mujeres y niños con sus pertenencias, seguramente se refiere a alguna de las elevaciones de la Sierrita de Toluca. La narración continúa:

> Otro día de mañana el alguacil mayor con toda la gente comenzó a guiar para subirles a los enemigos aquella fuerza, aunque con temor de se ver en trabajo en la resistencia; y llegados, no vieron gente ninguna de los contrarios; e ciertos indios amigos nuestros descendían de lo alto, y dijeron que no había nadie y que al cuarto del alba se habían ido todos los enemigos. Y estando así vieron por todos aquellos llanos de la redonda mucha gente, y eran los otomíes; y los de caballo, creyendo que eran los enemigos, corrieron hacia ellos y alancearon tres o cuatro; y como la lengua de los otomíes es diferente de esta otra de Culúa, no los entendían más de cómo echaban las armas y se venían para los españoles; y todavía alancearon tres o cuatro, pero ellos bien entendieron que había sido por no los conocer. Y como los enemigos no esperaron, los españoles acordaron de se volver por otro pueblo suyo que también estaba de guerra; pero como vieron venir tanto poder sobre ellos, saliéronle de paz, y el alguacil mayor habló con el señor de aquel pueblo, y díjole que ya sabía que yo recibía con muy buena voluntad a todos los que se venían a ofrecer por vasallos de vuestra majestad, aunque fuesen muy culpados; que le rogaba que

> fuese a hablar con aquellos de Matalcingo para que se viniesen a mí, y prefirióse de lo hacer así y de traer de paz a los de Malinalco; y así, se volvió el alguacil mayor con esta victoria (pp. 150-151).

Como se observa, los matlatzincas abandonaron su tierra y es probable que el estruendo y los alaridos de la noche anterior fueran de duelo. Tal vez esto dé sentido a una frase dicha por un principal matlatzinca —Tuchcoyotzin— a Cortés, meses después de la invasión de Sandoval: "Hueytlatoani, todos mis indios me han desamparado" (Béligand, 2017, pp. 127-128). Por último, Sandoval aprovechó para intentar someter a otro pueblo del que tampoco se tiene noticia, pero éste, ante la fuerza mostrada por el ejército conquistador, prefirió la rendición sin derramamiento de sangre y, aún más, se ofreció a ayudar a conseguir la paz con los de Malinalco y los de Matlatzinco, que no se habían dado por vasallos ante Cortés.

Volvamos a Bernal Díaz del Castillo (1962), quien por su propia narración sabemos que asistió a Sandoval en la conquista de Toluca. Cuenta que se llevaron:

> […] dos principales de Mataltzingo… porque viese Guatemuz y sus capitanes que no tenía ya ayuda ni favor de aquellas provincias… [El mismo Cortés habría mandado decir a Cuauhtémoc que] los socorros que esperaba de Mataltzingo, que se informe de aquellos dos principales que entonces le envió, cómo les ha ido en su venida… Y después que Guatemuz vio los principales de Mataltzingo y le dijeron lo que había pasado, no les quiso responder cosa ninguna, más de decirles que se vuelvan a su pueblo, y luego les mandó salir de México (p. 426).

Con la derrota del Matlatzinco la moral mexica cayó a los suelos. El cronista Francisco Cervantes de Salazar dijo que "Mucho se sintieron los mexicanos que los de Matalcingo y Marinalco [*sic*] se ofreciesen tan deveras á los cristianos, y desmayaron mucho, porque toda la esperanza de socorro tenía puesta en estas poblaciones" (Quezada, 1996, p. 74).

Zona arquelógica de Calixtlahuaca.

## REFLEXIÓN FINAL

La narración de Cortés termina de una forma a la que no se puede agregar mucho más:

> Desde a cuatro días que el alguacil mayor vino de la provincia de Matalcingo, los señores de ella y de Malinalco y de la provincia de Cuiscon… vinieron a nuestro real, y pidieron perdón de lo pasado, y ofreciéronse de servir muy bien; y así lo hicieron y han hecho hasta ahora (Cortés, 1994, p. 151).

Es así como las conquistas de Matlatzinco y Malinalco se enmarcaron en la estrategia general de Cortés de asegurar el perímetro de la Cuenca de México, a través del sometimiento de pueblos aliados a Tenochtitlán, a fin de aislar a las tropas mexicas e imponer el sitio del que los hijos del sol ya no pudieron librarse. Para ello contó con apoyo de las fuerzas que también acudieron al asedio a la gran ciudad, predominantemente de los tlaxcaltecas, así como de los pueblos otomianos: tlahuicas y otomíes, quienes, como se ha dicho, guardaban rencores por los viejos o los muy recientes conflictos mantenidos con los matlatzincas de dos de los señoríos otomianos más relevantes a la hora de la Conquista.

Finalmente, más allá de los motivos que tuvieron tlahuicas y otomíes, por los cuales habrían instigado las invasiones y, con ello, la destrucción de Malinalco y Matlatzinco, es importante echar luz sobre un hecho del cual poco se ha reflexionado: en un periodo menor a medio siglo, de 1474 a 1521, el extenso Valle de Toluca fue invadido varias veces, a través de conquistas, reconquistas, pacificaciones o cualquier otro acto de guerra.

Lo anterior significa que, si la de Tenochtitlán fue una conquista dolorosa y que a la fecha sigue afectando la memoria de las mexicanas y los mexicanos, las de Matlatzinco y Malinalco deberían ser consideradas, al menos por la población del Valle de Toluca, como profundamente más dolorosas, pues a diferencia de Tenochtitlán, que en aquella época imperaba sobre Mesoamérica y no había sufrido invasiones, en 1521 los matlatzincas eran pueblos que habían soportado varias guerras, además de que vivían sojuzgados y tributando al imperio mexica. No ha sido gratuito que, a lo largo del tiempo, los matlatzincas prácticamente se han extinguido y actualmente solo sobreviven en el municipio de Temascaltepec, México.

De ahí la importancia de no considerar iguales todas las conquistas, de trascender la visión maniquea que coloca a Tenochtitlán en el centro y de poner la mirada nuevamente en los acontecimientos ocurridos hace 500 años en el Valle de Toluca, con el fin de contribuir a reconstruir su historia y de aportar nuevos elementos a nuestra identidad en el presente.

## FUENTES DE CONSULTA

Arellanes, F. *et al* (2011). Hacia una tipología tonal de las lenguas otopames. *Memorias del Congreso de Idiomas Indígenas de Latinoamérica-V*. Center for Indigenous Languages of Latin America (CILLA)-Teresa Lozano Long Institute of Latin American Studies, University of Texas at Austin.

Béligand, N. (2017). *Entre lagunas y volcanes. Una historia del Valle de Toluca (finales del siglo XV-siglo XVIII)* (vol. 1). El Colegio de Michoacán, Fondo Editorial Estado de México (FOEM) y Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos (CEMCA).

Brito Guadarrama, B. *et al*. (2021). *El Lienzo de Tlaxcala*. Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y Fondo de Cultura Económica (FCE).

Cortés, H. (1994). *Cartas de Relación*. Porrúa.

Díaz del Castillo, B. (1962). *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Fernández Editores.

Diez Loredo, C.; Yaschine y Caplan, T. (septiembre-diciembre 1995). Los cohuixca-Tlapaneca. *Dimensión Antropológica* (vol. 5). INAH, pp. 39-57.

García Castro, R. (1999). *Indios, territorio y poder en la provincia Matlatzinca. La negociación del espacio político de los pueblos otomianos, siglos XV-XVII*. El Colegio Mexiquense, Consejo Nacional de Cultura y las Artes (CONACULTA), INAH y Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS).

García Mendoza, J. (2010). "Hernán Cortés y la conquista del señorío de Cuauhnáhuac: importancia estratégico-militar". En J. García Mendoza y G. Nájera Nájera (coord.). *De los señoríos indios al orden novohispano,* 179-198. [H. Crespo (dir.). *Historia de Morelos. Tierra, gente. Tiempos del Sur* (t. III).]. Congreso del Estado de Morelos-LI Legislatura, Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM), Ayuntamiento de Cuernavaca e Instituto de Cultura de Morelos.

González Reyes, G. (2008). Poblamiento y multietnicidad en la frontera occidental de Matlatzinco, siglos XV-XVI. *Revista de Estudios Otopames* 6 (1).

Hassig, R. (1992). *War and Society in Ancient Mesoamerica*. University of California Press.

Hernández Rodríguez, R. (1988). *El Valle de Toluca. Época prehispánica y siglo XVI*. El Colegio Mexiquense y H. Ayuntamiento de Toluca.

Hernández Rodríguez, R. y Martínez García, R. C. (Coords.) (2011). Volumen 2. Etnografía. En M. T. Jarquín Ortega y M. Miño Grijalva. *Historia general ilustrada del Estado de México* (vol. 2). Biblioteca Mexiquense del Bicentenario, El Colegio Mexiquense y LVII Legislatura del Congreso del Estado de México.

Jarquín Ortega, M. T. (Coord.) (2011). Volumen 3. Época virreinal (1519-1750). En M. T. Jarquín Ortega y M. Miño Grijalva. *Historia general ilustrada del Estado de México* (vol. 3). Biblioteca Mexiquense del Bicentenario, El Colegio Mexiquense y LVII Legislatura del Congreso del Estado de México.

León-Portilla, M. (1967). El proceso de aculturación de los chichimecas de Xólotl. *Estudios de Cultura Náhuatl, 7*, pp. 59-86.

Maldonado Jiménez, D. (1990). *Cuauhnáhuac y Huaxtepec (tlalhuicas y xochimilcas en el Morelos prehispánico)*. Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias Cuernavaca.

Quezada, N. (1996). *Los matlatzincas. Época prehispánica y época colonial hasta 1650*. UNAM.

Semo, E. (2021). *500 años de la batalla por México-Tenochtitlán*. UNAM e Ítaca.

Soustelle, J. (1993). *La familia otomí-pame*. Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMÉX), Instituto Mexiquense de Cultura y Ateneo del Estado de México.

Sugiura, Y. y Nieto Hernández, R. (2016). Capítulo I. Desarrollo histórico de las sociedades prehispánicas de la Cuenca del Alto Lerma, a partir de los hallazgos arqueológicos. En Y. Sugiura, J. A. Álvarez Lobato y E. Zepeda Valverde. *La cuenca del alto Lerma: ayer y hoy. Su historia y su etnografía*. FOEM y El Colegio Mexiquense, 74-133.

# LA INDEPENDENCIA DE 1821: VIEJAS Y NUEVAS IDEAS EN TORNO A LA LLAMADA *CONSUMACIÓN*

JOAQUÍN E. ESPINOSA AGUIRRE

"La nación mexicana que, por trescientos años, ni ha tenido voluntad propia, ni libre el uso de la voz, sale hoy de la opresión en que ha vivido. Los heroicos esfuerzos de sus hijos han sido coronados, y está consumada la empresa, eternamente memorable".

ACTA DE INDEPENDENCIA DEL IMPERIO MEXICANO, SEPTIEMBRE 28 DE 1821

## INTRODUCCIÓN

EL PROCESO QUE DESENCADENÓ, EN 1821, LA INDEPENDENCIA DEL ANTIGUO VIrreinato de Nueva España en mucho se debió a los sucesos de la metrópoli española, al igual que sucedió con la revolución insurgente de 1810. Del mismo modo que, en 1808, se generó un estado de incertidumbre por la traición del emperador francés Napoleón Bonaparte a los reyes de España, Carlos IV y Fernando VII, y el consecuente vacío de poder que ello generó; la relativa calma de 1820 se trastocó a causa del levantamiento de tropas expedicionarias que salieron de Cabezas de San Juan —Sevilla— al mando del coronel Rafael del Riego y que promovieron el regreso del régimen liberal, obligando a Fernando VII a jurar la Constitución de la Monarquía proclamada en Cádiz, en 1812, luego de que él mismo la abolió dos años después. Esto no tardó en generar reacciones a lo largo de las posesiones americanas, las cuales aparentaban encontrarse pacificadas, pero que

*Entrada del Ejército Trigarante*, pintura de Antonio Cortés.

en realidad aguardaban el momento para mostrar sus aspiraciones de libertad. En la primavera de 1820, se presentó esa oportunidad.

Para el caso de Nueva España, se representa —que no se explica— la llamada consumación de la Independencia como el surgimiento espontáneo de una reacción promovida por grupos de militares que, opuestos a las medidas liberales que promovían las restituidas cortes españolas, tomaron el control de los gobiernos provinciales y separaron al Imperio mexicano de la vieja España, liberándolo de la obediencia a la constitución. El origen del movimiento se encuentra en las reuniones de los grupos más conservadores de Ciudad de México, como eran el virrey, la Audiencia, la Iglesia y la Inquisición, quienes se reunieron para conspirar y elegir al comandante criollo "más ambicioso y falto de escrúpulos", para llevar a cabo sus planes de evitar la jura de la constitución y ofrecer el trono del reino

independiente a algún monarca europeo, coartando toda aspiración de soberanía. Ese militar era Agustín de Iturbide.

Sin embargo, estas repetidas imágenes no son sino el resultado de una larga cadena de desacertadas y tendenciosas interpretaciones que buscaron, durante décadas, imponer una idea de la guerra de Independencia basada en la oposición maniquea de "buenos y malos", donde por un lado estaban los insurgentes-patriotas, defensores del liberalismo, la revolución y la independencia, y por el otro su contraparte realista, promotora de la tradición, la reacción y el dominio absolutista. De hecho, por causa de ese planteamiento simplista es que el surgimiento de la trigarancia aparenta espontaneidad, pues en realidad se nutrió de ambas vertientes tanto en lo militar como en lo político y económico. De ahí la importancia de cuestionar, en primer lugar, si lo que sucedió en 1821 fue consumación, ya que esa palabra fomenta una visión unificadora del proceso que, al tiempo de anular diversos matices de las facciones insurgentes, enlaza a iniciadores y consumadores, a Miguel Hidalgo e Ignacio Allende con Vicente Guerrero y Agustín de Iturbide, lo cual dista mucho de la realidad.

Lo que aquí se ofrece son elementos para cuestionar y complejizar nuestras creencias sobre las diversas etapas del episodio que llamamos Consumación de la Independencia, y que de manera general puede llamarse la *trigarancia*, ya que fue ésta la que se encargó de englobar a todos los sectores que aspiraban a la independencia, aunque no ya bajo los preceptos que planteó la insurgencia —si bien recogió algunos de ellos—, sino a partir de un nuevo principio: la unión. La intención es que se tomen en cuenta tres elementos que han quedado fuera de las interpretaciones clásicas: el primero reside en el hecho de que la crisis generada en la Península representó una nueva oportunidad de reacomodo para diversos sectores de la sociedad novohispana, como los militares y los eclesiásticos; la segunda, la posibilidad de la derrota del movimiento y, por lo tanto, de la idea teleológica de que estaba destinado a triunfar desde el inicio; la tercera, que no fue un profundo anticonstitucionalismo lo que movió a los militares y a su líder a levantarse por la independencia, sino ciertos intereses de clase que compartían con los insurgentes.

# I. LOS MITOS DEL ORIGEN DE LA CONSUMACIÓN

Existen tres elementos fundamentales que se deben considerar con respecto al surgimiento del movimiento trigarante y sus mitos: primero, el relacionado con las presuntas reuniones que se realizaron en el templo de La Profesa, ubicado en el centro de Ciudad de México, donde tomaron parte los miembros más reaccionarios de la sociedad mexicana; el segundo, respecto a la elección del coronel Iturbide para que llevara a cabo la traición de las aspiraciones novohispanas de libertad, por ser el militar criollo más servil entre las filas virreinales, y, tercero, las motivaciones que éste tuvo para ponerse al frente de la causa independentista y luego buscar unirse con Vicente Guerrero para conseguir sus "desleales" planes, concretándose todo en el proverbial Abrazo de Acatempan.

Hace 200 años se comenzó a decir que el movimiento de consumación tuvo su origen en la conspiración realizada, en 1820, en el templo de La Profesa, donde se reunieron los personajes más conservadores de la sociedad, con el fin de evitar que se jurara la Constitución de Cádiz. Fue Vicente Rocafuerte el primero que lo refirió en su *Bosquejo ligerísimo de la revolución del Mégico* de 1822, obra empeñada en desprestigiar tanto a Iturbide como al Imperio mexicano ante el gobierno de Estados Unidos. Según Rocafuerte, las reuniones fueron encabezadas por los exinquisidores Matías Monteagudo y José Antonio Tirado, junto con el oidor Miguel Bataller, quienes planeaban evitar la puesta en marcha de la Constitución, la cual ponía en peligro los privilegios de las corporaciones novohispanas que verían acotados sus fueros eclesiásticos y militares. "No les quedaba otro [remedio] que adelantar esta independencia por un agente suyo, que o lo sacrificara a la España, si allá triunfaba el rey de los liberales, o en caso contrario los dejara gobernar aquí conforme a sus indignas miras de servilismo", señaló en su libelo.

Se corrió el rumor de que en La Profesa se preparaba un plan que "en sustancia" venía a ser el mismo que el de Iguala, lo que recogió el guanajuatense Lucas Alamán en su *Historia de México*, de 1849, quien aseguró que "en aquellas reuniones […] se trató de impedir la publicación de la constitución" (p. 44). Durante las siguientes décadas se continuó repitiendo esa misma versión, y aunque no se tiene certeza al respecto, lo señalado por Rocafuerte se tomó por verdad, asegurándose además que las supuestas juntas fueron antiliberales y reaccionarias. Pero, no

obstante que la conjura fracasó, también se dijo que Iturbide buscó ejecutar el plan por su propia cuenta, lo que pudo realizar una vez que lo nombraron comandante del Sur en sustitución del coronel José Gabriel de Armijo.

Lo importante en todo esto es que, de existir, la conjura habría tenido lugar desde que se tuvo noticia de la restitución constitucional en territorio novohispano, a inicios de abril de 1820, hasta que la carta gaditana fue jurada el 31 de mayo siguiente, pues luego no tendría sentido mantenerla tal y como se planteaba: para evitar tal restablecimiento. Y aunque no contamos con elementos suficientes para asegurar el mito ni para desmentirlo, y todo está en el ámbito de la especulación, la existencia de ese rumor da cuenta de una agitada situación social y política en el virreinato, la que Iturbide recogió tiempo después en su *Manifiesto al mundo*: "muy pronto debían estallar mil revoluciones". No se equivocaba.

Ahora, respecto al segundo elemento, ¿qué puede decirse sobre la elección de Iturbide para que encabezara el levantamiento? Si bien este comandante oriundo de Valladolid, hoy Morelia, destacó como férreo enemigo de los insurgentes debido a que consideraba que sus mecanismos violentos no eran los correctos para llevar a cabo la independencia, su postura política e ideológica cambió, sobre todo por la manera en que se dio la destitución de su cargo militar por el virrey Juan Ruiz de Apodaca. Se debe regresar casi un lustro atrás para explicar este cambio de partido.

En 1816, cuando Iturbide era comandante del Bajío y tenía a su cargo el ejército del norte, comenzaron a cobrar fuerza las quejas que se elevaban hasta el virrey Félix María Calleja debido a los manejos arbitrarios que el oficial criollo aplicó para pacificar la región. Personajes notables de la sociedad guanajuatense, como el cura Antonio Labarrieta, algunos regidores del ayuntamiento y otros vecinos, se quejaron de la conducta del coronel, sobre todo la política de terror que aplicaba a los insurrectos, así como a las poblaciones que se mantenían neutrales y también por los castigos ejecutados que excedían sus atribuciones de contrainsurgencia. A consecuencia de ello, el coronel fue llamado a comparecer a Ciudad de México ante el virrey Calleja, quien determinó exonerarlo y le ordenó volver a desempeñar sus antiguos cargos. Pero todo cambió cuando llegó el nuevo virrey Juan Ruiz de Apodaca, ya que su determinación fue relevar a Iturbide enviándolo a un retiro forzado en el que se mantendría por los siguientes cuatro años. Quizá la disposición de Apodaca respondía a las indicaciones del rey de España, quien

le encargó "endulzar" las medidas contrainsurgentes para buscar una mediación entre las autoridades y los rebeldes, en donde Iturbide ya no resultaría útil.

En ese tiempo, Iturbide se recluyó en la provincia de Chalco, en los alrededores de Ciudad de México, donde arrendó la hacienda de La Compañía, pero al mismo tiempo buscó limpiar su reputación por medio de repetidas solicitudes enviadas a las autoridades peninsulares, en las que pedía la retractación de sus acusadores, un ascenso militar al grado siguiente al que ostentaba —es decir, el de brigadier— y la distinción de la Orden de Isabel la Católica. Empero, para su mala suerte, su enviado a la metrópoli no obtuvo una respuesta positiva y a mediados de 1818 desistió de sus aspiraciones. Al parecer toda esta situación, las repetidas negativas y los desprecios que recibió de las autoridades, provocó un profundo resentimiento en él. Esto cambió su postura y dejó atrás su decidida defensa del gobierno virreinal para comenzar a gestar un plan alternativo, y así beneficiarse de manera más directa él y sus compañeros de armas, antes defensores del gobierno virreinal.

Ahora bien, sobre su reaparición en escena en 1820 hay muchas especulaciones. El primer supuesto ya se enunció, lo convocaron los serviles de La Profesa, versión no comprobada. Los que sostuvieron tal rumor trataron de restar importancia al papel jugado por Iturbide, señalando que fue una mujer la que se encargó de mover los hilos que lo guiaron a sumarse a la conjura. Se trata de María Ignacia Rodríguez de Velasco, mejor conocida como la Güera Rodríguez, con quien el coronel se frecuentaba durante sus años de retiro. Rocafuerte señaló que Iturbide seguía el consejo de la Güera respecto a que

> de ninguna manera proclamase el plan según se lo habían dado en La Profesa, sino que le variase todo lo que hablara de la reposición de inquisición, y del restablecimiento absoluto del sistema de gobierno conforme estaba en el año de 1808 (p. 55).

De otra forma no recibiría apoyo de los españoles ni de los criollos, pues "conviene que en el plan ni se exaspere abiertamente a los liberales, ni se les quite toda esperanza a los serviles" (p. 55).

En una reciente biografía de la célebre dama de sociedad (Arrom, 2020, pp. 75-84), se reconoció que existía entre Iturbide y la Güera una "larga amistad"; sin

Entrada triunfal del Ejército Trigarante en Ciudad de México.

embargo, resulta imposible saber si esos rumores a su alrededor son ciertos. Por su parte, un testigo de la época, Modesto de la Torre, señaló con un toque poético que:

> Los que presumen estar en la cuerda de la revolución actual de México ven en la Huera [sic] la reguladora de la conducta de Iturbide; y la mano suave que pulsa y mueve las teclas que suenan de en cuando en cuando en esta estrepitosa orquesta (Guarisco, 2021, 160).

Es decir, que los que sabían ya observaban desde ese momento el supuesto influjo que tenía la mujer sobre el que sería emperador. No obstante, es difícil determinar el grado de influencia que tuvo este intrigante personaje en la rebelión de 1821.

Por otra parte, como señalan algunos expertos, el supuesto plan de La Profesa distaba mucho del que dio a conocer Iturbide el 24 de febrero en Iguala. Un punto que permite observar que las bases de uno y otro se encontraban en caminos opuestos es que los conspiradores tenían como objetivo fundamental que no se proclamara, una vez más, la Constitución, para así mantener al virreinato al margen de los designios de la Constitución liberal, mientras que el plan de Iturbide era contundente a este respecto: mandaba que el gobierno fuera monárquico,

"templado por una constitución análoga al país" (artículo 3.º), es decir, una propia y que, una vez reunidas sus cortes o congreso, se trabajaría en "la Constitución del imperio mexicano" (artículo 11.º); en tanto esto ocurría, se procedería "con total arreglo a la Constitución española" (artículo 20.º). No hay lugar a dudas, no se trataba de un proyecto político anticonstitucional, sino todo lo contrario.

Sobre ese mismo punto de la elección de Iturbide, hay un elemento de la mayor importancia y que en mucho ayuda a desarmar el planteamiento de que era agente de los conjurados de La Profesa. Iturbide no fue el primero al que se le ofreció el empleo de comandante del Sur y rumbo de Acapulco, para que desde ahí llevara a ejecución el plan anticonstitucional. Por el contrario, primero se pensó en designar como comandante al brigadier Melchor Álvarez, quien se excusó en su mala salud para evitar el nombramiento; después se le ofreció al coronel Martín Matías y Aguirre, quien no pudo aceptar por ser electo diputado para las Cortes de Madrid. El empleo recayó en Iturbide como resultado de una fortuita cadena de renuncias.

El tercer punto a discutir se desprende de los anteriores. ¿Qué motivó a Iturbide a aliarse con los sobrevivientes de la causa insurgente por medio de un abrazo? Se repite que entre los planes de Iturbide estuvo siempre la eliminación del enemigo insurgente, para luego llevar acabo sus propias desleales intenciones, y para sustentar esta versión se hace referencia a los enfrentamientos en que ambos contendientes se envolvieron durante noviembre y diciembre de 1820. Sin embargo, existen testimonios que dan cuenta de una realidad distinta, en donde resalta la faceta de un Iturbide conciliador y la de un Vicente Guerrero abierto a la negociación.

Debe destacarse que, previo a la designación de Iturbide, el jefe insurgente intentó convencer a sus enemigos de que unieran fuerzas y lograran así terminar con el dominio español. Eso sucedió cuando se restituyó la Constitución y el virrey trató de persuadirlo de que se indultara, a lo que Guerrero respondió tratando de convencer a los coroneles Armijo y Carlos Moya de que se sumaran a la guerra de Independencia ya que los tres eran criollos y, según decía el insurgente, los españoles pagan mal, en referencia a que las autoridades españolas no reconocían como debían a los nacidos en estas tierras —de lo que Iturbide es un estupendo ejemplo.

Por su parte, y quizá a sabiendas de la postura del insurgente, Iturbide ya como comandante del Sur entabló comunicaciones con él una vez que salió de

Ciudad de México. Así lo demuestra la carta signada el 26 de noviembre de 1820, en el pueblo de Teloloapan —hoy Estado de Guerrero—, sitio donde se encontraba su cuartel general, en la que dio contestación a la carta que Guerrero le escribió el día 22 anterior, y que a su vez era respuesta a un primer contacto de Iturbide, cuya fecha se desconoce. En la del día 26 hay poca información, no obstante, las escasas palabras sugieren los planes ocultos de Iturbide, todavía no explicados de manera abierta,

> no está usted dispuesto a deponer las armas y sí a continuar la campaña que inició el cura Hidalgo. Ojalá, que pasando otros días, uno u otro quede convencido de la justa causa que nos conduce a batirnos en los campos de batalla (p. 151).

Es de suponerse, sobre todo porque sabemos el resultado final en que desembocó el asunto, que Iturbide hablaba de la "justa causa" de la independencia, esa que provocó que ambos comandantes se enfrentaran en los campos de batalla, pero que presentaba ahora un cambio fundamental; mientras Guerrero se aferraba a continuar lo iniciado por Hidalgo, "el desorden y el caos" según el punto de vista de Iturbide y de otros, éste proponía una solución alternativa, la cual reluciría por ser pacífica y reconciliadora, pero en la cual Guerrero aún no confiaba, con justa razón, debido al pasado tan cuestionable que Iturbide llevaba a cuestas. Sería un hueso duro de roer, pero no imposible, pues al comenzar 1821, Guerrero por fin accedería a la unión, no sin antes fijar los fundamentos de su alianza: "nuestra única divisa es: *libertad, independencia o muerte* […] todo lo que no sea concerniente a la total independencia, lo demás lo disputaremos en el campo de batalla" (Rocafuerte, 2008: p. 64).

El intenso carteo entre ambos personajes ha sido estudiado; sin embargo, no es del todo claro cuándo sucedió el primer encuentro entre Iturbide y Guerrero, aunque existe el indicio de que eso no sucedió sino hasta después de la proclamación del Plan de Iguala, es decir, posterior al 24 de febrero de 1821. Ahora, si bien el "abrazo" no sucedió, lo importante en todo esto es que la alianza se logró y que, aunque resultó útil para la insurgencia, fue una conquista crucial para la trigarancia, la que necesitaba más a Guerrero que éste a Iturbide, pues al sumarlo a su movimiento ganó toda la legitimidad con la que el guerrillero contaba, por pertenecer a los últimos insurrectos en resistencia que luchaban por

Agustín de Iturbide.

la independencia, legitimidad de la que se revistió la causa trigarante, ganándole muchos adeptos, sobre todo entre los antiguos correligionarios del caudillo del sur. Pronto se sumaron Pedro Ascencio, Nicolás Bravo, Guadalupe Victoria y varios más. Lo que seguía era poner en marcha la maquinaria trigarante, lo cual hizo Iturbide luego de proclamar el Plan de Independencia de la América Septentrional, en el pueblo de Iguala.

## II. EL MOMENTO DE LA RECONCILIACIÓN

Para comprender ya no la génesis del movimiento trigarante, sino la ejecución de los planteamientos hechos por Iturbide, así como su aceptación de parte de los diversos sectores de las provincias novohispanas, existen otras tres cuestiones que no se pueden pasar por alto, las cuales podrían considerarse como elementos clave que permitieron el feliz éxito de la campaña trigarante. En primer término, la labor de convencimiento que el primer jefe realizó entre sus antiguos correligionarios, los que se desbocaron a favor del proyecto de independencia, comprometiéndose incluso antes de la proclamación del Plan de Iguala; en segundo lugar está la

forma en que se llevó a cabo tal campaña, la cual se basó en tres garantías fundamentales: religión, independencia y unión, entre las cuales la última diferenció a este movimiento frente al desastroso inicio de la lucha insurgente, y garantizó el éxito de la independencia en tan sólo siete meses; el tercer punto consiste en que la trigarancia tuvo varios opositores que la enfrentaron en nombre del rey y que no se ajustaron a los designios iturbidistas, de lo que dieron cuenta los diversos enfrentamientos que se sostuvieron entre los meses de marzo y agosto.

Para comenzar, se debe recalcar que el primer bastión trigarante se conformó por elementos de la resistencia insurgente, refrendando la importancia de la alianza que Iturbide consiguió con jefes del sur como Guerrero y Pedro Ascencio, pero también Juan Álvarez, Gordiano Guzmán e Isidoro Montes. No obstante, es difícil pensar que fuera posible el éxito que se comenzó a generar a partir de marzo de 1821 sin el compromiso que el vallisoletano logró obtener de algunos oficiales de mediana graduación que militaban en las fuerzas virreinales, diversos comandantes con los que Iturbide tuvo contacto durante la década de guerra, a partir de 1810, y que serían aliados fundamentales con los que contó una vez dado a conocer su plan de independencia.

El primero que se adhirió a la causa fue el español Pedro Celestino Negrete, como se lo confesó Iturbide a Juan Gómez Navarrete el 25 de noviembre de 1820: "No dudo que mi plan de pacificación será completado felizmente [por él]", avisándole el 7 de diciembre que muchos oficiales y jefes "me demuestran que están favorablemente dispuestos para *la tarea*". Hablaba de la independencia. Otro, que, según su propio testimonio, fue consultado por Iturbide, es Manuel Gómez Pedraza, quien proporcionó información sobre otros posibles militares aliados, entre los que destacan Joaquín Parres, Anastasio Bustamante y José Antonio Echávarri. Acto seguido, Iturbide envió comunicaciones privadas a personajes de la región de Veracruz, Nueva Galicia, Valladolid y el Bajío, a través de sus oficiales de mayor confianza en el regimiento de Celaya como Francisco Quintanilla, Mateo Quilty Valois, Manuel Díaz de la Madrid y Celso Iruela y Zamora. Sus labores de persuasión fueron efectivas, pues a la luz de los sucesos posteriores se reclutaron a los jefes criollos Bustamante, Luis Quintanar, Miguel Barragán, Parres y el peninsular Melchor Álvarez. Todo eso permitió que, incluso antes del 24 de febrero de 1821, Iturbide tuviera certeza acerca de quiénes estaban comprometidos y cuáles provincias tendrían mayor peso una vez echada a andar la maquinaria trigarante.

Pero ¿qué hizo que este cúmulo de soldados, en su mayoría criollos adeptos a la causa virreinal, se sumara de manera invariable al movimiento independentista de Iguala? Uno de los elementos clave fue la revolución de los liberales españoles, que provocarón el restablecimiento de la Constitución de Cádiz, en marzo de 1820, de quienes tomaron el ejemplo del pronunciamiento, debido a la efectividad de su mecanismo armado de negociación. Pero también por los premios y distinciones que les otorgaron los pueblos, ayuntamientos y autoridades peninsulares, quienes los reconocieron como héroes. Iturbide tenía la mirada puesta ahí.

Además, deben considerarse los factores del ámbito personal. La complicada situación económica que vivía el virreinato fungió como uno de ellos, ya que entorpeció el pago de las tropas de manera oportuna. ¿Qué soldado era feliz sin recibir paga? De ahí la importancia de la frase, muy repetida entonces: "cuando los salarios se pagan, las revoluciones se apagan". Peor aun con estos retrasos también se condicionaba el "aspirantismo criollo", es decir, esas ambiciones que guardaban los americanos por obtener ascensos políticos, económicos y sociales, que ansiaban desde que ingresaron a la carrera de las armas. A todos ellos, "Iguala les abría de nuevo las puertas a sus aspiraciones personales", como señala Moisés Guzmán.

También influyó la confusión provocada por la llegada de noticias vagas desde la Península acerca de que sería abolido el fuero militar por las Cortes, una de las pocas prerrogativas con que contaban los soldados junto a los efímeros ascensos y condecoraciones; ahora todo eso sería limitado por las autoridades peninsulares. Además, estaba el malestar provocado entre ellos por la extinción de las contribuciones extraordinarias en materia defensiva, lo cual afectaba el poder que los comandantes provinciales ejercían en sus respectivos territorios de influencia, pues perdían el control de la distribución y cobro de impuestos y eso entorpecería su lenta labor de pacificación.

Por último, no sobra decir que luego de más de una década de guerra, los soldados y la sociedad se encontraban agotados, económica pero sobre todo moralmente, y esto limitaba las posibilidades de triunfo definitivo. Esto lo supo aprovechar Iturbide —víctima del mismo mal—, quien ofreció una salida ventajosa al conflicto armado. Como ejemplo, quede lo dicho a Vicente Filisola en 1815, cuando, según el historiador Lucas Alamán, el vallisoletano dijo que la independencia podría lograrse "poniéndose de acuerdo con los insurgentes las tropas mejicanas que militaban bajo las banderas reales", es decir, el encuentro de ejércitos que se

Pistola de chispa de Agustín de Iturbide.

pondría en práctica, en 1821. De ser verídica esta anécdota, los planes de Iturbide tendrían que madurarse durante cinco años más para ser ejecutados.

El segundo punto radica en el mecanismo de convencimiento que acompañó en todo momento a la campaña iturbidista. Esto es la garantía de la unión, uno de los fundamentos básicos de la trigarancia, pero también el principal distintivo con respecto a la revolución insurgente, pues, como anunciaba Iturbide en la proclama que acompañó el Plan de Iguala, se trataba de dos caras de una misma moneda (la independencia), tan contrastantes como lo fueron sus dirigentes:

> Esta misma voz que resonó en el pueblo de Dolores, el año de mil ochocientos diez, y que tantas desgracias originó al bello país de las delicias, por el desorden, el abandono y otra multitud de vicios, fijó también la opinión pública de que la unión general entre europeos y americanos, indios e indígenas, es la única base sólida en que puede descansar nuestra común felicidad (Iturbide, 1821, párrafo 3).

Por ello, era necesario que se tomara una postura conciliadora, dejando atrás las diferencias y trabajando en armonía los diversos sectores por la felicidad de todos. Sin embargo, no sería tarea fácil, ya que existía mucho recelo entre los caudillos, iniciando con Guerrero mismo, quien dudó en sumarse a Iturbide por el pasado que perseguía a éste. No obstante, a lo largo de la campaña pudieron observarse momentos clave que determinaron la convicción de los trigarantes

Bastón que perteneció al emperador Agustín de Iturbide.

por hacer respetar esta garantía, en especial en el campo de batalla, pero también desde otras trincheras.

Un par de ejemplos de lo primero los dio el coronel Bustamante, quien se encargó de asediar la provincia de Guanajuato en marzo de 1821, logrando tomar su capital el 24, apenas un mes después de proclamado el Plan de Iguala. En primera instancia, destaca, la forma en que intimó a la rendición de la ciudad, desde la hacienda de Burras como hizo en septiembre de 1810 el cura Hidalgo, pero esta vez se accedió a conferenciar con las autoridades políticas de la intendencia. Eso facilitó las negociaciones y su entrada se dio de manera ordenada, sin derramar sangre y con el beneplácito de la población, la que pudo admirar conmovida la ceremonia realizada el 28 de marzo, cuando se retiraron las cabezas de los primeros mártires de la independencia, el cura Miguel Hidalgo, Ignacio Allende, Juan Aldama y Mariano Abasolo, que se encontraban en las cuatro esquinas de la Alhóndiga de Granaditas, para luego celebrar una misa solemne y darles sepulcro.

Bustamante se ganó la aprobación general para sí y para el movimiento e incluso el Ayuntamiento de Guanajuato reconoció que había mantenido una conducta basada en la mayor unión. Pero esa no fue la única manifestación de fraternidad que hizo, pues algunas semanas después, en su paso hacia Ciudad de México, se detuvo en San Cristóbal Ecatepec para rendir homenaje en el sitio donde fusilaron a José María Morelos, lo que provocó la admiración de propios y extraños, de los pobladores y de la dirigencia misma del movimiento.

Por otra parte, también estuvo presente el apoyo simbólico y monetario brindado a la causa por ministros eclesiásticos, pues muchos curas y obispos exhortaron a su feligresía a manifestarse a favor de la independencia, a partir de discursos y oraciones que pronunciaron en los meses que duró la campaña trigarante. Pero no sólo apelaban a la independencia y, por supuesto, la religión como a las garantías

más importantes, sino que la unión ocupó un espacio fundamental en la dialéctica de obispos como Bernardo del Espíritu Santo, Antonio Joaquín Pérez y Manuel de la Bárcena, quien, para destacar la política pacifista de la trigarancia, describió la campaña de Hidalgo como impolítica y sanguinaria, en contraste con el ofrecimiento iturbidista. En su oración pronunciada el 6 de septiembre de 1821 en Valladolid, con motivo de congratularse por la independencia, De la Bárcena (2016) señaló que "no solamente debemos darle gracias [a Dios] por los bienes recibidos, sino también porque nos ha librado de gravísimos males: ¡qué destrozos! ¡Cuántas muertes! ¡Santo Dios! La guerra hubiera sido eterna" (p. 207).

Pero también en los periódicos que publicaron los dirigentes del movimiento se buscó dar una cara conciliatoria. Como ejemplo se puede tomar lo señalado por Vicente Filisola en el número 13 de *El Mejicano Independiente* —uno de los periódicos nacidos al calor del movimiento trigarante— sobre que los hijos del país "no desean más que la unión y fraternidad entre europeos y americanos"; lo mismo con la respuesta que la editorial de ese periódico dio a una carta del soldado virreinal Juan Ráfols, donde se preguntó, "[¿]no hemos jurado fomentar y proteger la más cordial unión entre unos y otros?". Se trataba también de una guerra propagandística donde los defensores de la autoridad virreinal intentaban desacreditar al rival argumentando su ilegalidad, mientras que los trigarantes buscaban la legitimidad en su fin último, que era la independencia, pero sobre todo en los mecanismos empleados para conseguirlo: el orden y la concordia.

El tercer elemento por discutir resulta significativo, pues se suele decir que el movimiento fue "un desfile por las provincias", como señaló Alamán, sin prestar atención a los diversos enfrentamientos suscitados a lo largo de siete meses de campaña y que además evidencian la falta de uniformidad en la sociedad novohispana durante el proceso, que no fue terso ni sólo político, sino que se mantuvo en disputa hasta el final. Es decir, al poner atención en los soldados del rey que se opusieron a la trigarancia, también observamos que ésta pudo ser derrotada, ya que existió una resistencia efectiva que no sería vencida sino con algunas complicaciones.

Si bien es cierto que la dirigencia trigarante exhortó en todo momento a la conciliación, hubo momentos en que las circunstancias o la intransigencia virreinal no permitieron que se lograra evadir el enfrentamiento directo, tal como pasó en Tetecala, Córdoba, Tepeaca, Ixmiquilpan, Xalapa, Arroyo Hondo, La

Huerta, Durango y Azcapotzalco. Estos enfrentamientos provocaron bajas en los ejércitos y la muerte de comandantes de renombre, algo innecesario en la opinión de Iturbide, pero ganándoles algunos reconocimientos a los elementos que se destacaron en el bando independentista. Para ejemplificar lo anterior, tomaré los casos de Córdoba (15-21 mayo), Tetecala (2-3 junio), Arroyo Hondo (7 junio), La Huerta (19 junio) y Azcapotzalco (19 agosto).

La provincia de Veracruz fue una de las primeras en tener presencia trigarante, la cual se robusteció con la adhesión del teniente coronel José Joaquín de Herrera, quien se encargó de tomar la población de Orizaba y luego de atrincherarse en Córdoba, hasta donde lo persiguió el general Francisco Hevia a mediados de mayo. Herrera contaba con el apoyo de Guadalupe Victoria y Antonio López de Santa Anna, si bien confiaba más en este último, por lo que pidió su apoyo apenas logró apoderarse de esa villa. El 15 de mayo comenzaron las hostilidades, las que se alargarían durante días y no se resolverían sino hasta el día 21, en que Santa Anna, los hermanos Antonio y Manuel Flon y Francisco de Miranda llegaron en apoyo de Herrera. El resultado fue la muerte de Hevia y otros 14 elementos, así como 60 heridos, en tanto que las filas trigarantes tuvieron alrededor de 15 bajas y la mitad de los heridos que el enemigo. La Novena División del Ejército de las Tres Garantías, que era la que comandaba Herrera, sería distinguida con la Cruz de Córdoba por las autoridades del Imperio mexicano.

El otro escenario primigenio de la trigarancia fue la comandancia del Sur, en el actual Estado de Guerrero, donde se reunieron las primeras fuerzas trigarantes el 2 de marzo con alrededor de tres mil 500 hombres de Tierra Caliente al mando de jefes rebeldes. No se sabe a ciencia cierta qué acciones realizó en ese tiempo Guerrero, mientras que Iturbide resistía el acoso de las tropas virreinales enviadas por Apodaca, en tanto que Ascencio era hostigado por los comandantes José Joaquín Márquez Donallo y Gabriel de Armijo. La presión aumentó en mayo, cuando Iturbide se desplazó al centro del virreinato, en tanto que Ascencio se refugió en Sultepec con el padre José Manuel Izquierdo, enfrentando entre el 2 y 3 de junio al capitán Cristóbal Huber en Tetecala. La consecuencia no fue halagüeña, pues en la acción perdieron la vida alrededor de 160 elementos, entre ellos el propio Pedro Ascencio, a quien se le pasó a degüello para enviar su cabeza a la superioridad. Esa fue la mayor pérdida de la causa trigarante durante la campaña.

Condecoración Estrella de Córdoba (Orden de Guadalupe).

Entre tanto, Iturbide llegó a la región del Bajío a mediados de abril, y luego de pactar la neutralidad de José de la Cruz y de tomar su ciudad natal, Valladolid, se dirigió hacia el corregimiento de Querétaro. Bustamante, Quintanar y Parres consiguieron la capitulación de San Juan del Río, por lo que a inicios de junio el primer jefe tomó camino hacia allá, pero el día 7 fue sorprendido por el teniente coronel Froilán Bocinos en los alrededores de la hacienda de Arroyo Hondo. Ambas tropas eran desiguales, pues mientras Bocinos tenía a su mando cerca de 400 hombres, los trigarantes sólo contaban con alrededor de 30 elementos de la escolta de Iturbide y otros tantos cazadores del Batallón Fijo de México, de ahí el célebre nombre de batalla "Treinta contra cuatrocientos", única en que participó el primer jefe. Y si bien Iturbide estuvo presente, parece que Epitacio Sánchez y Mariano Paredes y Arrillaga dirigieron el enfrentamiento, por lo que fueron condecorados más adelante como triunfadores del combate.

Bandera del Ejército Trigarante.

Otro escenario poco conocido lo ocupa el actual Estado de México, que pertenecía a la intendencia del mismo nombre y cuya colindancia con el oriente michoacano lo convirtió, durante toda la guerra, en espacio de disputa por tratarse de una región que contaba con numerosos recursos y por ser lugar de tránsito. En esa zona estuvo comisionado, entre mayo y junio, el coronel napolitano Vicente Filisola, quien recibió órdenes de Iturbide de apoderarse del poblado de Toluca, para luego apoyarlo en el asedio a Querétaro. Para ello recibió refuerzos del padre Izquierdo y Felipe Martínez, quienes llevaron consigo 350 y 400 elementos, respectivamente. La batalla que se suscitó el 19 de junio en la hacienda de La Huerta, en Zinacantepec, representó uno de los eventos más sangrientos de la trigarancia, pues de cada bando murieron alrededor de 300 soldados, cayendo entre ellos el hijo del general Márquez Donallo. Por otro lado, resultó ser una señal de alarma para las autoridades virreinales, pues la cercanía con la capital era peligrosa dada la poca distancia que mediaba entre aquel punto y Ciudad de México.

El enfrentamiento suscitado en la villa de Azcapotzalco ha sido conciderado como la última batalla de la guerra de Independencia, sin embargo, hay que hacer

dos precisiones: la primera es que lo sucedido la tarde del 19 de agosto podría más bien llamarse "escaramuza", un enfrentamiento de menor dimensión dados los contingentes que estuvieron implicados; por otro lado, fue la última acción de armas dentro de la temporalidad de la guerra, pero también es cierto que para septiembre de 1821 aún quedaban varios puntos del antiguo virreinato sin controlarse por fuerzas trigarantes, y en algunos casos, como San Juan de Ulúa, no sería sino hasta 1825 que lograrían someterse.

Una vez que Iturbide se dirigió a Córdoba a entablar comunicaciones con el capitán general Juan O'Donojú, último jefe político o virrey de Nueva España, con quien firmó, el 24 de agosto de 1821, un tratado que lleva el nombre de ese poblado, la mayor parte de las tropas trigarantes se dirigieron a las afueras de la capital, a Tacubaya, donde se encontraban Anastasio Bustamante, Luis Cortazar y otros jefes independentistas. Y a pesar de no tener indicación para forzar algún conflicto, sino todo lo contrario, las fuerzas de los mencionados se dirigieron a hacer un reconocimiento del pueblo de Tacuba, donde se dio un ligero tiroteo con las fuerzas defensivas del realista Francisco Buceli.

Al adentrarse en Azcapotzalco, la situación empeoró, ya que incrementaron las ráfagas y los elementos de ambos bandos que se acercaron a reforzar a sus compañeros. Manuel de la Concha llegó desde Tacuba, en tanto que los trigarantes se apertrecharon en el cementerio hasta que Bustamante ordenó la retirada, no sin antes perder la vida Encarnación Ortiz, *el Pachón*, jefe insurgente que abrazaría la causa trigarante, quien fue alcanzadó por una bala enemiga cuando intentaba recuperar un cañón atascado. Fue un enfrentamiento por demás infructuoso, sin organización ni objetivos militares concretos, en el que murieron al menos un centenar de hombres de cada bando. No obstante, para los trigarantes representó una victoria y por ello se confeccionó una distinción conocida como Cruz de Azcapotzalco, la cual se entregó a los combatientes del 19 de agosto.

No volvería a haber hechos de armas hasta conseguirse la independencia, a fines de septiembre de 1821, cuando las tropas libertadoras avanzaron sobre la capital del naciente Imperio mexicano. Esa mañana, la del 27 de septiembre, el sol brilló de manera distinta en la región más transparente del aire, lista para recibir a sus hijos favoritos, los soldados que la llevaron a conseguir su libertad. Las tropas del napolitano Filisola adelantaron su entrada, el 24 de septiembre,

Virrey Juan O'Donojú.

para relevar a las tropas españolas que se retiraron, luego ingresó Juan O'Donojú, en la víspera del gran día.

Los edificios se engalanaron con detalles tricolores, preparados para franquear la marcha de los soldados de la patria, que partieron de la Garita de Belén —una de las puertas de entrada a la ciudad— a las diez y media de la mañana. A su cabeza se encontraba el Héroe de Iguala, montando un prieto caballo y vestido de gala con un frac verde, en conmemoración de la Independencia, pantalón azul oscuro, bota dragona y sombrero montado que lucía tres grandes plumas trigarantes. Su avistamiento generó un enorme bullicio de parte de los asistentes, quienes se desvivieron en vítores y aplausos cuando llegó. Ese día fue el más fausto de la nación mexicana, según reseñó un historiador de la época, las calles principales fueron testigo del majestuoso desfile de casi 16 mil elementos montados y de a pie que recorrieron la calzada Chapultepec, el Paseo Nuevo —antecedente del Paseo de la Reforma— y se enfilaron por la calle de San Francisco —luego Plateros, hoy Madero— hacia la Plaza de la Constitución, nuestro glorioso Zócalo.

Virrey Juan Ruíz de Apodaca y Eliza.

Para recibir al primer jefe, se dispuso en la esquina de la calle de San Francisco, entre el Palacio de los Azulejos y el convento franciscano, un arco triunfal, que se adornó con alegorías alusivas a la Independencia, a la religión y a la unión de todos los mexicanos. En ese punto se hizo un alto para que Iturbide recibiera las llaves de la ciudad de manos de su alcalde primero, José Ignacio Ormaechea, una hermosa pieza de oro que de manera simbólica daba acceso a sus hombres para poderse situar en la capital del naciente Imperio mexicano. Iturbide estaba lastimado de una pierna, por lo cual volvió a montar su caballo luego de devolver ritualmente la llave a los miembros del ayuntamiento de la ciudad. A su entrada al primer cuadro, todo el público rompió en estrépito, acompañado del repique general de campanas de todas las iglesias de la zona, encabezadas por la Catedral Metropolitana. La explosión de júbilo se acompañó de cohetes y descargas de artillería.

Iturbide subió al balcón principal del Palacio Imperial, desde donde pasó lista a sus hombres junto con Juan O' Donojú, para luego asistir a una función religiosa

de acción de gracias y *Te Deum* en la propia catedral, la cual fue presidida por el arzobispo Pedro Fonte. Más tarde, la concurrencia fue agasajada por el cabildo de Ciudad de México, en el palacio, concluyéndose la esplendorosa jornada con la general iluminación de las calles en las que hubo funciones de teatro y corridas de toros organizadas para celebrar al Libertador. El 28 de septiembre sería solemnizado el triunfo por medio de la promulgación del Acta de Independencia del Imperio mexicano, la cual después sería firmada por los miembros del nuevo gobierno, representado por la Junta Provisional Gubernativa, en los primeros días de octubre. La guerra terminó, la libertad y la independencia se consiguieron.

## CONSIDERACIONES FINALES

Como observamos, el episodio que llamamos Consumación de la Independencia es un proceso por demás complejo, contradictorio y que requiere la explicación de su peculiar contexto para comprenderse. Cabe destacar que el detonante de la Independencia de 1821 fue el restablecimiento, en España, de la Constitución de Cádiz, lo que tuvo consecuencias al otro lado del mar, desestabilizando políticamente a la sociedad novohispana, momento que fue aprovechado por los militares, con Iturbide al frente, para dar salida a sus demandas de autonomía, donde ellos podrían aspirar a controlar la política nacional una vez declarada la independencia. En el fondo, este anhelo era compartido por trigarantes e insurgentes, una mayoría de criollos que buscaron desde 1810 la autotutela que la metrópoli no permitía, es decir, que fueran ellos los que ocuparan los cargos públicos y no los españoles peninsulares.

Existen muchos mitos fundacionales que acompañaron durante dos siglos los relatos de este proceso, pero nuevos hallazgos muestran —y lo seguirán haciendo— que no fue un movimiento espontáneo, direccionado por los intereses grupales de la reacción y luego por las ambiciones personales de Iturbide, el que lograra la perpetuación de un sistema desigual similar al del virreinato, cambiando sólo las élites peninsulares por las criollas por medio del Plan de Iguala y luego el Tratado de Córdoba. No. En realidad lo sucedido ese año representó un proceso más amplio, con la presencia de esos grupos eclesiásticos y militares, pero también con el emerger de la voluntad general de los pueblos, representada por las

autoridades provinciales —diputaciones y ayuntamientos—, que fueron los que sostuvieron al movimiento en términos económicos, pero también dotándolo de legitimidad y aceptación.

La historia de esta etapa de la guerra de Independencia sigue en construcción. Gracias a las más recientes investigaciones se han detectado fortalezas y debilidades de los relatos clásicos, destacando entre las primeras el conocimiento cada vez más amplio que se tiene del comportamiento de las provincias durante 1821, el seguimiento de personajes entre los que Iturbide, Guerrero y O'Donojú son los más reiterados y el análisis de los documentos más importantes que se produjeron durante la campaña trigarante. Pero también hay asignaturas pendientes en espera de ser estudiadas, como el papel de la mujer y los sectores populares durante esta etapa, la interrelación del proceso de consumación como una parte de las transformaciones que se vivían en Hispanoamérica y el Mundo Atlántico, y la superación del "bucle Iturbide-Guerrero" a través del cual se busca explicarlo todo, ya que no fueron los únicos actores que participaron de manera determinante.

El bicentenario de 2021 es el mejor momento para hacer una revisión de lo que se sabe hasta hoy, pues conocer de mejor manera lo sucedido hace 200 años nos dice mucho de lo que somos ahora. Estas líneas buscan sugerir una posible ruta de arranque.

## FUENTES CONSULTADAS

### FUENTES DE LA ÉPOCA

Alamán, L. (1942). *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*. Editorial Jus.

Gómez Pedraza, M. (1831). *Manifiesto, que Manuel Gómez Pedraza, ciudadano de la República de Méjico, dedica a sus compatriotas; o sea una reseña de su vida pública*. Imprenta de Benjamín Levy.

Iturbide, A. de. (2001). *Manifiesto al mundo o sean apuntes para la historia*. Fideicomiso Teixidor / Libros Umbral.

Rocafuerte, V. (2008). *Bosquejo ligerísimo de la revolución del Mégico, desde el grito de Iguala hasta la proclamación imperial de Iturbide, por un verdadero americano* Conaculta.

## FUENTES CONTEMPORÁNEAS

Arenal Fenochio, J. del. (2007). La ¿segunda? carta de Iturbide a Guerrero. *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, (110), 143-152.

Arrom, S. (2020). *La Güera Rodríguez: mito y mujer.* Turner.

Bárcena y Arce, M. (2016). Oración congratulatoria a Dios que por la Independencia Mexicana dijo en la Catedral de Valladolid de Michoacán el doctor don Manuel de la Bárcena, arcediano de ella y gobernador de la sagrada mitra, el día 6 de septiembre del año de 1821. En *Obras completas. Estudio preliminar de Tomás Pérez Vejo*. Universidad de Cantabria, 203-207.

Escrig Rosa, J. (2021). Los ciclos de la contrarrevolución en el proceso de la independencia (1810-1821). En A. C. Ibarra, J. O. Escamilla y A. Tecuanhuey (Coord.), *La consumación de la Independencia. Nuevas interpretaciones (homenaje a Carlos Herrejón)* (pp. 49-84). Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autonóma de México (UNAM) / Universidad Veracruzana / El Colegio de Michoacán.

Espinosa Aguirre, J. E. (2021). Agustín de Iturbide y el vuelco a la libertad. En J. A. Ruiz del Río Escalante (Coord.), *El nacimiento de México. Doy fe* (pp. 80-109). Colegio Nacional del Notario Mexicano Quinta Chilla.

Espinosa Aguirre, J. E. (2021) La garantía de la unión. El movimiento trigarante en las provincias de Guanajuato y Valladolid. En M. A. Landavazo (coord.), *1521-1821: nacimiento y ocaso del México colonial*. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, (pp. 183-209).

Guarisco, C. (2021). *Un militar realista en la independencia de México. Estudio y edición del diario personal del oficial de infantería Modesto de la Torre (29 de mayo de 1821–4 de junio de 1822)*. Casa de Velázquez.

Guzmán Pérez, M. (2021). *El momento Iturbide: una historia militar de la trigarancia*. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Miranda Arrieta, E. y Magaña Morales, J. (2019). *Por el rey y por la Independencia Mexicana. José Gabriel Armijo y Vicente Guerrero (1814-1821)*. Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Moreno Gutiérrez, R. (2016). *La trigarancia. Fuerzas armadas en la consumación de la Independencia. Nueva España, 1820-1821*. UNAM-Fideicomiso Felipe Teixidor y Monserrat Alfau de Teixidor.

Robertson, W. S. (2012). *Iturbide de México* (Trad. introducción y notas de R. Estrada Sámano). Fondo de Cultura Económica (FCE).

# LA CONSUMACIÓN EN EL ESTADO DE MÉXICO

RODRIGO SÁNCHEZ ARCE

*A mi padre, el Profesor Mosquito*

## INTRODUCCIÓN

CON INDEPENDENCIA DE LA DISCUSIÓN SOBRE EL SIGNIFICADO DEL TÉRMINO *consumación*, algunas de las ideas que trascendieron de las revisiones históricas llevadas a cabo en el marco del bicentenario de este acontecimiento acaecido el 27 de septiembre de 1821, es que en éste participaron múltiples actores, no sólo Agustín de Iturbide y otros comandantes realistas adheridos a su causa, Vicente Guerrero y sus fuerzas guerrilleras, o insurgentes como Guadalupe Victoria y Nicolás Bravo; que la emancipación fue proclamada por un sinnúmero de instancias como intendencias, ayuntamientos, diputaciones provinciales y comandancias militares, y no sólo por el Ejército Trigarante, y que se dio en diversos espacios fuera de Iguala —o en su caso Acatempan, como reza el mito del "abrazo"— y Ciudad de México.

Es así como la consumación fue obra del empuje inicial de Iturbide, que tuvo éxito debido a que en Nueva España existía ya un ambiente propicio para la Independencia, y en el camino se sumaron actores e instituciones sin cuya participación no hubiera sido posible.

En el Estado de México también se luchó por la causa trigarante y se proclamó la independencia en diversos momentos y sitios, aunque vale decir que pocas cosas nuevas se han escrito sobre estos temas. Aplica aquí la misma razón de que los historiadores han dado preminencia al estudio del inicio de la guerra de Independencia en 1810, y en el caso específico de la entidad se han centrado en la figura de Pedro Ascencio y el territorio en que este héroe desplegó su actividad. Se conocen también aspectos como la ocupación de Toluca por Vicente Filisola, en mayo de 1821, y la batalla de La Huerta, en Zinacantepec, el 19 de junio; así como algunas proclamas independentistas originadas en territorio estatal, pero son temas que requieren mayor investigación y análisis. Se desconocen aspectos como quiénes fueron las contrapartes realistas y otros insurgentes que se convirtieron a la trigarancia, otras proclamas y juras del Plan de Iguala, así como el paso de Iturbide y sus tropas libertarias por el Valle de Toluca, el nororiente y el oriente de la entidad.

En este ensayo aporto información complementaria a lo interior e intento realizar nuevas descripciones del movimiento gestado en 1821 dentro del Estado de México, a fin de comenzar a construir relatos más certeros. Ahora bien, ¿cuál es el territorio objeto de estudio?

En el momento de la consumación, la actual entidad mexiquense formaba parte de la Intendencia de México que comprendía los hoy estados de Guerrero, Hidalgo, Morelos, México, parte de Tlaxcala y Ciudad de México. Por el Acta Constitutiva de la Federación Mexicana, el 31 de enero de 1824 la antigua Intendencia se convirtió en Estado de México. El día 2 de marzo de ese mismo año, el primer Congreso se adhirió al Pacto Federal y nombró primer gobernador a Melchor Múzquiz. No obstante, a lo largo de una centuria, el Estado de México fue objeto de mutilaciones territoriales: comenzando el 18 de noviembre de 1824, en que perdió su capital natural de dos leguas, Ciudad de México; en 1849, se erigió el estado de Guerrero; entre 1854 y 1855, más territorio se anexó a Ciudad de México; en 1863, se agregó a Tlaxcala el distrito de Calpulalpan; en 1869, se erigieron los estados de Hidalgo y Morelos (Sánchez, 1974).

Siguiendo a quien fuera el primer cronista de Toluca, Alfonso Sánchez García (1999):

Vicente Guerrero.

> La cuestión del territorio de nuestra entidad es un problema recurrente que nos preocupa cada vez que tratamos de describir los acontecimientos que corresponden a su historia, pues tenemos que decidirnos entre los aproximadamente 130 mil kilómetros cuadrados que constituyeron el primitivo estado o los modestos 21 mil que lo integran hoy… hemos optado por hacer referencia sólo al territorio que hoy poseemos por legítimo derecho (p. 242).

Es así como, al igual que Sánchez García, me enfoco en el actual territorio mexiquense. Hablando de este gentilicio, no existía al momento de la consumación; no obstante, me valgo de él —ciertamente es un terrible anacronismo— para identificar y nombrar los límites territoriales de aquella época —cabe señalar que la primera ocasión en que se utilizó de manera oficial *mexiquense* para el gentilicio del Estado de México fue el 15 de septiembre de 1981, en el discurso de toma de posesión del gobernador Alfredo del Mazo González.

## EL ESTADO DE GUERRA EN LA INTENDENCIA DE MÉXICO

Después del fusilamiento de Morelos en San Cristóbal Ecatepec, el 22 de diciembre de 1815, la insurgencia comenzó un proceso de declive que llevó a muchos de sus partidarios a rendir las plazas que defendían, a deponer las armas, acogerse a los indultos ofrecidos por el virrey o a sostener los últimos cuerpos de gobierno rebeldes, como la Junta de Jaujilla. Alguna esperanza le inyectó la incursión fugaz de Xavier Mina por el Norte y el Bajío en 1817, pero se desvaneció junto con el fusilamiento del héroe navarro.

Aparentemente, y de acuerdo con la propaganda de las autoridades virreinales, este declive permitió la pacificación de Nueva España. No obstante, muchos grupos rebeldes estaban lejos de haber sido reducidos, sobre todo por su dispersión y fragmentación en el territorio novohispano, lo cual imposibilitó su total extinción. Es por ello que, en el periodo de 1816 a 1820, el virrey Juan Ruiz de Apodaca se vio obligado a mantener el estado de guerra con diversos grados de intensidad, dependiendo de la región y fuerza militar de los rebeldes. Las guerrillas del sur, encabezadas por Vicente Guerrero, que operaban en la sierra de las intendencias de México y Oaxaca, eran las que más problemas ocasionaban.

Tal era el contexto cuando la revolución de Rafael del Riego en España obligó a Fernando VII a restaurar la monarquía constitucional en todas las posesiones de la Corona. En Nueva España, en 1820, Apodaca fue obligado a jurar la Constitución de Cádiz, a restablecer las diputaciones provinciales y volvió a conceder indulto a los militares rebeldes; además, en todo el territorio novohispano se instalaron ayuntamientos constitucionales —el de Toluca debió instalarse al menos desde el 12 de enero de 1821, pues ese día se publicó el Bando de Buen Gobierno proclamado por el alcalde José Basilio González, a la cabeza del primer ayuntamiento toluqueño por la Constitución de Cádiz (Sánchez, 1999, p. 251)—. El contexto era favorable a la emancipación (Birrichaga cit. en Salinas, 2011, p. 87).

Como he dicho, el insurgente más conocido que operó en territorio mexiquense fue Pedro Ascencio Alquisiras. Para hablar de él me basé en la biografía de Eduardo Miranda Arrieta (2018) y en el estudio de la correspondencia que este personaje sostuvo con Vicente Guerrero, publicado por Jaime del Arenal Fenochio (2021). Pedro Ascencio nació en 1786 en el pueblo de Acuitlapán, cerca de Teloloapan

(hoy Guerrero) —en la tradición de algunos pueblos sureños mexiquenses, fue oriundo de Tlatlaya o Amatepec—. Entró a la insurgencia bajo las órdenes de Ramón Rayón en 1811 y más tarde bajo el mando de Vicente Vargas, guerrillero que tomó las riendas de la insurrección hacia el sureste de Toluca, desplegando su acción por Ixtapan, Malinalco, Ocuilan, Tenancingo, Texcaltitlán, Tonatico, Zacualpan y Zumpahuacán, hasta su ejecución en 1819.

Ascencio comenzó a destacar como jefe guerrillero a partir de 1818, convirtiéndose en uno de los más firmes y leales combatientes bajo el mando de Vicente Guerrero, extendiendo su lucha hacia el suroeste y sur de Toluca, por los pueblos de Almoloya, Amatepec, Luvianos, San Simón, Sultepec, Tejupilco, Temascaltepec, Tlatlaya y Zacualpan; así como Ixtapan, Tonatico y Coatepec; estableciendo cuartel en el cerro La Goleta; también en lo que hoy es la franja noroeste de Guerrero donde se gestó la consumación: Acatempan, Alahuistlán, Ciénega, Cutzamala, Iguala, Pochote, Simatepec, Taxco, Teloloapan y Tlalchapa; y en el oriente de Michoacán, principalmente Truchas y Huetamo.

Personaje controvertido, a veces tachado de héroe, otras de bandido y asesino, lo cierto es que cobró fama al hostilizar a las fuerzas realistas de la región con su guerrilla agraria, con la cual, cuando no tomaba las armas, tomaba los aperos para labrar la tierra; de manera que sólo pensar en él provocaba dolor de cabeza al virrey Apodaca y al propio Iturbide, cuya correspondencia refleja que llegó a obsesionarle la idea de acabarlo, cosa que por supuesto no logró. Más aún, Ascencio logró dar golpes certeros a las fuerzas realistas del consumador, el primero en las cañadas de Tlatlaya, el 28 de diciembre de 1820, y el segundo en San Miguel Totolmaloya, Sultepec, el 25 de enero de 1821.

Por la misma zona y al lado de Ascencio, también lucharon otros cabecillas como el padre José Manuel Izquierdo y Pablo Campos; su presencia y la de otros guerrilleros hacía que las jurisdicciones sureñas estuvieran fuera del control del virrey. No obstante, para ese momento el ejército realista había logrado controlar otras jurisdicciones que rodeaban a la capital novohispana, como las de Lerma, Toluca e Ixtlahuaca por el poniente; Texcoco y Chalco por el oriente; Cuautitlán, por el norte. Ello fue necesario para garantizar la seguridad de Ciudad de México, la cual sólo era amenazada por el sur, como ya se dijo.

Gracias a los estudios de Rodrigo Moreno (2016) sobre las fuerzas armadas de la época, sabemos que la defensa de la Intendencia de México dependía en

buena medida de mandos militares superiores y tropas acuarteladas en Ciudad de México; no obstante, en 1820 existía, dentro de los cuerpos de milicias de infantería de Nueva España, el regimiento de Toluca a cargo del brigadier vizcaíno Pedro Celestino Negrete, quien más tarde se uniría a la trigarancia y que en el gobierno provisional independiente posterior al imperio de Iturbide, fungiría como presidente del Supremo Poder Ejecutivo, en abril de 1823.

Entre las jurisdicciones militares en territorio estatal se encontraban, con jerarquía mayor y bajo el mando de coroneles, las Comandancias Generales de Temascaltepec, a cargo del catalán Juan Nepomuceno Ráfols, a quien también le tocó combatir a Ascencio y a otros jefes surianos; del Sur, con el potosino José Gabriel Armijo, quien tuvo incursiones en el territorio, y de Toluca, bajo las órdenes de Nicolás Gutiérrez, sempiterno jefe político en la jurisdicción. Con menor jerarquía y a cargo de tenientes coroneles, las comandancias provinciales de Chalco-Cuautla, con Bernardo López; Texcoco, con Antonio Elías Sáenz; Cuautitlán, con Pedro Antoneli; Zacualpan, con Mateo Quilty Valois, y Sultepec, con Miguel Torres; sólo la comandancia de Ixtlahuaca-Zitácuaro estaba bajo las órdenes del coronel Pío María Ruiz.

No obstante, si bien la presencia de milicias realistas alrededor de la ciudad de México contribuyó a su defensa y seguridad, no ocurrió lo mismo con territorios aledaños. Una solución al problema provino de la formación de milicias nacionales decretada por la Constitución de Cádiz reinstaurada en España en 1820, para que fungieran como garantes del gobierno constitucional. Éstas debían integrarse por civiles de cada provincia y municipio, de acuerdo con su población y circunstancias, por lo que de entrada contrastaban con los soldados profesionales que integraban las milicias provinciales.

Lo anterior tuvo efectos en territorio mexiquense: entre octubre de 1820 y septiembre de 1821 se autorizó la creación de milicias nacionales en los ayuntamientos y partidos de Ozumba, en Chalco; Zinacantepec en Metepec; Temascalcingo en Ixtlahuaca; Cuautitlán en el mismo partido; San Pedro Azcapotazaltongo y Toluca en el mismo partido; Ocoyoacac en Tenango; Lerma en el mismo partido, y Zumpango de la Laguna en Zumpango. En Aculco, por ejemplo, el ayuntamiento recibió la orden del comandante militar del distrito de Tula, Hidalgo, de que los milicianos urbanos trabajaran en la fortificación del pueblo, a lo que el síndico

*Agustín de Iturbide recibe las llaves de la Ciudad de México*, pintura.

del cabildo respondió que cumplirían la orden por estar en "guerra con el rebelde Iturbide y sus secuaces" (Birrichaga cit. en Salinas, 2011, p. 89).

Por último, a fines de 1820, Agustín de Iturbide llegó a dirigir la Comandancia General del Sur. Como he dicho, en los últimos días de ese año y los primeros de 1821, las guerrillas de Pedro Ascencio le propinaron serios reveses. Una interpretación indica que Iturbide se habría dejado vencer por las guerrillas, dado que ya tenía el plan de atraerse a los insurgentes para independizar a Nueva España. Con todo, las incursiones militares de Iturbide por el sur del territorio mexiquense no fueron para él un día de campo, por lo que la imposibilidad de extinguir a las guerrillas agrarias pudo haber contribuido al cambio de opinión que manifestó y que lo llevó a proponer el plan de independencia, al cual terminarían adhiriéndose las fuerzas de Vicente Guerrero, incluidas las de Pedro Ascencio y otras.

## FUERZAS TRIGARANTES Y RUTA DE ITURBIDE EN TERRITORIO MEXIQUENSE

Luego de la proclamación del Plan de Iguala, el 24 de febrero de 1821, la jura del plan, el 2 de marzo, y la integración del Ejército Trigarante junto con los insurgentes, el 14, comenzó la marcha de Iturbide por el septentrión novohispano, lo cual provocó que el movimiento independentista creciera casi como bola de nieve, se logró la adhesión de autoridades, jefes militares y territorios, y se generó una vasta red de apoyos y voluntades. Nuevamente retomo a Miranda (2018) y Del Arenal (2021) para culminar la biografía de Ascencio, y a Moreno (2016) para conocer las fuerzas armadas trigarantes que operaban en territorio mexiquense.

Si bien Iturbide fue el personaje central que detonó la consumación, ésta no fue un movimiento lineal y homogéneo; el programa independentista de Iguala fue abrazado por protagonistas individuales y colectivos que prendieron focos de rebelión de manera más o menos coordinada, por lo que, al tomar en cuenta a las cuatro fases de desarrollo del conflicto bélico en 1821, planteadas por Moreno: 1) incertidumbre, resistencia y organización (marzo y abril); 2) arraigo regional (mayo); 3) expansión (junio), y 4) derrumbe del régimen virreinal (julio a septiembre), se puede arrojar más luz sobre la consumación en territorio mexiquense.

En este caso, considero a la primera y segunda fases como una sola. Al hacerse cargo de la Comandancia del Sur, Iturbide convirtió a sus tropas realistas en el primer Ejército Trigarante. Luego, se integraron los insurgentes de Guerrero. Como sabemos, el 14 de marzo de 1821 ambos jefes se encontraron por primera vez en Teloloapan para sellar su alianza y hacer oficial el juramento de defensa del Plan de Iguala. Ése fue el momento en que probablemente se abrazaron. No obstante, con la desconfianza aún presente, Pedro Ascencio y el resto de las tropas decidieron esperar en el pueblo cercano de Acatempan. Al día siguiente, los jefes que "se habían abrazado" se trasladaron a este pueblo para terminar de convencer a los soldados de que el movimiento basado en la independencia, la unión y la religión era sincero. El propio Guerrero se lo confirmó personalmente a Ascencio, quien a partir de ese momento juró el plan y se convirtió en un miembro más de la trigarancia.

En territorio mexiquense se sumaron como jefes militares a este nuevo ejército los insurgentes Ascencio, en Zacualpan —como comandante de la Tercera

División— y el padre Izquierdo, en Alahuixtlán —aunque siguió rondando por su tierra, Sultepec—, y el realista Miguel Torres, en la zona de Sultepec; mientras que el teniente coronel Epitacio Sánchez —oriundo de Tlalnepantla— se integró al Estado Mayor de Iturbide como comandante del Escuadrón de Granaderos del primer jefe. Cabe señalar que las tropas conjuntas de Guerrero y Ascencio rondaban entre dos mil 500 y tres mil efectivos —poco más de mil a cargo de Ascencio—, lo cual brindó gran fortaleza y soporte a la trigarancia.

Fue así como ésta pasó a tener control del noroeste guerrerense, el sureste michoacano y el suroeste mexiquense, por lo que se puede considerar, entonces, que esta porción de suelo mexiquense fue uno de los primeros territorios independientes de México.

Para ese momento el virrey Apodaca estaba más que enterado y preocupado por la rebelión iturbidista, por lo que debió echar mano de quienes no se sumaron a ella —es conveniente recordar que la trigarancia no fue sólo un trasvase de tropas realistas al nuevo ejército, sino que muchos la rechazaron en tanto que otros tuvieron infinidad de motivos para sumarse a ella— para reorganizar la defensa de la capital. Por ejemplo, ordenó a Ráfols partir desde Toluca con sus tropas hacia Santa Fe para proteger la fábrica de pólvora y el abasto de agua a la capital. Por su parte, Iturbide tenía claro que debía salir del sur para expandir su movimiento y eligió dirigirse desde Tierra Caliente michoacana hacia los lugares que conocía bien: el norte michoacano, a su tierra natal Valladolid —hoy Morelia— como punto central, y el Bajío para independizar Guanajuato —primera provincia adherida a la trigarancia el 24 de marzo de 1821—, rodeando para ello el suroeste mexiquense.

El abandono de su comandancia por parte de Iturbide significó, por lo demás, que los realistas intentaran recuperar terreno. Por su parte, Ascencio, convencido a regañadientes de que ahora debía lealtad al primer jefe y luego de ordenársele permanecer en su zona, tuvo que ajustarse a la dinámica de un ejército nacional en formación, con mayor comedimiento y urbanidad, así como acatar nuevas formas de conseguir recursos, menos coercitivas y, por tanto, menos retributivas —no fue el único oficial carente de recursos pero lo resentía más por las condiciones de sus tropas: mal armadas, mal vestidas, mal comidas.

A lo anterior se suma la actitud negativa de sus superiores: por un lado, Miranda afirma que Iturbide, al crecer en estatura política, minimizó y desairó las súplicas de un subordinado maniatado y con dificultades para sostener sus tropas;

Agustín de Iturbide.

por el otro, Del Arenal dice que no sólo el primer jefe, también Vicente Guerrero negó apoyo al guerrillero —incluso Ascencio reprocha directamente a Guerrero que "me ha olvidado y ya no me mira con los ojos de otras veces"—; todo ello a pesar de que defendía la retaguardia trigarante como "ante mural en la frontera del Enemigo", enfrentando a las tropas del virrey Apodaca, al que llamaba por su título de conde, tal vez de manera despreciativa, *el Venadito*.

Aquí comenzó el declive de Ascencio. El fracaso no se hizo esperar y encima debió combatir fuera de su área: al apoyar las operaciones de Guerrero preparó un ataque a Tetecala (Morelos) y se acercó al río Mezcala para enfrentar al realista José Joaquín Márquez Donallo; el oficial a cargo, Dionisio Boneta, rechazó el ataque y un mozo de la hacienda San Gabriel —a la que habían solicitado ayuda por estar acuarteladas ahí tropas del realista Cristóbal Húber—, de nombre Francisco Aguirre, le dio muerte de un machetazo en el paraje Las Milpillas. De

esta forma es cómo Ascencio murió como militar trigarante y sin ver la realización de aquella obra que juró defender, ocurrida cuatro meses después de aquel aciago 3 de junio de 1821. La noticia fue recibida con ambiente festivo tanto en Ciudad de México —sin saber que el virreinato tenía sus horas contadas— como en Cuernavaca, donde Gabriel Armijo recibió su cabeza cercenada, pudiendo ver por fin reducido a su peor enemigo.

A pesar de este revés, la tercera etapa de expansión trigarante registró protagonistas nuevos y consolidó el dominio de un mayor territorio. En ese momento el poder del virrey ya estaba muy debilitado, sino es que se acercaba a ser nulo. De Guanajuato, Iturbide pasó luego a los límites de Nueva Galicia (hoy Jalisco), regresó a Valladolid por Acámbaro y de ahí fue a la Intendencia de Querétaro, concentrándose en San Juan del Río con el objeto de sitiar y tomar la ciudad queretana —cabe apuntar que el regimiento de Murcia partió de Toluca para auxiliar a los sitiados—, lo cual logró sin violencia el 27 de junio. Desde allí, posicionado cerca del norte mexiquense, el consumador ordenó al teniente coronel napolitano Vicente Filisola, comandante de Zitácuaro, tomar Toluca. Con ese fin se le unieron tropas del padre Izquierdo y del coronel insurgente Felipe Martínez, quien había asumido el mando de fuerzas del fallecido Ascencio —antes de morir, Ascencio había previsto participar en la toma de Toluca—, y aunque Filisola menospreció estas tropas, al final le fueron de gran utilidad para derrotar a las fuerzas virreinales del regimiento de Fernando VII.

Gracias a los estudios de Pilar Iracheta (2021) sabemos que Filisola se acercó a Toluca y, entre las haciendas Barbabosa y La Huerta, ambas en Zinacantepec, combatió contra las fuerzas del comandante de la región, el coronel realista Ángel Díaz del Castillo, el 19 de junio de 1821, con apoyo de los ya mencionados Izquierdo y Martínez, además de tropas al mando de los antiguos insurgentes y capitanes Gonzalitos, Muñiz y Agustín Fuentes, a cargo de 210 hombres montados y armados del Escuadrón Urbano de Toluca —el cual prácticamente abandonó a Nicolás Gutiérrez, corregidor de la ciudad.

Durante el ataque, la caballería trigarante provocó estragos entre los realistas, quienes debieron atricherarse en La Huerta —en la refriega murió el hijo de Márquez Donallo, aquel realista cuyos soldados abatieron a Ascencio—. Fue una de las batallas más sangrientas de la trigarancia, en la que se reportaron más de 300 bajas por bando. No obstante, representa una victoria muy significativa

porque las fuerzas independentistas pudieron situarse más cerca de la capital del país y contribuyó de manera decisiva al debilitamiento del virreinato.

Existe una crónica poco conocida que aborda este hecho de armas y otros sucesos, recuperada por Pilar Iracheta y Raymundo Martínez (2002), documento único que aporta detalles diferentes. Esta crónica se titula: *Año de 1840. De las ocurrencias memorables de guerra que desde el grito memorable de Dolores han sucedido en estas poblaciones que ha pedido y remitido al gobierno*. Gracias a ella sabemos que Guadalupe Victoria arribó al pueblo de Almoloya —hoy de Juárez, vecino de Zinacantepec— la tarde del 19 de junio y que se entrevistó con Filisola al día siguiente; que a Castillo se le permitió salir de La Huerta y "faltando a los tratados luego que vio asomar la vanguardia de los independientes por Coatepec —acaso el cerro donde hoy se encuentra la Ciudad Universitaria de Toluca— comenzó a hacerles fuego de cañón", por ello los jefes acordaron retirarse para "economizar sangre", pues "dentro de breves días llegaba el jefe principal —no aclara si se refiere a Iturbide, pero cabe la posibilidad— y tomaría las medidas que le estuviesen porque su objeto era poner cuartel general en Toluca". Filisola se replegó a Zitácuaro y Victoria, a Cuernavaca.

En todo caso, Filisola expandió su dominio por el centro y el padre Izquierdo por el sur, franqueando el paso por el Valle de Toluca. Gracias a información proporcionada por Joaquín Espinosa, conocemos parte de la ruta de Iturbide por el Estado de México. El consumador continuó su marcha desde San Juan del Río hacia Cuernavaca, rodeando la Ciudad de México, pues consideraba que no era tiempo de aproximarse. Se adentró en territorio mexiquense por la hacienda Arroyo Zarco (Aculco) los días 14, 15 y 16 de julio —debió pisar primero el terreno del hoy municipio de Polotitlán— y, posteriormente, pasó a la hacienda Buena Vista, el 18 de julio —antes de llegar a Temoaya debió pisar terrenos de los municipios de Acambay, Timilpan, Morelos y Jiquipilco.

Sabemos por la mencionada crónica que en ese momento Castillo seguía en Toluca, pero al enterarse que Iturbide se dirigía a la ciudad "con un grueso número de caballería en combinación con el Señor Filisola, abandonó la plaza", huyendo a México por el camino de Lerma, dejándola libre para la entrada del consumador, lo cual, según información que se deduce de la misma, habría ocurrido el 19 de julio, "con las vivas y aclamaciones que se merecía". En Toluca, Iturbide "permaneció sólo un día porque sus trabajos así lo pedían", pero antes nombró comandante de

plaza a Gonzalitos. De ahí pasó a Lerma, probablemente el mismo día que habría salido de Toluca, 20 de julio. Arribó finalmente a Cuernavaca el 23 de julio —no sin antes cruzar, probablemente, por Ocoyoacac, Capulhuac, Tianguistenco y Ocuilan—, con el objetivo de subir, desde allí, a Cholula y Puebla —tal vez pasó todavía por Ozumba y Amecameca—, llegando a la primera el 27 de julio.

De la crónica se infiere también que, luego de que Gonzalitos fue sustituido por el coronel Agustín Fuentes, éste debió enfrentar la insubordinación de tropas expedicionarias acantonadas en Toluca, a las que el propio Iturbide había ordenado marchar a Ciudad de México para sofocar una posible rebelión debido al golpe de Estado del subinspector de artillería Francisco Novella contra el virrey Apodaca —suceso al cual me refiero más adelante—. Entonces "El pueblo tuvo muchas amarguras en este tiempo con peligro de mil desgracias, porque el paisanaje estaba unísono con [el] Señor Fuentes a sostenerse hasta el último trance", por lo que, enterado el consumador de esta situación por el propio Fuentes:

> […] el Señor Generalísimo destacó dos mil hombres de todas armas y sobrado pertrechó al mando de los señores [José Joaquín de] Herrera y [José Antonio de] Echavarri para que por la fuerza se desarmasen a los gachupines; no se saben las consideraciones que tuvieron estos dos jefes para no llevar a efecto las órdenes que traían; pero lo cierto es que los del plan de revolución salieron de Toluca, y a la retaguardia las fuerzas que habían venido contra ellos, quedando Toluca en una paz octaviana [referencia común al primer emperador romano Octavio Augusto, quien logró un largo periodo de paz entre el año 27 antes de Cristo y el 14 de nuestra era], la que permaneció por mucho tiempo.

Lo cierto es que para ese momento el virreinato estaba herido de muerte —cuarta etapa—. En principio, ya se habían pronunciado por la Independencia o habían capitulado poblaciones desde San Antonio, Texas, hasta Villahermosa (hoy Tabasco) en el sureste. Además, había molestia entre los realistas novohispanos y las tropas expedicionarias llegadas de España para reforzar la defensa del gobierno, por las rendiciones y cercos sobre diversas ciudades, la derrota de la hacienda La Huerta y el que no se tomaran medidas necesarias ante el avance y expansión de las fuerzas trigarantes. Las presiones llevaron a forzar la renuncia de Apodaca el 5 de julio de 1821, quedando en su lugar como virrey, sin que mediara nombramiento

por parte de la Corona, el ya mencionado Francisco Novella, gobernador militar interino de Ciudad de México, nombrado por el propio Apodaca, quien nunca logró la legitimidad requerida y sólo vino a ahondar las fricciones al interior del gobierno virreinal.

Iturbide, convencido del eventual triunfo, continuó madurando cosas y retrasando la entrada a la capital de manera que, proveniente de Puebla, en agosto mantuvo su cuartel al oriente, entre Zoquiapan (Ixtapaluca), Molino Blanco (Tepetlaoxtoc) y Texcoco, asediando la gran ciudad y al espurio Novella, sin formalizar todavía el sitio. Además, ordenó a Miguel Barragán (presidente de México entre 1835 y 1836) que se acercara por Toluca y a Filisola por Chalco, y a Anastasio Bustamante (presidente en tres periodos entre 1830 y 1841) que permaneciera en Cuautitlán, donde se había posicionado antes —previamente había pasado por San Cristóbal Ecatepec para rendir homenaje a Morelos en el sitio donde fue fusilado, lo que provocó admiración entre la población—, tomando el control de ese pueblo, además de Tepotzotlán y Huehuetoca. En estos últimos, el propio Bustamante, junto con Luis Quintanar —quien formó parte del Poder Ejecutivo en diciembre de 1829—, sostuvieron escaramuzas con tropas realistas de Manuel de la Concha —probablemente a mediados de agosto de 1821 (Colín, 1963, p. 6, núm 8)—. Y todavía hubo un último enfrentamiento el 19 de agosto en Azcapotzalco.

Entre tanto, el 3 de agosto de 1821 había arribado a Veracruz Juan O'Donojú, último jefe político y capitán general de la Nueva España nombrado por la Corona. Lo que observó al llegar fueron hechos consumados y no se opuso a la emancipación. El 24 de agosto firmó con Iturbide los Tratados de Córdoba, en los que se ratificó el Plan de Iguala con mínimas modificaciones; posteriormente, a mediados de septiembre recibió el mando de la Ciudad de México y el de las tropas, de parte de Novella, acompañado de Iturbide, quien, finalmente, hizo su entrada triunfal el 27 de septiembre de 1821, día de su onomástico número 38, al frente de un desfile de poco más de 16 mil efectivos trigarantes. Respecto a este "feliz día", Alfonso Sánchez García (1999) plantea una especie de provocación, pues afirma que:

> Decir que el 27 de septiembre de 1821 el Ejército Trigarante, consumador de la Independencia, entró victorioso a la capital del Estado de México, es una afirmación

Alegoría a la Independencia.

> que desconcierta incluso a los expertos en historia. Sin embargo, no constituye una inexactitud del todo, simplemente porque se sabe también que la Ciudad de México fue la primera capital, la capital natural del Estado de México que se constituyó con el territorio completo de la intendencia del mismo nombre (pp. 241-242).

Entonces se puede aceptar, al menos en términos simbólicos, que al igual que entró a la capital del país, el Ejército Trigarante también entró a la capital mexiquense.

Por otra parte, Sánchez García dice que ese mismo día se constató que la trigarancia fue también un movimiento popular, pues "los soldados vestían, algunos, andrajos, y otros iban casi desnudos, como los pintos del sur, pero estas fuerzas, compuestas de veteranos, marchaban con un severo aire militar… Pobre pero arrogante, el ejército conquistó las simpatías de la nación" (p. 249). Además, este autor rescata el dato curioso aportado por otro cronista mexiquense, Gustavo G. Velázquez, de que un toluqueño prominente, José María González Arratia —benefactor de la ciudad e iniciador de la construcción de los famosos Portales—, junto con su familia y otros paisanos, viajó a la Ciudad de México el 27 de septiembre de 1821 para presenciar el espectáculo triunfal trigarante (pp. 249-250).

Durante ese glorioso día desfilaron también otros cuerpos militares como la Duodécima Sección de Infantería del padre Izquierdo, las secciones de Caballería Cuarta con los regimientos de Toluca y del propio Izquierdo, Décimo Cuarta con la compañía de Temascaltepec y Décimo Quinta con los dragones de Jilotepec.

En estas fuerzas destaca la presencia del padre José Manuel Izquierdo, oriundo de Sultepec, nacido en fecha desconocida —cerca de 1780—. Él entró a la insurgencia cuando Hidalgo pasó por Toluca en octubre de 1810; también luchó al lado de Leonardo Bravo y Morelos. Al encargarse de su región natal, en 1817 resistió los embates realistas de Manuel Gómez Pedraza y Mateo Quilty en el pueblo de Alahuestlán —actual Alahuixtlán, en el norte de Guerrero, cerca de Teloloapan—, pero al final rindió la plaza. Sin embargo, no depuso las armas, por lo que los realistas aprehendieron a su padre para forzarlo a entregarse; Izquierdo no cedió y su padre fue asesinado. En noviembre de 1819, luego de la derrota de Guerrero en Agua Zarca, se unió a las fuerzas de Ascencio. No obstante, en enero de 1820 se acogió al indulto y por ello el virrey le otorgó rango de teniente coronel. Pero una vez ocurrido el pronunciamiento de Iguala, Izquierdo se sumó a la causa trigarante y, como vimos, apoyó a Filisola en la batalla de La Huerta. En el México independiente vivió algunos años en Ciudad de México, pero en 1825 regresó a Sultepec, donde falleció en 1833.

Entre los oficiales de mayor rango de la trigarancia también desfilaron los ya conocidos Filisola, Bustamante y Echávarri, a los cuales se deben agregar a dos importantes integrantes: uno de ellos es Melchor Múzquiz, quien en 1824 se convirtió en el primer gobernador del Estado de México y luego fue elegido en otras dos ocasiones (1824-1827 y 1830-1832) —impulsó a Toluca como nueva capital del Estado de México, en 1830—, además de ser presidente interino en 1832; el otro es Valentín Canalizo, quien gobernó la entidad en 1842, durante la república centralista en la que el Estado de México se integró al Departamento de México, además de ser presidente en dos ocasiones entre 1843 y 1844.

En días posteriores, se firmó el Acta de Independencia del Imperio Mexicano, fechada el 28 de septiembre de 1821. Los 34 firmantes eran integrantes de la Junta Provisional Gubernativa, primera forma de gobierno del México independiente, y habían sido designados por Iturbide en representación de la Iglesia, el Ejército, los letrados, comerciantes y mineros, entre otros, sin la presencia de

los insurgentes. Sin embargo, no lograron formar un gobierno estable, tampoco crearon una Constitución y no se les considera como padres fundadores.

Importan aquí tres firmantes al haber sido oriundos del territorio mexiquense: Manuel Velázquez de León, de Capulhuac, quien ocupó diversos cargos durante el virreinato y entre octubre de 1821 y abril de 1822 se desempeñó como miembro de la primera Regencia del Imperio; José Ignacio García Illueca, de San Bartolomé Otzolotepec, miembro de la Real Audiencia novohispana, quien tras la caída del imperio de Iturbide ocupó varias secretarías —de Estado, Relaciones Exteriores, Hacienda Justicia y Negocios Eclesiásticos, Guerra y Marina—, nombrado por el Congreso en 1823, y Juan Bautista Raz y Guzmán, de Tetelco (Chalco), abogado insurgente que formó parte de los Guadalupes y en 1812 ayudó a llevar piezas de la imprenta que publicó el *Ilustrador Nacional* en Sultepec (Ávila, 2017).

## JURAS Y PROCLAMACIONES INDEPENDENTISTAS

La primera jura independentista fue la del Plan de Iguala, realizada por Iturbide el 2 de marzo de 1821 en aquel poblado. A partir de ese momento la trigarancia se ocupó en llevar a cabo juramentos en los territorios bajo su control. Gracias a Rodrigo Moreno (2016) sabemos que ese mismo día Miguel Torres realizó la jura en Sultepec, en coordinación con la de Iguala y, además, conocemos el ceremonial establecido, una especie de "machote" para las juras:

> Conseguida felizmente la libertad de esta villa y su jurisdiccion, es consiguiente que sus habitantes juren defenderla como lo han hecho ya todos los pueblos que estan ya independientes del Gov[ier]no de Mexico. Al efecto acompaño a U. una copia de la formula con q[u]e debe verificarse tan solemne é indispensable acto, para que pasandola á los pueblos de que es cavezera esta villa, cuide de que dentro de 5 dias se haga en todos el juramento con la deferencia y solemnidad que pide su grande objeto […].

Siguiendo a Miranda Arrieta (2018), sabemos que Pedro Ascencio regresó a su zona de influencia para difundir el Plan de Iguala y detener, perseguir y sancionar

Entrevista de los señores generales O'Donojú, Novella y Agustín de Iturbide.

a los desafectos, además de promover juras independentistas mediante juntas de habitantes en pueblos donde ya había ayuntamientos instalados por la reinstaurada Constitución de Cádiz. Todo lo anterior debió suceder entre el 15 de marzo y el 3 de junio de 1821, esta última, la fecha de su muerte. No se conocen con certeza todos los pueblos donde hizo juras —por el momento se sabe que uno de ellos fue Taxco el 21 de mayo de 1821—, pero se puede pensar que incluyó algunos en territorio mexiquense. Al respecto, Alfonso Sánchez García (1999), de acuerdo con información contenida en documentos del Archivo Histórico del Estado de México, informa sobre la realización de una jura en Tejupilco —además de otros municipios como Chalco, Jilotepec y Jilotzingo—, aunque no proporciona fecha precisa (p. 250).

En Toluca, la Jura de la Independencia se celebró del 12 al 14 de mayo de 1821. En estos días, el licenciado Francisco Gutiérrez Rubín de Celis, subdelegado y sotasíndico del convento de San Francisco —aún se encontraba en pie—, recitó poemas de su autoría. Estos textos fueron publicados en *Poesías que se presentaron en la vistosa portería del convento parroquial de N[uestro]. P[padre]. S[an]. Francisco de Toluca, en los tres días de la jura de nuestra deseada independencia, que fueron el 12, 13 y 14 de mayo de 1821*. En una estrofa dice que San Francisco "es modelo / *De Religión, de Unión, de Independencia*". De igual forma menciona varias veces al consumador Iturbide —por ejemplo: "La guerra en Paz se mira convertida / Por el grande *Iturbide* Americano". En otros versos afirma que los frailes seráficos de Toluca fueron proclives a la Independencia iturbidista:

Pena de santa obediencia
no es necesario aquí dar,
para que haya de jurar
el Fraile la Independencia:
Es tanta su complacencia
y el amor tanto le hiere
que la jura porque quiere
y la abraza protestando
que la ha de estar predicando
pues vivo por ella muere (1821).

En alguno de esos días de mayo debió firmarse en Toluca un acta de adhesión al Plan de Iguala, pues se sabe que ésta fue firmada por José Manuel Assorrey, quien en 1814 fue secretario en el primer ayuntamiento que tuvo la ciudad, instalado por la Constitución de Cádiz y, posteriormente, se desempeñó varias veces como alcalde ordinario (Novo, 2015, p. 198).

Las imprentas también fueron protagonistas en la consumación. Desde Tepotzotlán, José Joaquín Fernández de Lizardi desplegó una prolífica labor con manifiestos salidos de la imprenta portátil del Ejército, dirigida por el impresor queretano Rafael Núñez (Colín, 1963, pp. 5-6). De manera general, en estos escritos, el *Pensador Mexicano* defiende la causa trigarante de Iturbide, considera a este país un imperio, en consonancia con los postulados del Plan de Iguala, y critica a quienes aún no han optado por el partido de la libertad.

Del 31 de julio de 1821 data *A las valientes tropas del Ejército Imperial Mexicano de las Tres Garantías*; del 9 de agosto: *Proclama del Señor Novella analizada por el Pensador Mexicano*; del 20 de agosto: *Dos palabritas de el Pensador a los españoles obstinados, residentes en México, y a morenos de las haciendas de San Gabriel, Temisco, etc.*; del 24 de agosto son tres folletos: *Busca-pies a los españoles y Americanos que aún sostienen temerariamente en México el cómico gobierno del señor Novella*; *Gloria al Dios de los Ejércitos, y honor a las tropas Imperiales Americanas* —este luego fue reimpreso en México por los hermanos Joaquín y Bernardo Miramón, y en Puebla por Pedro de la Rosa—, y *El Pensador Mexicano a los españoles preocupados contra la justicia de nuestra causa, y a los americanos egoístas y traidores a la patria*; del día 28 de agosto: *Al M. I. Señor D. Agustín de Iturbide, Primer Jefe del E. I. M. Trigarante*

*en su fausto día, el mismo Ejército y la imprenta cantaban*; y sin fecha: *Breve noticia de lo ocurrido con la división del Sr. Concha y los Sres. Quintanar y Bustamante en el presente mes, en el pueblo de Cuautitlán e inmediaciones de Tepotzotlán*, y *A los españoles que militan en el Ejército Imperial de las Garantías.*

Por otra parte, en carta fechada el 1 de agosto de 1821, reenviada por el teniente coronel Ramón López Rayón —hermano del ilustre Ignacio Rayón y adherido pronto a la causa trigarante, por lo cual fue muy considerado por Iturbide durante su efímero imperio—, quien a su vez la había recibido del consumador desde la hacienda de San Martinito, en el actual estado de Michoacán, Iturbide establece la siguiente instrucción:

> Con esta fecha digo al encargado de la Imprenta existente en Zitácuaro Don Mariano Magán lo que copio:
> Trasládese V. inmediatamente con esa Imprenta a la ciudad de Toluca, para que esté más inmediata y pronta para lo que se ofrece a cada instante, y reciba V. e imprima todo papel que con tal objeto le envíen los señores Coroneles D. Luis Quintanar o D. Anastacio Bustamante; en concepto de que traslado esta orden al Tte. Corl. Don Ramón Rayón para que franquee a V. los auxilios necesarios tanto para su viaje, cuanto para establecerse en Toluca. Y lo traslado a V. para su inteligencia y cumplimiento con la prontitud posible… (Colín, 1963, p. 2; Ruiz, 1976, p. 8).

Se sabe que dicha imprenta era de origen inglés, perteneció al padre Joaquín Furlong —sacerdote de origen poblano, principal de la congregación de San Felipe Neri—, y en ella se imprimió el Plan de Iguala —los filipenses se ufanan de que Iturbide no pudo imprimirlo en ninguna otra parte— y un manifiesto firmado por Iturbide el día 12 de febrero de 1821, antes de la proclamación del Plan (Miquel, 1980, p. 209). Dicha imprenta fue comprada a Furlong por el mencionado Magán, quien, junto con el filipense, el cajista tipográfico Mariano Monroy, y el sargento impresor Victoriano Ortega, había participado en la impresión del Plan de Iguala y su manifiesto —por cierto, Magán y Monroy llevaron a Iturbide a su cuartel en Teloloapan los impresos del Plan de Iguala— (Mique, 1980, p. 351; Colín, 1963, p. 2).

Ya en Toluca, Magán imprimió el que se considera primer impreso en Toluca, fechado el 18 de agosto de 1821: *Contestación a la Proclama del E[xcelentísimo] Sr.*

*Don Juan O-Donojú*, escrito realizado por Andrés Quintana Roo —quien en ese momento vivía en esta ciudad junto a su esposa, Leona Vicario, y sus hijas—, en el que alude a la proclama hecha por O'Donojú el mismo día de su arribo a Veracruz y expone su opinión sobre el "verdadero estado de las cosas" de Nueva España "con ingenuidad y sencillez", manifestándose favorable a la libertad del virreinato, pues "Toda la nación ha proclamado su Independencia de España, y jurado sostenerla con las armas en la mano" (Colín, 1963, pp. 3-5). Se trata de las ideas de un hombre experimentado en la lucha insurgente —Quintana Roo luchó al lado de Morelos y probablemente transcribió los *Sentimientos de la Nación* de su puño y letra—, escudriñador profundo del ánimo popular de ese momento que, con optimismo, pero sin triunfalismos ni falsas esperanzas, aconseja con severidad al último jefe político de este país.

Volviendo a Moreno (2016, pp. 250-251), éste da a conocer el acta del ayuntamiento de Malinalco del 18 de agosto de 1821, en la cual destaca que el presidente municipal promovió la adhesión al movimiento trigarante "en virtud de que en varios lugares inmediatos se había ya jurado la independencia" y convenía cuanto antes manifestar públicamente "el verdadero amor a nuestro primer Gefe el Sor. D. Agustin de Yturvide", por lo que acordaron verificar la jura el 24 de agosto. Fueron horas de festejos e "iluminaciones" y el mero día de la jura se dispuso un "'ricamente adornado teatro' en la plaza"

> donde estaba un retrato de ntro. Rey el Sor. D. Fernando Septimo, una Ymagen hermosa del crusificado, un coxin de terciopelo, un atril de plata con el libro de los Santos Evangelios; habiendo llegado á el y tomando con mucha orden sus respectivos acientos: se paró el presidente é hizo que el cindico como que es el que hase al Pueblo pusiese la mano sobre los santos Evangelios, y preguntando en voz alta á todos el siguiente juramento comenzó ¿Jurais por Dios y por los Santos Evangelios guardar y haser guardar la Santa Religion Catolica apostolica Romana? ¿Jurais guardar y haser guardar el plan de govierno jurado en Higuala por el Señor D. Agustin de… Yturbide y Aramburo 1r Gefe de las tres Garantias? ¿Jurais Guardar union entre Europeos, y americanos ser fieles al Rey concervar y guardar el buen orden y tranquilidad Publica? Si juramos respondian a cada clausula de este interrogatorio con tanto regosijo que lo manifestavan aún en los semblantes [...].

Moreno señala que: "Luego hubo *Te Deum*, refresco y banquete público y baile en la casa del alcalde". Llama la atención la presencia de un retrato de Fernando VII, indicando la lealtad que, más de una década después del inicio de la guerra y aún en el propio Plan de Iguala, se seguía guardando a la Corona. Por otra parte, en ese momento se había jurado ya la independencia en lugares tan lejanos como Guaymas (Sonora) y Comayagua (Honduras).

Se conocen al menos otras tres proclamas independentistas surgidas en territorio mexiquense, las cuales se revisan a continuación (Baranda y García, 1987, pp. 43-84).

En Chalco se expidió un bando militar titulado *El Comandante Militar de la Provincia de Chalco a sus Conciudadanos*, impreso en la oficina de los editores poblanos Pedro de la Rosa —quienes en 1821 llegaron a denominar a las suyas como Imprenta Imperial e Imprenta Portátil del Ejército de las Tres Garantías—, publicado el 24 de agosto de 1821, de cuyos integrantes dice: "no son los mercenarios viles… son sí, vuestros amigos, que… rompen vuestras cadenas"; además de considerarlos "Descendientes dignos de Padilla e Hidalgo, que tremolaron los primeros en España y América los estandartes de nuestra libertad…" —el segundo apellido es muy conocido: Miguel Hidalgo, el Padre de la Patria; no obstante, no he podido identificar a Padilla.

Además de estos personajes, el bando alude a Iturbide, sin mencionarlo de forma explícita, llamándolo "primer Gefe de los ejércitos imperiales de las Tres Garantías" y "primero que pronunció en Iguala la voz de independencia". También, exclama: "¡Himnos, cantos sin fin a Bravo, Guerrero, Victoria y cuantos tienen el honor de seguirle". Llama la atención también que, para la fecha de expedición del bando, ya se considera a 1821 como "Año primero de nuestra Independencia". Es así como este bando conmina a los chalqueños a vivir bajo el peso de un gobierno "justo" y a que "Cada uno cumpla con los deberes que la Religión y Pátria le señalan". Lo firman el comandante militar Miguel Argüelles y el secretario Luis de Antepara, de los cuales carezco de mayores datos.

Por su parte, en Texcoco operó la Imprenta Liberal de las Tres Garantías —la cual, antes de arribar a Texcoco, habría pasado un tiempo en Toluca (Sánchez, 1999, p. 254)—, que era propiedad del editor Cayetano Castañeda y de la que surgieron: *Clamores de un mexicano independiente a sus compatriotas o sea próxima ruina de la capital en caso de obstrucción*, sin fecha; la reimpresión de los *Tratados*

Iturbide, siglo XVIII.

*celebrados en la Villa de Córdoba el 24 del presente entre los señores don Juan O'Donojú, teniente general de los Ejércitos de España, y don Agustín de Iturbide, primer jefe del Ejército Imperial Mexicano de las Tres Garantías*, del jueves 30 de agosto de 1821; y otra hoja del 10 de septiembre del mismo año en la que se anuncia el armisticio celebrado con el gobierno del mariscal Novella (Colín, 1963, p. 7).

De la imprenta de Texcoco interesa referir la larga *Exhortación cristiano-política, dirigida a la capital del Imperio Mexicano y a todos los que sostienen el partido nombrado la Integridad de las Españas* (Baranda y García, 1987, pp. 81-84), argumentación a favor de la Independencia, difundida en Ciudad de México, que invita a los novohispanos a reflexionar en torno a las ventajas y bondades del Plan de las Tres Garantías, el cual "ofrece acabar con la guerra y establecer una paz duradera"; habla de las ideas de religión, unión e independencia, realiza varias referencias bíblicas y refiere la difícil situación de la España imperial por su desmembramiento. Tampoco menciona de manera explícita a Iturbide, por lo que el énfasis está puesto en convencer de las ventajas de pertenecer al "partido Trigarante".

La *Exhortación* no tiene autoría y tampoco pie de imprenta, pero ofrece dos elementos para ubicarla en el tiempo. El primero, al inicio dice que: "el Ejército Imperial de las Tres Garantías se halla a las puertas de la capital, para consumar en ella la grande obra de la emancipación Americana". El segundo, casi al final,

señala: "el Exmo. sr. O'Donojú… ha reconocido, y está promoviendo con el mayor esfuerzo el partido Trigarante". Con estos indicios, se deduce que la impresión debió ser posterior al 24 de agosto de 1821, luego de que Iturbide y O'Donojú firmaron los Tratados de Córdoba; incluso pudo haber sido ya a mediados de septiembre en que, como hemos visto, O'Donojú, acompañado por Iturbide, tomó el control de Ciudad de México.

Existe también la Proclamación de la Independencia en la Provincia de México, ordenada por Ramón Gutiérrez del Mazo, jefe político de Toluca —nombrado en calidad de interino por Juan O'Donojú el 15 de septiembre de 1821, y presidente de la primera Diputación Provincial de México en el mes de octubre (Birrichaga cit. en Salinas, 2011, pp. 89-90)—, además de intendente y superintendente de Hacienda Pública, quien recibió el 10 de octubre de 1821, a escasos días de la consumación, el decreto enviado por José Manuel de Herrera, secretario de Negocios y Relaciones Interiores y Exteriores de la Regencia Imperial, fechado el 6 de octubre anterior, signado por Iturbide y otros dos firmantes del Acta: Manuel de la Bárcena y el ya mencionado Manuel Velázquez de León.

El decreto establece el ceremonial para realizar la jura y proclamación, pues "aún no se han practicado tan necesarios actos en esta Capital y algunos otros lugares", por lo que mandaba se verificaran al siguiente día 27 de octubre y en las demás ciudades un mes después, luego de haberlas notificado —se sabe, por ejemplo, que "un día indeterminado del mes de noviembre de 1821", el alcalde en turno del municipio de Tianguistenco, José Luis Ordóñez, leyó íntegro el decreto (Sánchez, 1999: p. 250)—. No se debían escatimar recursos y boato en los eventos, y la jura debía contener palabras ya diferentes a las anteriores:

> ¿Reconoceis la Soberanía de este Imperio representada por su Junta provisional gubernativa? Si reconozco. Jurais obedecer sus decretos, observar las garantías proclamadas en Iguala por el Ejército del Imperio Mexicano con su primer Gefe (*sic*), los tratados celebrados en la Villa de Córdova, y desempeñar fielmente vuestro encargo en servicio de la Nación? Sí juro. Si asi lo hiciereis Dios os ayude, y si no os lo demande (Baranda y García, 1987, p. 82).

Una inscripción añadida al pie del decreto por el intendente Gutiérrez del Mazo, fechado 13 de octubre, establece las disposiciones para su difusión y el arreglo

de la ciudad. No obstante, del análisis de los acontecimientos llevados a cabo por el historiador Javier Romero Quiroz (p. 84), se desprende la posibilidad de que no se hubiera cumplido al pie de la letra el decreto en las fechas estipuladas, pues tal vez los toluqueños esperaban modificaciones políticas. A lo anterior se puede agregar también la falta de recursos o la desconfianza que tradicionalmente se ha achacado a los habitantes de esta ciudad, por la cual habrían preferido esperar algún tiempo de relativa calma política. Pero el hecho de que no se cumpliera el decreto no significa que no hubiera un ambiente favorable a la independencia.

El mismo Romero Quiroz habla de la existencia de una medalla conmemorativa, confeccionada en cobre, en posesión de un licenciado Francisco González de Cossio —no he podido identificar plenamente al personaje, pero debió tener la medalla en su poder a mediados del siglo XX— con la inscripción siguiente en una de sus caras: "TOLUCA EN LA FELIZ PROCLAMACIÓN DE LA YNDEP. DEL IMPERIO MEJICANO A 12 DE MAYO DE 1822". Hasta la fecha no se conoce algún documento con la proclamación del día 12 de mayo de 1822.

No obstante, un día después, el 13 de mayo de 1822, fray José Ortigoza, guardián del templo franciscano de la Asunción de Toluca, ofreció un *Sermón con motivo de la jura de independencia*, el cual habría sido impreso en fecha posterior al 15 de junio de ese año por la oficina de Mariano Ontiveros. En éste, el padre Ortigoza elogió el hecho de que "en el tiempo de siete meses se había dado la grande obra de nuestra gloriosa independencia, lograda por el 'Serenísimo Sr. Iturbide y el Excmo. Sr D. Juan de O Donojú', si bien se había trabajado en ella por diez años". Dicho sermón, que no tuvo carácter de jura, proclama, pronunciamiento o cualquier otro acto de carácter oficial, pudo haber sido uno de los primeros —si no es que el primer— discursos patrióticos del México independiente a favor de la emancipación iturbidista (Cruz, 2021, p. 486; Ortigosa, 1822).

## REFLEXIONES FINALES

El 27 de octubre de 1821 se presentó en Ciudad de México una obra titulada: *México libre. Melodrama heroico en un acto,* su autor fue el poeta y político Francisco Ortega (1999). En él intervienen, en cinco escenas, curiosos personajes como la Libertad, América, Marte, Palas, Mercurio, el Despotismo, la Discordia, el

Fanatismo, la Ignorancia y un Coro de Mexicanos. En la última escena, el Coro canta a una sola voz la siguiente estrofa:

> Eterna gloria a Iturbide,
> a Negrete y Bustamante:
> gloria a Guerrero constante,
> a Victoria y Quintanar.
> Gloria porque nos salvaron;
> gloria porque nos unieron;
> gloria porque así supieron
> nuestra dicha eternizar.
> ¡Viva el héroe y los caudillos
> del ejército valiente
> viva, viva eternamente
> nuestra amada libertad!

Refiero este que se podría considerar como el "primer himno mexicano", ya que la melodía fue compuesta por el compositor toluqueño José María Bustamante —al que poco se le ha hecho justicia—, gran defensor de la Independencia (Sánchez, 1999, p. 257).

Como hemos podido observar, numerosos personajes que hoy son reconocidos en el Estado de México, así como grandes porciones del actual territorio mexiquense, fueron protagonistas relevantes y asiento de heroicos acontecimientos durante el proceso de consumación de la Independencia, los cuales contribuyeron de manera decidida a su logro.

En principio, el territorio suroeste mexiquense, donde se puede decir que Iturbide terminó de germinar sus ideas emancipatorias al percatarse de la imposibilidad del triunfo, se puede considerar uno de los primeros territorios independientes de Nueva España. Luego, el Valle de Toluca, escenario de una parte de la ruta del consumador, en la que ciertamente no se detuvo a decidir cosas importantes, de no ser el nombramiento de autoridades, y en el que se verificó uno de los principales y más sangrientos hechos de armas: la batalla de la hacienda de La Huerta, en la que la victoria trigarante contribuyó a desconcertar y desmoralizar a las autoridades virreinales. Por último, la zona oriente, donde Iturbide estableció

cuarteles y desde la cual hostilizó a Ciudad de México, en espera del momento propicio para entrar en ella, como lo hizo el 27 de septiembre de ese año.

Son varios los personajes relacionados con el Estado de México, tanto insurgentes como realistas y trigarantes, con diversos grados de influencia en sus regiones y localidades, que participaron en este proceso, entre ellos, al suroeste: Ascencio, el padre Izquierdo, Torres, Guerrero, Armijo e Iturbide; en el Valle de Toluca: Filisola, Castillo, Fuentes y Gutiérrez; al norte: Bustamante y Quintanar; y en el oriente: el propio Iturbide. Sin duda, también impactaron las decisiones tomadas en la Ciudad de México por los jefes políticos, legales o *de facto*: Apodaca, Novella y O'Donojú.

En cuanto a las proclamas, después de las juras del 2 y del 14 de marzo de 1821, que básicamente fueron militares, como en Sultepec y otras hechas por Ascencio, en las siguientes ya comenzaron a participar autoridades civiles y religiosas, como en Malinalco y Toluca. Por su parte, las imprentas y sus editores jugaron un papel fundamental, saliendo de ellas sendos impresos independentistas en Chalco, Tepotzotlán, Texcoco y Toluca; mientras que, en esta última ciudad, se registró el primer discurso patriótico por la consumación.

Si bien hubo enfrentamientos violentos en Tlatlaya, Zinacantepec y Huehuetoca, en el Estado de México la consumación siguió la tónica general del proceso emanado de Iguala. Es decir, un proceso en el que, a diferencia de la insurgencia de Hidalgo —recuérdense las batallas del Monte de las Cruces en Ocoyoacac y de Aculco, así como los saqueos y el despojo de fortunas—, básicamente se mantuvo el orden, se respetó la propiedad de los españoles y se derramó poca sangre. Los mejores ejemplos los tenemos en la actitud de Pedro Ascencio, obligado a dejar atrás sus prácticas de saqueo, extorsión y robo para mantener a sus tropas; en la retirada de los comandantes Filisola y Victoria para "economizar sangre", y en la proeza realizada por Herrera y Echávarri al sofocar la rebelión de tropas expedicionarias acantonadas en Toluca sin derramamiento de sangre.

Lo cierto también es que la consumación en territorio mexiquense, como en todo el país, resignificó y reestructuró poderes locales, permitió el surgimiento y resurgimiento de actores individuales y colectivos, tanto militares como civiles, y todo ello no estuvo exento de los vaivenes y desórdenes propios de las primeras décadas del México independiente, por lo que luego del malogrado primer imperio de Iturbide (1822-1823), los vientos federalistas ofrecieron la oportunidad de

acceder al poder a otros trigarantes anteriormente situados en mandos medios, tales como Manuel Gómez Pedraza, antiguo jefe realista y amigo de Iturbide que declinó el nombramiento de primer gobernador (más adelante, sería presidente de México entre 1832 y 1833), y el mencionado Múzquiz, antiguo insurgente bajo las órdenes de Morelos que, al declinar Pedraza, ocupó por primera vez el cargo de gobernador.

Hacen falta muchos detalles por saber sobre la consumación de la Independencia en el Estado de México, por lo que es necesario indagar en otros aspectos, comenzando por ampliar el análisis territorial para incluir otras regiones y, sobre todo, para saber qué pasó —si es que pasó— en el territorio de cada uno de los 125 municipios que hoy integran la entidad; qué otros actores abrazaron la causa trigarante, quiénes la combatieron y qué intereses los motivaron; la integración y operación de milicias nacionales como brazos armados de los ayuntamientos; la formación del ejército independiente y cómo fueron los diversos procesos de negociación e imposición de condiciones entre actores individuales y colectivos; cuáles fueron las implicaciones inmediatas en un tiempo del que sabemos poco, entre el día de la consumación (27 de septiembre de 1821) y la coronación de Iturbide (21 de julio de 1822); así como los efectos en una entidad tan grande e importante, con alrededor de 130 mil kilómetros cuadrados de extensión y que en sus inicios albergaba a la capital del país.

Mención aparte merece el hecho de que faltan muchos aspectos por aclarar con respecto a la ruta de Iturbide por el territorio mexiquense, así como un capítulo poco conocido de su vida, pues durante su etapa de ostracismo político y militar, entre los años 1816 a 1820, administró la hacienda San José de la Compañía de Jesús en la provincia de Chalco. Sobre este último aspecto, Alejandro Tortolero (1994) indica que dicha hacienda fue administrada por Iturbide de 1819 a 1823; por Guerrero, de 1823 a 1831, y por Mariano Riva Palacio —yerno de Vicente Guerrero y gobernador del Estado en tres ocasiones—, de 1833 a 1840. Esperamos que las indagaciones realizadas por el mayor conocedor de la biografía de Iturbide en el país y autor en este libro, Joaquín Espinosa, arrojen mayores resultados para conocer su etapa chalquense.

Por último, es importante reconstruir la historia de los festejos por el Centenario de la Consumación de la Independencia en el Estado de México, celebrados el 27 de septiembre de 1921, en tiempos del gobernador Abundio Gómez; al igual

que las celebraciones del 27 de septiembre del año 2021; con todo y que dichas celebraciones no fueron tan fastuosas como lo fueron las del Centenario de 1910 o las del Bicentenario del año 2010.

Lo anterior intenta ser un esbozo histórico del proceso de consumación de la Independencia en territorio mexiquense, con información novedosa que pueda servir de guía para continuar, con una visión más integral, los estudios sobre este periodo.

## FUENTES DE CONSULTA

Ávila, A. (febrero, 2017). ¿Quiénes firmaron el Acta de Independencia de México? Los padres de la patria que no fueron. *Relatos e historias en México*, 102.

Baranda, M. y García, L. (comps.) (1987). Capítulo III. Luchas por la Independencia. *Estado de México. Textos de su historia* (t. 1). Gobierno del Estado de México e Instituto Mora, 43-84.

Colín, M. (1963). *Bibliografía general del Estado de México. Tomo I. Impresos del Estado* (t. 1). Biblioteca Enciclopédica del Estado de México y Jus.

Cruz Barney, Ó. (2021). Agustín de Iturbide en los discursos conmemorativos de la Independencia de México durante el siglo XIX. En J. L. Soberanes Fernández, A. C. Ibarra (coords.). *El Bicentenario de la Consumación de la Independencia y la conformación del primer Constituyente mexicano*. Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Instituto de Investigaciones Jurídicas (IIJ) e Instituto de Investigaciones Históricas (IIH).

Del Arenal Fenochio, J. (octubre-diciembre, 2021). "Callo y obedezco": la desavenencia final entre Pedro Ascencio Alquicira y Vicente Guerrero a través de diez cartas inéditas. *Historia Mexicana. Revista de El Colegio de México*, 71 (2).

Gutiérrez Rubín de Celis, F. (1821). Poesías que se presentaron en la vistosa Portería del Convento parroquial de N. P. S. Francisco de Toluca, en los tres días de la Jura de nuestra deseada independencia, que fueron el 12, 13 y 14 de mayo de 1821. En *Mexicana, Repositorio del Patrimonio Cultural de México*. Gobierno de México. https://mexicana.cultura.gob.mx/en/repositorio/detalle?id=_suri:DGB:TransObject:5bce598a7a8a0222ef15e78e

Iracheta Cenecorta, P. (septiembre-diciembre, 2021). La ciudad de Toluca durante la guerra y la consumación de la Independencia. *Korpus21. Revista de El Colegio Mexiquense, A. C. (Nuevas interpretaciones acerca de la Consumación de la Independencia)*, I (3), pp. 585-619.

Iracheta Cenecorta, P. y Martínez García, R. (diciembre, 2021). Una crónica de la guerra de Independencia en el Valle de Toluca. *Contribuciones desde Coatepec. Revista de la Facultad de Humanidades de la UAEMÉX*, (3), pp. 68-87.

Miranda Arrieta, E. (enero-junio, 2018). Del poder insurgente a la subordinación trigarante. El indio Pedro Ascencio Alquisiras, 1818-1821. *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, (67).

Miquel i Vergés, J. M. (1980). *Diccionario de insurgentes*. Porrúa.

Moreno Gutiérrez, R. (2016). *La trigarancia. Fuerzas armadas en la consumación de la Independencia. Nueva España, 1820-1821*, UNAM, Fideicomiso Felipe Teixidor y Monserrat Alfau de Teixidor.

Novo Valencia, G. (2015). Noticias de Toluca (siglo XVIII)". *Toluquerencias*. Fondo Editorial Estado de México (FOEM).

Ortega, F. (1999). México libre. Melodrama heroico en un acto. *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*. https://www.cervantesvirtual.com/obra/mexico-libre--0/

Ortigosa, José (1822). Sermón que con motivo de la jura de independencia dijo en la iglesia parroquial de N. S. de la Asunción y N. P. S. Francisco de Toluca el día 13 de mayo de 1822, el R. P. Fr. José Ortigosa, Examinador Sinodal de este Arzobispado, y actual Guardián del mencionado Convento. *Biblioteca Franciscana. UDLAP*. http://catarina.udlap.mx/xmLibris/projects/biblioteca_franciscana/xml/myPage.jsp?key=book_jbc098.xml&id=libro_antiguo_sace&objects=/ximg&db=/db/xmlibris/system/metadata/&level=1&section=1&number=1

Ruiz Meza, V. (1976). *La primera imprenta en Toluca 1830-1837. Apuntes para su historia, fichas para su bibliografía.* Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.

Salinas Sandoval, C. (Coord.) (2011). Volumen 4. Reformas Borbónicas, Independencia y Formación del Estado (1760-1869). En M. T. Jarquín Ortega y M. Miño Grijalva. *Historia general ilustrada del Estado de México* (vol. 4). Biblioteca Mexiquense del Bicentenario, El Colegio Mexiquense y LVII Legislatura Local.

Sánchez García, A. (1974). *Historia del Estado de México*. Gobierno del Estado de México, pp. 249-295.

Sánchez García, A. (1999). La consumación de la Independencia en el Estado de México. En P. Galeana, Patricia (coord.). *La consumación de la Independencia* (2 vol.). Archivo General de la Nación (AGN), pp. 241-257.

Tortolero Villaseñor, A. (1994). Espacio, población y tecnología: la modernización en las haciendas de Chalco durante el siglo XIX. *Historia Mexicana. Revista de El Colegio de México*, XLIII (4).

## PARA SABER MÁS

Beltrán Silva, M. de la L. (2018). *Economías de guerra y acciones militares en la región de Toluca, 1810-1816.* [Tesis de maestría en humanidades]. Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMÉX).

Espinosa Aguirre, J. E. (2021a). Agustín de Iturbide y el vuelco a la libertad. En R. Estrada Michel, J. E. Espinosa *et al*. *El nacimiento de México. Doy fe*. Colegio de Notarios del Distrito Federal y Quinta Chilla Ediciones, pp. 80-109.

Espinosa Aguirre, J. E.(2021b). Iturbide: de defensor del orden virreinal a independentista. *Relatos e historias en México*, XIII (153), 42-55.

Espinosa Aguirre, Joaquín E. (2022). La garantía de la unión. El movimiento trigarante en las provincias de Guanajuato y Valladolid. En M. A. Landavazo (coord.), *1521-1821: nacimiento y ocaso del México colonial.* [En prensa]. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

V. V. A. A. (septiembre-diciembre, 2021). *Korpus21. Revista de El Colegio Mexiquense, A. C. (Nuevas interpretaciones acerca de la consumación de la Independencia)*, I (3).

Soberanes Fernández, J. L.; Ibarra, A. C. (coords.) (2021). *El Bicentenario de la Consumación de la Independencia y la conformación del primer Constituyente mexicano*. UNAM-IIJ-IIH.

# PEDRO ASCENCIO ALQUISIRAS EN SU BICENTENARIO

EDUARDO MIRANDA ARRIETA

PEDRO ASCENCIO ALQUISIRAS, HIJO DE MARÍA PASCUALA, NACIÓ EN 1786 EN EL pueblo de indios de Acuitlapan —Estado de Guerrero— (Anne Warren en Salazar, 2011: 296). Respecto a las variantes de su nombre, antes del movimiento de Agustín de Iturbide, no he encontrado nombre ni firma del personaje. Durante el movimiento trigarante firma como "Pedro Asensio Alquisira", véanse los documentos del Archivo Histórico de la Defensa Nacional (AHDN). No obstante, en sus cartas y comunicados, los realistas siempre lo nombraron como "Asencio", por ejemplo, en el Archivo General de la Nación (AGN), el 1 de octubre de 1821. Fue el escritor Carlos María de Bustamante quien le puso el apellido "Alquisiras" (1985: 86-87). Como veremos más adelante, el mote le viene de una familia "Alquisira". Para evitar confusiones, en este artículo utilizo su nombre como se conoce en la actualidad, con la grafía modernizada.

La lengua de Pedro Ascencio fue el atzinga o tlahuica, que pertenece a la familia lingüística otopame, comprendida dentro del otomiamo del sur. Si bien el idioma dio identidad a poblaciones que ocuparon el valle de Toluca hasta el área de Teotenango, los relatos de origen consideran que "existieron más hablantes de tlahuica en algún lugar del sur" entre el territorio de los actuales estados de Morelos, México y Guerrero (Álvarez, 2006: 11-16). Es un área donde la influencia náhuatl también fue preponderante, de allí la consideración de que Ascencio conocía este idioma.

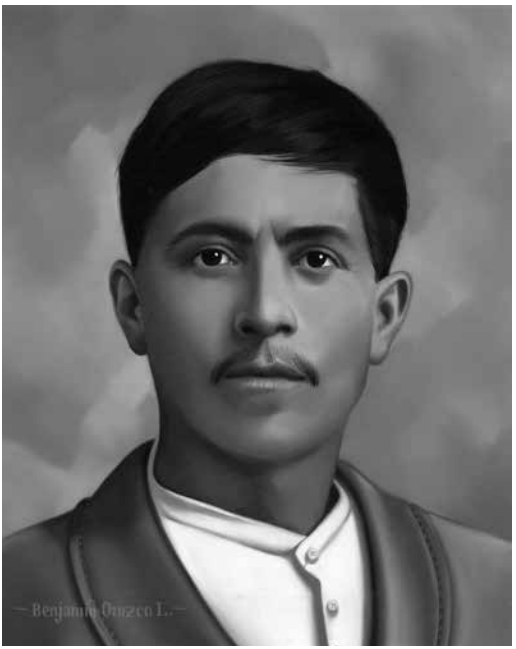
En el mismo pueblo de su nacimiento contrajo matrimonio con Cayetana Rufina, doncella mestizo-indígena, hija de Pedro Nolasco y Nicolasa Guadalupe.

Ahí nació su primera descendencia, Pedro Bernandino, Prudencia Eufemia y Eleuteria Marcela. Más tarde, ocupado en el tráfico de minerales y ya en sus correrías como soldado insurgente, tuvo a sus hijos, José Julián y Pedro Nolasco, bautizados en Zacualpan y Almoloya —este último hoy lleva el nombre de Almoloya de Alquisiras— en 1814 y 1817, respectivamente (Anne Warren en Salazar, 2011: 296).

Los pueblos vecinos hacia el oeste y el sur de Acuitlapan se dedicaban a la minería. Esta actividad dio ocupación a muchos pobladores y fue parte esencial del sustento de numerosas familias. Ascencio trabajó en Noxtepec, Chontalpan y Zacualpan como rescatador de minerales y comprador por menudeo de los buscones que sacaban pequeñas cantidades de metal de los socavones. La mayoría de relatos hace notar sus relaciones de amistad con mineros de la región de cualquier ascendencia. Tuvo un acercamiento especial con la familia Alquisira, dedicada a la minería, de la que recibió mucho apoyo dentro de este negocio. Todo parece indicar que, a raíz de este afecto familiar, quiso ponerse el apellido "Alquisira", que para Bustamante fue el alias que Ascencio adquirió (1985: 296-297; véase también Cavo, 1852: 382).

A Pedro Ascencio se le atribuyen vínculos con otros acomodados mineros de la región que mostraban disgusto con la realidad política y administrativa de Nueva España. Sus biógrafos mencionan que tuvo tratos comerciales en Sultepec con mineros como Luis Rodríguez y Tomás Ortiz, quienes mostraron una soliviantada inquietud por los acontecimientos políticos que se vivieron en la Península y el virreinato después de 1808. Ambos personajes se sumaron a las filas insurgentes luego de que el cura Miguel Hidalgo inició el levantamiento armado en el pueblo de Dolores y se presume que Ascencio también tomó las armas, instigado por alguno de ellos. Poco se sabe, sin embargo, de las acciones militares que pudo tener durante los primeros seis años de lucha en contra del gobierno virreinal, sólo se tienen referencias de que actuó al lado de jefes militares como José María López Rayón, con quien empezó a adquirir rangos militares (Miquel, 1980: 22-23; Villaseñor, 1980: 493-494).

Ascencio fue uno de los militares que franquearon con más claridad su lealtad a la insurgencia, después de la crisis que tuvo el movimiento con la prisión y muerte de José María Morelos y la disolución del Congreso de Chilpancingo. En muchos puntos del sur de las provincias de México —que entonces incluía al hoy Estado de Guerrero— y Michoacán quedaron partidas inconexas de insurgentes




Benjamín Orozco. *Pedro Ascencio,* ilustración sobre board, 2009. INEHRM.

al mando de comandantes y jefes superiores. Ascencio actuó militarmente en el territorio minero que conocía. Junto con Vicente Vargas y el cabecilla Reyes, a fines de 1816, sostuvo un ataque a las tropas del Rey que resguardaban Sultepec y Tepecualolla —quizá Tecualoya, hoy municipio de Villa Guerrero—. Su tropa se compuso de labradores de distintos lugares, muchos de los cuales sirvieron a antiguos caudillos como el padre Mariano Matamoros, el cabecilla Toledo y un coronel de apellido Martínez (AGN, 15 de febrero de 1818).

Para este momento, su actuación en la insurgencia no exhibió la misma conducta. Hacia los primeros meses de 1817, con Pablo Campos, se dedicó a sorprender convoyes y transeúntes en un paso que llamaban del Gachupín y por los caminos que comunicaban pueblos como San Francisco, San Gabriel y Cuernavaca, después emprendían la fuga hacia los montes del Mogote —al parecer, cerca de las grutas de Cacahuamilpa, entre Pilcaya y Taxco—. Incluso las noticias que llegaban a la capital del virreinato hablaban de sus ataques a comerciantes y mecánicos de las minas del Real de Taxco, a quienes trató de manera cruel y les quitó la vida a algunos de ellos (AGN, 20 de mayo de 1817).

Así, las tropas insurgentes, a la vista de los comandantes realistas, eran un conjunto de gavillas remontadas en los cerros y escondidos en barrancas, que no tenían orden, dirección, ni mando superior, que sólo se dedicaban a destruir o robar pueblos y haciendas o a asaltar los caminos. Fue este el perfil expuesto por los realistas sobre Pedro Ascencio y, en general, sobre muchos otros jefes insurgentes que siguieron combatiendo en esta y otras regiones cercanas.

La desaparición de instituciones de gobierno y la pérdida de importantes caudillos en 1814 y 1815, trajeron inestabilidad y descontrol en la insurgencia. Sin embargo, desde la fortaleza de Jaujilla y después desde Zárate, el Gobierno Provisional Mexicano —mejor conocido como Junta de Jaujilla y Junta de Zárate, por sus estadías temporales en esos pueblos de Michoacán— comenzó la tarea de organizar al ejército rebelde, no sólo reconociendo a los antiguos comandantes y sus espacios de dominio, sino ocupándose en asignar nuevas plazas a jefes insurgentes destacados. Pero lo más interesante fue que procuró normar la conducta de sus tropas, buscando articular las fuerzas insurgentes bajo su propio mando. Desde 1817, en manifiestos y comunicados expresó su deseo de sostener la lucha con un ejército leal y disciplinado, de favorecer las ideas benéficas al bien público y la tranquilidad de los pueblos, anunció también la expedición de pasaportes a todos aquellos que no quisieran estar en los territorios bajo su dominio (AGN, 24 de mayo de 1817).

De igual forma, el gobierno insurgente reconoció un territorio bajo su dominio que se extendió por las zonas de la Tierra Caliente y la costa al sur de las provincias de México y Michoacán. Sabemos que Pedro Ascencio perteneció a la primera, en cuya región la guerra se mantuvo viva. Los integrantes del Gobierno Mexicano identificaron y reconocieron a dos comandantes, al padre José Manuel Izquierdo, que atendió la jurisdicción de Sultepec, y a Vicente Vargas, que ocupó los términos divisorios de la jurisdicción de Zacualpan, Tenancingo y Toluca (AGN, 17 de enero de 1818). Se entiende, entonces, que el cabecilla Vargas, como lo llaman los biógrafos, alcanzó el grado de comandante y Ascencio estuvo bajo sus órdenes entre 1817 y 1818. Sin embargo, la relación militar entre ellos en este nuevo escenario no duró mucho tiempo. Vicente Vargas solicitó su "papel de indulto" a los oficiales realistas, el cual le fue concedido y se presentó en Toluca con toda su gente (AGN, 1818; Miquel, 1980, 387). Pedro Ascencio, por su parte, desestimó este hecho y continuó leal a la causa insurgente.

Después de realizar un ataque o percibir que la presencia realista era superior, Ascencio sabía esconderse en cerros, minas y socavones. Podía aparecer en un lugar y reaparecer en otro sin mostrar rastro de su trayecto. Esto creó la tradición pública de que se atacaba a un "brujo"—Archivo General de Indias (AGI), 20 de junio de 1820—. Quizá ayudó mucho a extender esta visión la complicidad de los pueblos inmediatos a Tlatlaya y Sultepec, espacio que comenzó a frecuentar después de su separación con Vargas, o sus desplazamientos pudieron ser confundidos con los que realizó su hermano Simón, también de apellido Ascencio, quien se adhirío a la causa insurgente y operaba en la misma región. Cuando los oficiales realistas identificaron a Simón, mencionaron que era un rebelde con personalidad peor que la de su hermano (AGN, 1 de octubre de 1818).

Ascencio decidió continuar sus operaciones militares en la jurisdicción de Sultepec para juntarse con aquellos compañeros insurgentes que seguían fieles a la causa. Por esos lugares merodeaba Pablo Campos, con quien antes asaltaba caminos. Pero se advierte que su intención fue acercarse al comandante José Manuel Izquierdo, principal autoridad militar en esa región que mantenía su fidelidad al movimiento insurgente y su lealtad al Gobierno Provisional Mexicano (AGI, 16 de febrero de 1818). Es así que la presencia de Ascencio comenzó a ser más notable entre Zacualpan y Sultepec. Los oficiales realistas que lo perseguían y acechaban informaron que sus métodos poco convencionales en la guerra lo convertían en un cabecilla difícil de atrapar. El capitán de realistas Cayetano Pérez, con una fuerza destinada a perseguirlo, ofreció a los pueblos del rumbo hasta la cantidad de 500 pesos de su caudal a quien aprendiera a dicho "faccioso" (AGN, 1 de octubre de 1818).

Las partidas realistas que buscaban capturarlo lo siguieron describiendo como un indio violento y despiadado, que con amenazas y saqueos afligía a los pueblos a donde llegaba. Para Carlos María de Bustamante (1985: 86-87), las acciones que emprendió correspondían a un "plan de operaciones y hostilidades que le producían efectos favorables". Si el Gobierno Provisional Mexicano dictó medidas severas en contra de aquellos pueblos que dieron muestras de fidelidad a los realistas, no había por qué no emprender fuertes escarmientos para sostener la causa que defendían. Con los pueblos que le fueron leales, organizó compañías militares con sus correspondientes oficiales. Dispuso que parte de su tropa se ocupara en labores del campo, habitara y alimentara en sus mismas casas, además

de que usaran vestimenta común y ordinaria para confundir al enemigo. Sólo en lances extraordinarios se habían de reunir para emprender la guerra todos juntos.

Desde el pueblo de Ixtapan —de la Sal—, el capitán realista Marcial Arechavala comunicó al teniente coronel Francisco Fernández de Avilés que destinó una partida "disfrazada" para ver, si al igual que su hermano Simón, se lograba la aprensión "del malvado Pedro Asencio" (AGN, 1 de octubre de 1818), pero nada pudo conseguir. Los pueblos, por temor o por lealtad, mantuvieron en este territorio preferentes arreglos con las fuerzas rebeldes (AGN, 11 de enero de 1819). En la Tierra Caliente —Guerrero, México y Michoacán—, desde Zirándaro hasta Zacatula, el temido comandante realista José Gabriel Armijo inició una fuerte campaña en contra de ellas para combatirlas y aniquilarlas.

Así, la Tierra Caliente captó la atención de los realistas porque a esta zona se desplazó el Gobierno Provisional Mexicano compuesto por Pedro Villaseñor, Sánchez Arreola, Mariano Ruíz de Castañeda, Joaquín Rea y José Figueroa. Se entiende que el padre Izquierdo, con sus partidas, donde quizá ya se encontraba Pedro Ascencio, tuvo la mayor intención de ofrecer apoyo y dar seguridad a aquel gobierno que, habiéndose radicado en la parte sur del río Balsas, siguió dando órdenes, "remitía pólvora" y todo lo que podía a las "reuniones" de insurgentes que siguieron activas (AGN, 6 de enero de 1818; AGN, 11 de enero de 1819). Una de las principales, acaudillada por Vicente Guerrero, fue la que comenzó a fortificarse, a principios de 1819, en el cerro de Barrabás, al sur de Zirándaro. El comandante Armijo informó al virrey que marcharía hacia ese punto y, si bien entendía la imposibilidad de asaltar ese "singular cerro por su extremada y fuerte posición", ya emprendía providencias para "quitar todo recurso y comunicación a los rebeldes fortificados en la cima" (AGN, 30 de enero de 1819; AGN, 21 de febrero de 1819a).

Pero varias gavillas insurgentes apostaron por Guayameo y Paso de Cuajarán hacia Coahuayutla para entorpecer sus maniobras. Asimismo, en la región vecina de Temascaltepec, tropas insurgentes realizaron movimientos para frustrar sus operaciones de vanguardia. Armijo tuvo noticias precisas de que Ascencio y el "apóstata Izquierdo" se infiltraron al Palmar, punto medio entre Barrabás y Temascaltepec. Informó al virrey que, dejado una competente fuerza en la falda de Barrabás al mando de José Antonio Echávarri, decidió aproximarse hacia estos puntos sediciosos con la finalidad de formar una partida que se encargase de la persecución de "ambos cabecillas" (AGN, 21 de febrero de 1819b). Días antes le

informaron que el coronel Tomás Díaz recorrió las jurisdicciones de Teloloapan y Amatepec, dirigiéndose al pueblo de Santa Ana —Zicatecoyan, Tlatlaya—, con el fin de sorprender al obstinado rebelde que estaba entre los pueblos "trastornarlos de nuevo". Aunque recibió golpes importantes, no lo aniquilaron y, ahora junto con Izquierdo, trataba de obstaculizar los operativos realistas sobre el cerro de Barrabás (AGN, 6 de febrero de 1819).

Pedro Ascencio y el padre Izquierdo, dispuestos a hacer frente a la incursión de tropas realistas, se establecieron en las faldas del cerro la Goleta —Amatepec— con partidas distribuidas en varios puntos. Un confidente informó al capitán Arechavala que contaban con una fuerza de 300 hombres compuesta de rancheros de la jurisdicción de Temascaltepec, razón por lo cual era difícil destruirlos (AGN, 7 de marzo de 1819). Se unieron a Izquierdo y a Ascencio los dirigentes José María Ayala, José Romero, Tomás Tavera, José Calderón vecino de Alahuistlán y "tres de los Ortices de Sultepec" con más de 400 hombres. Desde la Goleta y en sus usuales salidas siguieron requiriendo, por medio del convencimiento y mediante acciones punitivas, la lealtad de los pueblos a la causa insurgente. A finales de marzo de 1819, el comandante Izquierdo informaba, desde el "Campo de la Libertad Mexicana en la Goleta", que tenía a su favor a todos los pueblos de "Sultepec para abajo" y que los "gachupines" estaban apurados por todo lo que lograron (AGN, 30 de marzo de 1819).

Mientras esto aconteció en la jurisdicción de Temascaltepec, los sitiados del cerro de Barrabás, aunque estrechados por las tropas realistas, se mantuvieron orgullosos en la cima sin la presentación de ningún rebelde ni menos de las numerosas familias que allí se abrigaban. Vicente Guerrero, con la fuerza que lo auxiliaba, llegó a introducir víveres para continuar la resistencia. Se mantuvieron dispuestos y empecinados en el atrincheramiento todo abril de 1819. Pero en los inicios de mayo muchos comenzaron a salir de la fortificación, acosados por el hambre (AGN, 9 de abril de 1819; AGN, 3 de mayo de 1819). De esta forma, Guerrero se marchó rumbo a la costa, luego varió este destino y se dirigió a las planicies de Apatzingán, y poco después se estableció en —San Miguel— Canario, donde puso un cuartel. En este lugar recibió una carta de Izquierdo solicitándole ayuda para hacer frente al enemigo gachupín que lo asediaba con un considerable número de tropa (AGN, 30 de julio de 1819).

El padre Izquierdo mantuvo el cerro de la Goleta como lugar de operaciones militares. Vicente Guerrero llegó hasta ahí en agosto y también lo hicieron otras gavillas que venían de Tierra Caliente, por los ataques que les hizo el coronel Matías Martín y Aguirre. Pronto celebraron reuniones para conocer la capacidad de su fuerza, acordar estrategias militares y enfrentar al enemigo. Entre los jefes con mando se encontraban Pedro Ascencio y los demás personajes mencionados. A partir de ese momento se dio el primer encuentro militar entre Ascencio y Guerrero, reconocido este último como comandante principal de la insurgencia. Todos reunidos prepararon la defensa del lugar y ordenaron asaltos a las fuerzas realistas cercanas (AGN, 9 de septiembre de 1819).

Cuando se corrió la noticia de que los realistas Matías Martín y Aguirre, Alexandro de Arana y José Gabriel Armijo se preparaban para atacarlos y sitiarlos en la Goleta, los comandantes insurgentes buscaron el modo de defenderse y comenzaron a opinar sobre las acciones militares que emprenderían. Vicente Guerrero estimó que se debía atacar a Armijo, pero su idea no obtuvo respaldo. Resolvieron entonces que Ascencio realizara acciones expedicionarias y consiguiera víveres, así lo hizo y marchó sobre Almoloyita en dirección a Zacualpan, donde se topó con una partida realista de 70 hombres, a quienes logró derrotar. Al iniciar su retorno a la Goleta, atacó y saqueó el pueblo de Posontepec —Sultepec— por ser "fidelísimo" al rey. Ya en la Goleta, volvieron a reunirse las fuerzas insurgentes bajo la orden de Guerrero. Dos estrategias volvieron a discutirse: atacar a Armijo o lanzarse sobre Zacualpan, la población más cercana y rica del rumbo. Decidieron por esta última, mientras que, de manera simultánea, Pedro Ascencio emprendía su marcha a Sultepec para asaltarlo (AGN, 8 de noviembre de 1819).

Vicente Guerrero y el padre Izquierdo encabezaron la campaña en Zacualpan, pero resultó un fracaso. Izquierdo regresó encolerizado a la Goleta e informó que no se había tomado la plaza "a causa de que la división de Guerrero sólo se había dedicado a robar" y este acto era ya inadmisible, pues todos sabían del "bando de pena de muerte el que lo ejecutase" (AGN, 24 de septiembre de 1824; AGN, 8 de noviembre de 1819). En su misión a Sultepec, Pedro Ascencio tampoco alcanzó mejores resultados y pronto todos los insurgentes de la Goleta tuvieron que abandonar el lugar ante el acecho cercano de las tropas realistas (AGN, 9 de noviembre de 1819). Por algún tiempo no se supo nada de los dispersos. El oficial realista Alejandro de Arana, desde la falda de aquel cerro, informó de la desaparición de

Izquierdo, Ascencio y compañeros, no quedando, según noticias de vecinos y tropas expedicionarias, "ni siquiera una gavilla de tres hombres" (AGN, 30 de noviembre de 1819). Ascencio se escabulló entre los montes y los lugares recónditos que conocía. Sin embargo, a inicios de 1820 volvió a ser localizado en un sitio llamado Piedra Colorada —Luvianos—.

Desde el campo la Goleta, los oficiales realistas comenzaron a enviar "secciones competentes" para perseguirlo y abatirlo. Tenía poco del indulto del insurgente José María Ayala y pensaron que podía ser útil para dar con su paradero. Se organizó una expedición al mando de Antonio Juano, capitán de la Compañía de Cazadores Fernando VII, con 60 efectivos y un cuerpo de 25 dragones del rey. Se dirigieron al cerro de la Parota —Tlatlaya—, inmediato al pueblo de Santa Ana. Allí el guía Ayala aconsejó a Juano emboscar al indio, pero rechazaron su propuesta. Cuando se avistó al enemigo sobre una loma, Juano destacó una guerrilla en su persecución a las órdenes de Juan Fernández, hasta llegar a un río al pie del cerro Mél —cerca de La Parota—. Allí iniciaron los primeros tiroteos, pero Ascencio con sus soldados se movió hasta la cúspide del cerro. Juano ordenó a Fernández el ascenso de sus tropas. Al llegar a unos pasos de la cúspide abrieron fuego contra los soldados de Ascencio, sin recibir respuesta. De pronto, éste apareció montado en un caballo gritando: "Gachupines traen ustedes el corazón muy engañado", pero sólo recibió como respuesta insultos y malas palabras. Les volvió a decir: "Vean cómo me hablan que luego querrán meterse debajo de mis banderas". Al poco tiempo se oyó un sólo tiro como señal y los realistas vieron venir sobre ellos gran cantidad de piedras, "una multitud de chusma con palos, con piedras y armados" hasta que el corneta tocó retirada. Allí pereció "casi toda la fuerza [de Fernández] a manos de los indios infatigables" (AGN, 24 de enero de 1820).

Esta detallada narración muestra el modo en que Ascencio actuaba en la mayoría de sus acciones militares. Los reportes realistas no sólo hablaban de su capacidad de movilización, también de que mucha gente le seguía brindando apoyo (AGN, 15 de febrero de 1820), por lo que comenzaba a notarse como líder insurgente de gran influjo. Existe la controversia histórica de si la lealtad de estos pueblos era por los procedimientos coercitivos que se implementaron con el gobierno insurgente desde 1817, o si en realidad estos pueblos adquirieron cierta conciencia política sobre los motivos de la lucha. Lo cierto era que Ascencio siguió contando con ellos y utilizando sus mismos métodos de guerra.

Es comprobable que, en el campo de batalla, Ascencio realizaba las mismas maniobras militares, como sucedió en el cerro Mél con las tropas de Juano. El comandante realista Ráfols vivió en persona una experiencia similar cuando se topó con las tropas de Ascencio cerca de San Mateo —Tlatlaya—. Fue llevado con algazara y los disparos de diez insurgentes hasta la cumbre de un cerro. Allí, frente a otro gran cerro que los separaba de una profundísima barranca, observó gente de Ascencio en emboscada. Con su anteojo de militar pudo darse cuenta que hizo desfilar a sus soldados y los formó en batalla en el labio de la barranca. Contaba con 250 indios armados, 200 en garrotes y hondas, y 50 caballos. Pese a que Ráfols los tuvo a una distancia no muy lejana, le fue imposible vencer el obstáculo de la barranca y, aunque en la noche emprendió movimientos por angostas veredas y peñascos con el objeto de "franquear la posición de la chusma", no pudo enfrentarla porque, al día siguiente, Ascencio abandonó su posición (AGN, 24 de febrero de 1820). Esta vez no existió acción de armas, pero fue perceptible el modo de atraer al enemigo hacia puntos inaccesibles para enfrentarlos o desaparecer.

Para estos momentos de la guerra, Pedro Ascencio, junto con el rebelde Campos, llegó a juntar hasta 300 hombres armados, de los cuales 50 eran de "razón" y el resto "indiada" de diferentes pueblos. Desde luego estas tropas no siempre condescendieron y se unieron en sus mismos principios y voluntades. Algunas veces Ascencio tuvo que sobrellevar las dificultades surgidas entre ellos. Por ejemplo, se reportó que, después de alcanzar la victoria sobre las tropas del capitán Juano y de haber hecho varios prisioneros, los de razón estaban disgustados por el trato y destino que se les iba a dar; por el contrario, los indios estaban entusiasmados y conspiraron "contra Asencio porque dilataba en fusilar a los prisioneros" del capitán (AGN, 20 de febrero de 1820). Si bien estas cuestiones ponían en riesgo la unidad y el sostenimiento de la causa, el problema más complejo que llegó a tener fue, sin duda, que sus soldados comenzaron a interesarse en los ofrecimientos de indulto que siguió publicando el gobierno virreinal. Se presentaron al indulto sus capitanes, "muy conocidos en esta demarcación por ser rebeldes antiguos", José y Matías Vences, con su suegro y un mozo (AGN, 20 de febrero de 1820).

Esta tendencia se acrecentó después de volverse a poner en vigor, en Nueva España, la Constitución Española de Cádiz a fines de mayo de 1820. La orden del virrey fue incentivar las negociaciones ofreciendo amnistía y promover una campaña persuasiva para convencer a la gente de los beneficios políticos que ofrecía el "sabio Código" (AGI, 2 de octubre de 1820). En distintos momentos

envió emisarios y cartas a la mayoría de jefes insurgentes que se encontraban en la jurisdicción de Sultepec y también a Guerrero, quien se trasladó a las montañas de Xaliaca —cercanas a Jaleaca de Catalán—. El comandante Ráfols comunicó al virrey que el padre Izquierdo mostró interés sobre el código español y no tenía embarazo en indultarse. Expuso que de este clérigo se podía sacar "algún partido" por ser "hombre bien relajado". En cambio, con "los ignorantes Asencio y Campos" era empresa difícil "porque no tenían conocimiento de Dios, de Religión, [ni] de Gobierno", hacerlos entender sobre las bondades de la Constitución no resultó tarea sencilla porque, a su consideración, eran "más idiotas estos indios que antes de la conquista de este Reino" (AGI, 12 de agosto de 1820b).

Pedro Ascencio, en efecto, siguió leal a la causa insurgente. Aunque nunca renunció a sus métodos militares, que eran más parecidos a los de un "bandolero", mostró un comportamiento personal que probaba su fidelidad a la causa y a los objetivos políticos que perseguía la insurgencia. El pensamiento de Ascencio y sus acciones tenían directrices sencillas. Una carta escrita por uno de sus cabecillas subalternos, dirigida al gobernador de Alahuistlán —Teloloapan—, daba información de las razones que tuvo este "Sr. General" sobre la lucha. En ella, comunicaba a los "hijos" de su pueblo que Pedro Ascencio entraría en su interior a "matar a todos, a los hombres y las mujeres" si no se presentaban con él "para ganar nuestra Patria de la América" (AGI, 12 de agosto de 1820 a), es decir, nadie podía negarse a ayudarle a recobrar la patria que se encontraba en manos del enemigo español que la usurpó.

Como podemos apreciar, para el comandante Ráfols era su baja instrucción y nulos modos sensatos lo que hacían que mantuviera su obstinación de evitar una negociación. Sin embargo, hizo saber al virrey de otras rutas de transacción para convencerlo de aceptar la gracia del indulto. Había que fijarse "tal vez [en] la "codicia" que acaso tenía. Si era atendida esta particularidad seguramente no había de resistir el ofrecimiento de "alguna cantidad que le satisficiese". Convencida la autoridad virreinal de que esto fuera posible, ofreció al indio Pedro Ascencio, y también al cabecilla Pablo Campos, la cantidad de 600 a mil pesos, algunas tierras realengas y "otras ventajas de esta clase o de las de militares urbanos" (AGI, 21 de agosto de 1820). Mas el ofrecimiento no tocó ninguna fibra sensible de Alquisiras y nada lograron. En cambio, Pablo Campos y el padre Izquierdo se mostraron más interesados (AGI, 12 de agosto de 1820c).

Para entonces corría la noticia de la llegada y permanencia de Vicente Guerrero en el cerro de Teotepec —Atoyac de Álvarez y General Heliodoro Castillo— y que desde allí se estaba poniendo de acuerdo con Ascencio, quien se acercó al punto de Alahuistlán. Como lo anunció el comandante Armijo, desde entonces, ambos cabecillas comenzaron a obrar en "concierto" para continuar sus proyectos de guerra. Ello no sólo radicaba en ponerse de acuerdo en operaciones militares, sino que ambos decidieron rechazar los indultos. Así, Guerrero instruyó a Alquisiras, ahora con grado de brigadier, emprender acciones punitivas contra aquellos insurgentes interesados en indultarse. En particular le ordenó aprisionar a Pablo Campos que mostró esta conducta. Al poco tiempo se supo que Ascencio no sólo cumplió con esta orden, sino que Campos, al caer en sus manos, fue en breve tiempo ejecutado (AGI, 10 de septiembre de 1820; AGI, 1820). Después descubrieron que el padre Izquierdo estaba cerca de pactar un acuerdo con el gobierno, por lo que lo encarcelaron, pero logró escapar y al poco tiempo firmó su indulto (AGI, 28 de noviembre de 1820).

Para los comandantes realistas ya no había duda de que Pedro Ascencio y Vicente Guerrero, desde septiembre de 1820, trabajaban juntos, sin que ninguno diera muestras de querer abandonar la lucha. El modo de operar de ambos no variaba mucho. Bajaban de sus trincheras para sustraer los sembrados de los pueblos o con el "único objeto de llamar la atención", luego se replegaban a "sus madrigueras" sin que se lograra hacer algún enfrentamiento con ellos. Informaron que Ascencio ultrajó los campos en el punto de Alahuistlán y se retiró sin que la tropa pudiera hacer algo al estar ocupada en el cuidado de un convoy a Tierra Caliente (AGI, 22 de octubre de 1820). Ésta era la forma en que actuaban, estaba claro el interés estratégico y político para recuperarse de la reinstauración del orden constitucional.

Persuadir a los pueblos para tener su apoyo fue un mecanismo que mantenían para sostener la causa, pero la intimidación, el castigo y el robo eran advertencias de que no podían dejar de colaborar ni fallar en su lealtad a la bandera de la libertad y la independencia. La campaña provisoria y correccional sobre algunas poblaciones llegó a tal grado que pueblos como Pungarabato y Tlapehuala fueron castigados e impedidos de instaurar ayuntamientos constitucionales, porque eso significaba aceptar al gobierno monárquico y a su constitución (AGN, 27 de noviembre de 1820; AGN, 16 de diciembre de 1820). El subdelegado de Huetamo, Juan

José Bernal, comunicó que Guerrero se presentó con una gavilla de 700 hombres en sus operaciones y, de acuerdo con algunos testimonios, en esta reunión se encontraba Ascencio que, viniendo del pueblo de Poliutla hacia Tecomatlán, se juntó con Guerrero en el cerro de Tinoco y luego se dirigieron a castigar a aquellas poblaciones (AGI, 14 de noviembre de 1820; AGI, 14 de diciembre de 1820).

El virrey Juan Ruiz de Apodaca exigió al comandante Armijo mejores resultados en la aniquilación de estos obstinados rebeldes. Si bien Armijo recomendó a Apodaca ser cauto con ellos, porque se movían en espacios peligrosos y de difícil acceso, no pudo evitar enfurecer al virrey, quien lo reprendió con severidad por su presunta inactividad (Salcedo, 1978: 158). Frente a la que consideró arrogancia y ansiedad del virrey, Armijo decidió dimitir de su cargo y, en consecuencia, Apodaca nombró para ocupar el puesto al coronel realista Agustín de Iturbide, el 9 de noviembre de 1820.

El nuevo comandante se estableció en Teloloapan, su presencia inquietó a los jefes rebeldes que sabían de su prestigio. Pese a que Ascencio había logrado juntarse con Guerrero para emprender acciones de guerra en la Tierra Caliente, fue perceptible que cada quien recibió a Iturbide, en sus resguardos que dominaban, evitando un enfrentamiento con grandes concentraciones de soldados. Pedro Ascencio se quedó en Temascaltepec, mientras que Guerrero regresó a la sierra de Xaliaca para estar en contacto con los jefes rebeldes de la costa Juan Álvarez e Isidoro Montes de Oca. Iturbide percibió la resistencia insurgente de diciembre de 1820 a enero de 1821 sus tropas sufrieron cinco ataques terribles. Personalmente, Alquisiras se desplegó con sus tropas desde el cerro de San Vicente para atacar, a retaguardia, a las tropas de Iturbide que iba a San Martín de los Luvianos a tener una entrevista con Ráfols. El punto de acción fue una vereda dominada por un cerro boscoso y al borde una barranca profunda que complicó el combate a los realistas, con resultados nada gratos (Bustamante, 1985: 98-99).

El 25 de enero de 1821, una partida de Ascencio volvió a atacar una sección al mando de Miguel Torres en las inmediaciones de San Pablo —Sultepec—, camino de Totomoloya. Vicente Guerrero también tuvo enfrentamientos en los caminos y alrededores de Xaliaca con las tropas del teniente coronel Francisco Berdejo y las del coronel Carlos Moya. En todos los encuentros, las tropas realistas sufrieron descalabros que elevaron la cólera de Iturbide. En razón de esta resistencia insurgente, dice Bustamante, el comandante realista "procuró multiplicar

sus diligencias para hacer entrar en sus ideas a Guerrero y Asencio, caudillos principales" (Bustamante, 1985: 99).

Iturbide tuvo que iniciar una nueva estrategia para enfrentar la guerra. Echó mano de su bolso personal, donde traía guardados asuntos no exclusivos de orden militar, los cuales deseó dar a conocer a los jefes insurgentes para poner fin a la guerra. Antes de pisar territorio sureño, se enroló en una serie de maniobras políticas con diputados, que iban a viajar a España para asistir a las cortes, y con algunos personajes notables de Ciudad de México, con quienes intimó acuerdos para modificar el orden constitucional establecido y, de ser posible, el modo de gobernar de este territorio, sin depender de España. A sabiendas de que Vicente Guerrero se distinguía como el principal dirigente del Ejército Insurgente, le envió varias cartas para hacerle saber de sus intenciones, le informó del viaje de los representantes al Congreso de la Península para manifestar los intereses a conveniencia de los americanos, le aseguró que "todos los hijos del país", sin distinción alguna, entrarían "al goce de ciudadanos", además de conseguir el arribo de Fernando VII a México para convertirse en soberano, y si no él, su augusto hermano Carlos o Francisco de Paula (Bustamante, 1985: 100).

Si bien Guerrero contestó que no se hiciera ilusiones con los diputados porque no conseguirían ningún resultado, también lo invitó a separarse del orden constitucional de España diciéndole que no tenía inconveniente de entregarle el bastón de mando con que la nación mexicana lo condecoró, siempre y cuando él se pasase al lado de los que querían defender los verdaderos derechos de su patria, y nadie había de convencerlo nunca de abrazar "el partido del Rey, sea el que fuere" (Bustamante, 1985: 104). Aunque fue visible la incomodidad y arrebato de Iturbide ante las contestaciones de Guerrero, el comandante no dejó de insistir para buscar un arreglo. El 4 de febrero le escribió para decirle que en breve deseaba darle un abrazo como amigo y que no era posible explicarle en carta todas sus ideas, pero le aseguraba que, dirigiéndose ambos a un mismo fin, únicamente restaba "acordar un plan bien sistemado" (*sic*) (Bustamante, 1985: 105).

Pronto Guerrero se dio cuenta de que, en Iguala, Iturbide acordó y proclamó un plan donde quedaron establecidos los siguientes principios para ser defendidos por su ejército: la religión católica como única y la independencia absoluta, pero con un gobierno monárquico. Guerrero siguió refrendando su postura política, pero no tardó en convencerse de la trascendencia del plan. Convino finalmente

verse con Iturbide en Teloloapan y, en este pueblo, el 14 de marzo de 1821 se iniciaron preparativos y celebraciones para un encuentro. Vicente Guerrero accedió al juramento del Plan de Iguala y a ser parte del Ejército Trigarante defensor de la independencia, la religión y la unión de todos los mexicanos. Al día siguiente, ambos comandantes se trasladaron al pueblo de Acatempan, donde se hallaba el resto de tropas insurgentes (AGN, marzo de 1821).

En este sitio lo estaba esperando Pedro Ascencio. Estaba claro que la amistad y la lealtad con el comandante Guerrero seguían firmes. Si se quedaba en Acatempan era porque aún se desconfiaba mucho de Iturbide. Sin embargo, de un total de mil 800 hombres, solamente 800 recibieron al autor del Plan de Iguala, el resto de las tropas siguieron escondidas en las márgenes y los lugares cercanos, por cualquier eventualidad frente a las tropas que hasta hace poco eran enemigas. Los soldados, formados en un amplio espacio del pueblo, recibieron a Iturbide con salvas (AGN, marzo de 1821). Guerrero hizo saber a Ascencio y a todos los demás jefes y soldados presentes, que él personalmente había jurado el Plan de Iguala y que reconocía a Iturbide como el primer jefe del Ejército Trigarante (Bustamante, 1985: 148).

Guerrero tuvo como misión militar trasladarse a la costa, dirigirse a Acapulco y apoderarse de lo que conducían los comerciantes de Manila —en la famosa "Nao de China"—. Con ello buscó contar con recursos para sostener el movimiento y estorbar los auxilios de México que aquella plaza recibiese, cubriendo el camino Real (Alamán, 1942: 131). Ascencio fue destinado a permanecer en su zona de dominio. Desde entonces quedó claro para él que el encuentro de Acatempan había sido un protocolo de unión entre los dos jefes, pero también que Guerrero dejaba a Iturbide el "bastón de mando" y, ahora, a éste había de hacer partícipe de lo que haría en adelante (AHDN, 29 de marzo de 1821). Entre sus deseos estaba regresar a la demarcación de su mando porque los pueblos querían reunirse con él, aclamándolo por su único jefe, ahora con la bandera trigarante. Quizá le hayan refrendado su grado de brigadier y se le asignó como secretario a Ignacio Campos (AHDN, 26 de marzo de 1821).

Ascencio no solo recibió instrucción de llevar con recaudo los objetivos esenciales del movimiento, sino que, conforme a la ritualidad necesaria, debía celebrar juntas en los ayuntamientos de los pueblos importantes con el fin de jurar la Independencia, la Religión y la Unión. Como soldado de un ejército nacional

fue conminado a mantener un comportamiento diferente y a procurar una política de "urbanidad y comedimiento" para el buen éxito de los acuerdos (AHDN, 19 de mayo de 1821). Si bien persiguió y detuvo a los desafectos llamándolos "enemigos del orden" (AHDN, 9 de mayo de 1821), se esforzó por atender las recomendaciones que venían de Iturbide, su jefe superior.

Cuando Ascencio, junto con el padre Izquierdo —que solicitó su ingreso al Ejército Trigarante—, se acercó a Taxco, población rica en recursos y minerales, fue recibido sin resistencia por parte de las autoridades locales y el vecindario. El oficial realista Tomás Cagigal, quien se encontraba al cuidado del centro minero, se retiró sin oponerse e informó a sus superiores que la presencia de los cabecillas produjo tal algarada y "demostraciones de júbilo" entre los taxqueños como no se vio en ninguna función del "gobierno legítimo" ni en la "solemnidad de los santos" (AGN, 3 de mayo de 1821).

Alquisiras informó a Iturbide que no había querido visitar este pueblo para no dar lugar a temores, porque si de él los tenían muy grandes mayores eran los de los taxqueños "por su obcecación sin gratitud" (AHDN, 28 de abril de 1821). Sin embargo, también le informó que todos en ese lugar ahora estaban decididos por la independencia; asimismo, le dijo que el 7 de mayo de 1821 celebró una junta para dar el juramento y que nada tenían que decir los taxqueños porque "todos fueron bien tratados, ni personas ni propiedades fueron en manera alguna molestados" (AHDN, 7 de mayo de 1821).

Ascencio anunció que su tropa pasaba de 800 plazas, pero que sus soldados se encontraban muertos de hambre, desnudos y llenos de miseria por guardar el decoro y el respeto que le ordenaron. En el fondo no se sintió cómodo con esta clase de ordenamientos que le impedían actuar con libertad en contra de las tropas enemigas. Sugirió a Iturbide que estaba resuelto a "romper la guerra con todo servil" que se le presentara en masa y echarse sobre "todos los bienes de los delincuentes desafectos a nuestro sagrado sistema". Le mencionó que la conducta de su ejército era buena, así como el sistema adoptado, pero que esto era para otro género de gobierno, porque había de darse cuenta que el Conde de Venadito —el virrey Apodaca— no guardaba "ni el derecho de guerra, ni el de gentes, ni el moral". Ante tal situación, solicitó a Iturbide le permitiera atacar y usar los "bienes del delincuente" o, de lo contrario, le remitiera cada mes el numerario necesario para sostener a su tropa (AHDN, 28 de abril de 1821).

Iturbide le ordenó mantenerse en la senda de la cordialidad porque estaba convencido que de esta manera se podía ganar la voluntad de todos, en especial de aquellos que, siendo testigos de los horrores antiguos, no se decidieron "a trabajar por la patria" (AHDN, 19 de mayo de 1821). Desde luego, la respuesta fue admitida y asumida por Ascencio. En otros lugares, como sucedió en Taxco, actuó sin separarse de las previsiones dictadas y fue ajustándose, aunque no sin dificultades, a un escenario militar distinto al que acostumbraba. Acaso también, en esta su nueva etapa como soldado Trigarante, no fueron de su agrado las pocas atenciones que recibió de Iturbide, su jefe máximo. En una carta expresó que si bien le comunicaba del buen resultado de su campaña, esperando saber de la suya, todo lo ignoraba, y esta escasa atención había sido "motivo de sentimiento" pues estaba interesado en saber de los avances del Ejército Trigarante "en el bien de la patria" (AHDN, 24 de mayo de 1821).

Pese a todo, Ascencio continuó su campaña con relativo éxito en la zona minera de Taxco, Zacualpan y Sultepec, hasta la línea divisoria de la provincia de Valladolid. Actuaba en coordinación militar con el padre Izquierdo para seguir combatiendo "a los enemigos del orden". El 9 de mayo de 1821 informó a Izquierdo hallarse en Malinaltenango y que tenía a las tropas enemigas en Ixtapan —de la Sal— con aparatos y armamento para atacarlo, por tanto le pedía que a la brevedad, le prestara socorro para alcanzar el triunfo (AHDN, 9 de mayo de 1821).

Días antes recibió el comunicado de que una sección importante de tropas del Venadito avanzaban sobre la fortaleza de Santiago —cerro de Barrabás—, por lo que estaría en alerta constante por si eso ocurría. Sin embargo, poco después recibió la noticia de que aquella sección de 900 hombres llevaba la ruta de Acapulco. Iban en auxilio del jefe realista que estaba a cargo del Castillo del Puerto, acechado y sitiado por fuerzas trigarantes de Guerrero. Ascencio sugirió a Iturbide socorrer y proteger a los sitiadores por la retaguardia, que esto ya lo consultaba con el padre Izquierdo y demás compañeros para conocer su modo de pensar. Iturbide contestó que con la actividad y la bizarría de su valiente tropa llenarían sus deseos de que ninguno de los auxiliadores enemigos que marchaban a Acapulco pudiera pasar el río Balsas (AHDN, 7 de mayo de 1821; 8 de mayo de 1821; 19 de mayo de 1821).

A la cabeza de la tropa realista que marchaba al puerto iba José Joaquín Márquez Donallo. Aunque Ascencio tuvo intención de cerrar el paso, como lo

comunicó a Iturbide, nada pudo hacer porque el oficial realista se desplazó por territorio sureño a "marchas dobles" y sin detenerse entró a Acapulco el 16 de mayo (AHDN, 18 de mayo de 1821; Alamán, 1942: 131). Guerrero, los demás compañeros de la costa y los que estaban apostados no muy lejos del Camino Real tampoco hallaron el modo de bloquearlo, dejando el paso libre a Márquez, quien fue recibido con entusiasmo por la población, seguidora del realismo.

Pronto había de correr la noticia de que el virrey, ante las emergencias de peligro que vivía, ordenó inmediatamente el regreso de Márquez a la capital. Los jefes trigarantes se organizaron e iniciaron operaciones para impedirlo. A Ascencio se le encomendó adelantar sus tropas hasta los frentes de Mezcala y Apastla con el fin de apoyar los movimientos de Guerrero, que se dirigía a Tlapa desde la costa. Aprovechando la lejanía en que se encontraba todavía Márquez, y sabiendo que en el distrito de Cuernavaca quedaban escasas fuerzas enemigas, Ascencio marchó contra el pueblo de Tetecala para abrirse paso hasta Mezcala. Allí se hallaba una fuerza realista al mando del comandante Dionisio Boneta quien, con ayuda de un compañero de nombre Húber, pudo juntar fuerzas para hacerle frente (Alamán, 1942: 131-132).

Pedro Ascencio, unido con José Pérez Palacios, se presentó delante de Tetecala el 2 de junio e intimó la rendición de Boneta. Nada pudo conseguir. Al tener noticia de que Húber se desprendió desde la hacienda de San Gabriel para atacarlo, salió a su encuentro con una porción de caballería e infantería. Encontró al enemigo en el paraje llamado las Milpillas, donde se batieron decididamente. Cuando Húber ordenó cargar "a la arma blanca", Ascencio fue alcanzado de un machetazo que le propinó Francisco Aguirre, dependiente de la hacienda San Gabriel, y fue muerto. El ánimo de la gente de Ascencio se derrumbó y la mayoría se dio a la fuga. Húber envío a José Gabriel Armijo, que se encontraba en Cuernavaca, la cabeza del jefe trigarante, la cual fue expuesta en un paraje público (Alamán, 1942: 132-133). Así murió nuestro héroe, el 3 de junio de 1821, cuatro meses antes de la entrada triunfal del Ejército Trigarante a Ciudad de México.

Es por ello que, en 2021, año de conmemoraciones nacionales, pudimos recordar a Pedro Ascencio Alquisiras, en el bicentenario de su fallecimiento.

## FUENTES CONSULTADAS

### ARCHIVOS

### ARCHIVO GENERAL DE INDIAS (AGI)

(14 de diciembre de 1820). "Carta del coronel José Gabriel Armijo, Cualotitlán", exp. 2988, f. 5.

(28 de noviembre de 1820). "Juan Nepomuceno Ráfols al Virrey de Nueva España Conde del Venadito, Texupilco", legajo 1678, México.

(14 de noviembre de 1820). "Carta de Francisco Cortazar, Ajuchitlán", exp. 2988, f. 6.

(22 de octubre de 1820). "José Gabriel Armijo al Virrey Conde de Venadito, Teloloapan", exp. 2988, ff. 54-55.

(2 de octubre de 1820). "El coronel José Gabriel Armijo, comandante del rumbo de Acapulco, a los habitantes de la Tierra Caliente, Teloloapan" y "El Coronel José Gabriel Armijo, Comandante del rumbo de Acapulco, a los habitantes de la Costa del Sur, Teloloapan", legajo 1502, México.

(10 de septiembre de 1820). "Vicente Guerrero a José Armijo", legajo 1502, México.

(21 de agosto de 1820). "El Virrey a Juan Nepomuceno Ráfols", legajo 1503, México.

(12 de agosto de 1820). "Basilio Antonio al señor gobernador Francisco Antonio y Lucas Francisco, Tejupilco", legajo 1503, México.

(12 de agosto de 1820). "Juan Nepomuceno Ráfols al Virrey Conde de Venadito, Tejupilco", legajo 1503, México.

(12 de agosto de 1820). "Ráfols al virrey Conde de Venadito, Tejupilco", legajo 1503, México.

(20 de junio de 1820). "El Conde de Venadito al Excelentísimo señor Secretario de Estado y del Despacho Universal de la Guerra", legajo 1679, México.

(1820). "Juan Nepomuceno al señor Conde de Venadito, División de Temascaltepec", legajo 1502, México.

(16 de febrero de 1818). "Villaseñor y Pedro Bermeo (secretario) al comandante general Br. Matías Zavala, Palacio de Gobierno, Zarate", en *Turbulencias. Causa al reo Matías Zavala*, legajo 1675, México.

## ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN (AGN)

(24 de septiembre de 1824). "Relato de Armijo al Virrey sobre el reconocimiento en la Trinchera de S. Gaspar a operar sobre los rebeldes situados en el cerro de la Goleta", en *Operaciones de Guerra*, vol. 82, ff. 100-104.

(3 de mayo de 1821). "Tomás Cajigal al coronel comandante General José Gabriel Armijo, Hacienda de San Gabriel", en *Operaciones de Guerra*, vol. 89.

(marzo de 1821). "Carta de Tomás Cajigal al Comandante General del Sur José Gabriel de Armijo, Taxco", en *Operaciones de Guerra*, vol. 89, f. 345.

(16 de diciembre de 1820). "Manuel Merino al subdelegado de Huetamo Juan José Bernal", en *Ayuntamientos*, vol. 183, exp. 3.

(27 de noviembre de 1820). "Juan José Bernal al Intendente Corregidor de Valladolid Manuel Merino, Huetamo", en *Ayuntamientos*, vol. 183, exp. 3.

(24 de febrero de 1820). "Juan N. Ráfols al Conde de Venadito, Virrey de esta Nueva España, Campo de Acatempa", en *Operaciones de Guerra*, vol. 814, ff. 183-184.

(20 de febrero de 1820). "Juan N. Ráfols al Conde del Venadito, virrey de esta Nueva España, Acatempan", en *Operaciones de Guerra*, vol. 814, f. 117.

(15 de febrero de 1820). "Juan N. Ráfols al Conde de Venadito, Virrey de esta Nueva España, Campo de Acatempa", en *Operaciones de Guerra*, vol. 814, ff. 107-110.

(24 de enero de 1820). "Sumaria información en averiguación de las causas que originaron la derrota de la partida de tropa en persecución de los rebeldes Asencio y Campos, Teloloapan", en *Operaciones de Guerra*, vol. 814, ff. 137-159.

(30 de noviembre de 1819). "Alexandro de Arana al Sr. Comandante General José Gabriel Armijo, Campo de Santa Rita de la Goleta", en *Operaciones de Guerra*, vol. 82, f. 417.

(9 de noviembre de 1819). "José Gabriel Armijo al virrey Conde de Venadito, Tejupilco", en *Operaciones de Guerra*, vol. 82, ff. 227-229.

(8 de noviembre de 1819). "Sitio de La Goleta", en *Operaciones de Guerra*, vol. 82, ff. 232-254.

(9 de septiembre de 1819). "Información del teniente coronel Alexandro de Arana desde Tejupilco enviada a José Gabriel Armijo", en *Operaciones de Guerra*, ff. 41-43.

(30 de julio de 1819). "Vicente Guerrero a Juan Arango, Cuartel General de la Provincia de México en Canario", en *Operaciones de Guerra*, vol. 911.

(3 de mayo de 1819). "José Gabriel Armijo al virrey Conde de Venadito, Huetamo", en *Operaciones de Guerra*, vol. 86, ff. 389-390.

(9 de abril de 1819). "José Gabriel Armijo al virrey Conde de Venadito, Huetamo", en *Operaciones de Guerra*, vol. 86, ff. 257-259.

(30 de marzo de 1819). "José Manuel Izquierdo a Lorenzo Jaimez, Campo de la Libertad Mexicana en la Goleta", en *Operaciones de Guerra*, vol. 86, f. 342.

(7 de marzo de 1819). "José Gabriel Armijo al virrey Conde de Venadito, Cutzamala", en *Operaciones de Guerra*, vol. 86, ff. 196-199.

(21 de febrero de 1819). "José Gabriel Armijo al virrey Juan Ruiz de Apodaca, Cutzamala", en *Operaciones de Guerra*, vol. 86, ff. 92-95.

(21 de febrero de 1819). "José Gabriel Armijo al virrey Juan Ruiz de Apodaca, Cutzamala", en *Operaciones de Guerra*, vol. 86, ff. 149-150.

(6 de febrero de 1819). "José Gabriel Armijo al virrey Juan Ruiz de Apodaca, Coyuca", en *Operaciones de Guerra*, vol. 86, ff. 28-29.

(30 de enero de 1819). "El virrey Juan Ruiz de Apodaca a Armijo", en *Operaciones de Guerra*, vol. 86, f. 17.

(11 de enero de 1819). "José Gabriel Armijo al Virrey Juan Ruiz de Apodaca, Cutzamala", en *Operaciones de Guerra*, vol. 86, ff. 92-95.

(1 de octubre de 1818). "Francisco de Avilés al virrey Juan Ruiz de Apodaca, Iguala", en *Operaciones de Guerra*, vol. 80, f. 151.

(15 de febrero de 1818). "Declaraciones hechas de Miguel Carrillo, José Dionisio, Gregorio Velasco, Pedro Hernández y José Clemente al comandante de plaza Francisco Fernández Avilés, presentados a gozar la Real gracia del indulto. Real de Minas de Taxco", en *Operaciones de Guerra*, vol. 81, f. 431.

(17 de enero de 1818). "José Gabriel Armijo al virrey Juan Ruiz de Apodaca, Teloloapan", en *Operaciones de Guerra*, vol. 81, ff. 74-75.

(6 de enero de 1818). "José Gabriel Armijo al virrey Juan Ruiz de Apodaca, Coyuca", en *Operaciones de Guerra*, vol. 86, ff. 82-83.

(1818). *Operaciones de Guerra*, vol. 81, ff. 113-114.

(24 de mayo de 1817). "Manifiesto que hace el Gobierno Provisional Mexicano en la Provincia del Poniente, Palacio del Gobierno Provisional en la Fortaleza de Jaujilla", en *Operaciones de Guerra*, vol. 81.

(20 de mayo 1817). "Tomás Cajigal a José Gabriel Armijo", en *Operaciones de Guerra*, vol. 87, ff. 245-246.

ARCHIVO HISTÓRICO DE LA DEFENSA NACIONAL (AHDN)

(24 de mayo de 1821). "Carta de Pedro Asensio Alquisira a Agustín de Iturbide primer jefe del Ejército Imperial, Zacualpan), XI/481.3/162.
(19 de mayo de 1821). "Carta de Agustín de Iturbide a Pedro Asensio Alquisira, Campo", XI/481.3/162.
(18 de mayo de 1821). "Carta al parecer de José Antonio de Echávarri firmada en Guautilla", XI/481.3/1832.
(9 de mayo de 1821). "Carta de Pedro Asensio Alquisira al señor Teniente Coronel José Manuel Izquierdo, Malinaltenango", XI/481.3/162.
(8 de mayo de 1821). "Carta de Pedro Asensio Alquisira al capitán Manuel Vasconcelos, Tonatico", XI/481.3/162.
(7 de mayo de 1821). "Carta de Pedro Asensio Alquisira a Agustín de Iturbide primer jefe del Ejército Protector de las Tres Garantías, Tonatico", XI/481.3/162.
(30 de abril de 1821). "Carta de Pedro Asensio Alquisira a Agustín de Iturbide primer jefe del Ejército Protector de las Tres Garantías, Zacualpan), XI/481.3/155.
(28 de abril de 1821). "Carta de Pedro Asensio Alquisira a Agustín de Iturbide primer jefe del Ejército Protector de las Tres Garantías, Zacualpan", XI/481.3/162.
(29 de marzo de 1821). "Carta de Pedro Asensio Alquisira a Agustín de Iturbide primer jefe del Ejército Protector de las Tres Garantías, Teloloapan", XI/481.3/162.
(26 de marzo de 1821). "Carta de Pedro Asensio Alquisira a Agustín de Iturbide primer jefe del Ejército Protector de las Tres Garantías, Meza", XI/481.3/162.

BIBLIOGRAFÍA

Alamán, L. (1942). *Historia de México*, México, Editorial JUS, t. quinto.
Álvarez Fabela, R. (2006). *Tlahuicas*, México, Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas.
Bustamante, C. (1985). *Cuadro histórico de la revolución mexicana 1810* (edición facsimilar), México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las

Revoluciones de México, Instituto Nacional Helénico, Fondo de Cultura Económica, t. V.

Cavo, A. (1852). *Los tres siglos de Méjico durante el gobierno español hasta la entrada del Ejército Trigarante, obra escrita en Roma por el padre Andrés Cavo, de la compañía de Jesús publicada con notas y suplemento por el licenciado Carlos María de Bustamante*, Méjico, Imprenta de J. R. Navarro, Editor.

Miquel i Verges, J. (1980). "José María López Rayón". *Diccionario de insurgentes*, México, Editorial Porrúa.

Salcedo Guerrero, M. (1978). *Vicente Guerrero´s truggle for mexican Independence, 1810-1821*, University of California, Santa Bárbara, tesis doctoral.

Villaseñor y Villaseñor, A. (1980). *Biografías de los héroes y caudillos de la independencia* (Biblioteca de autores mexicanos 76), México, Editorial Valle de México.

Warren Johnson, A. (2011), "Un caudillo olvidado: la participación de Pedro Asencio en la lucha insurgente". Jaime Salazar Adame (coord.). *Independencia y revolución en el Estado de Guerrero*, México, Gobierno del Estado de Guerrero, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

# SEMBLANZAS

## BETANIA PANIAGUA REYNOSO

Es docente, gestora, productora, directora teatral y protagonista de las artes escénicas mexiquenses desde hace más de 20 años. Es hija del poeta Francisco Paniagua, lo cual la hizo relacionarse con el arte desde pequeña. Ha dirigido más de 30 montajes (teatro, ópera y *streaming*), los cuales se han presentado en festivales nacionales e internacionales y en 2021 colaboró, con la Secretaría de la Defensa Nacional (Sedena) y la Secretaría de Cultura y Turismo (SCyT), en la primera Representación de la Batalla del Monte de las Cruces. Se desempeña, desde hace tres lustros, como catedrática de las licenciaturas en artes teatrales y comunicación de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMÉX). En 2012, publica el libro *Hacia la construcción de un teatro propio*. Como gestora y productora, en 2018 decide emprender y apertura Teatro Landó.

## PILAR REGUEIRO SUÁREZ

Es licenciada en historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), maestra y doctora en estudios mesoamericanos por la misma universidad. Trabaja temas relacionados con la organización sociopolítica maya de la época prehispánica, la participación de las mujeres en la Conquista de México y la documentación novohispana de tradición indígena. Ha colaborado en proyectos como el *Diccionario de Abreviaturas Novohispanas Ak'ab Ts'ib, Universos Sonoros Mayas* (UNAM) y *Códices de México* (Biblioteca Nacional de Antropología e Historia), así como en el Archivo Histórico de la Provincia Agustiniana de Michoacán (APAMI). Es autora de diversos artículos publicados en libros y revistas académicas, así como de los libros *Manual práctico de la lengua mexicana. Siglo XVIII* (2016), en coautoría con Baltazar Brito; *Lienzo de Tlaxcala*

(2021), en coautoría con Baltazar Brito, Itzel González, Rosalba Sánchez y Juan Manuel Pérez, y fue editora de *La Conquista de Tenochtitlán y las otras conquistas* (2022). Actualmente, realiza una estancia postdoctoral en el Middle American Research Institute, en la Universidad de Tulane.

## JOAQUÍN E. ESPINOSA AGUIRRE

Es maestro en historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y miembro del Programa de Doctorado en Historia de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (UMSNH). Sus líneas de investigación se relacionan con el papel de las fuerzas armadas durante la guerra de Independencia en las provincias de Guanajuato y Michoacán, así como la figura de Agustín de Iturbide, del que actualmente está realizando una biografía. Obtuvo el Premio "Ernesto de la Torre Villar" 2019, otorgado por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM) a la mejor investigación sobre la Independencia de México, así como una mención honorífica en el Premio "Atanasio G. Saravia" 2018-2019, por su investigación sobre "Historia Regional Mexicana", otorgado por Fomento Cultural Banamex.

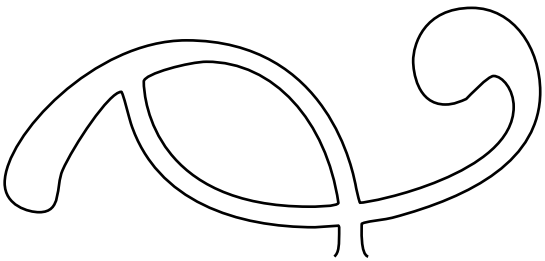
Es autor del libro *Que se organicen sus pueblos. Agustín de Iturbide y la contrainsurgencia en la comandancia de Guanajuato (1813-1816)* (INEHRM, Universidad Michoacana e Instituto de Cultura Estatal de Guanajuato, 2022), así como de artículos y capítulos en libros entre los que destacan "Que diez hombres parezcan cientos. Un ensayo de militarización cuantitativa en la comandancia de Guanajuato (1813-1817)", en la revista *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*; "Fin de la guerra, ¿fin de la militarización? Las fuerzas armadas en Guanajuato en la transición a la vida independiente (1816-1824)", en el libro *Después de la guerra, el comienzo. Independencia, pacificación y reconstrucción en México*, y "Agustín de Iturbide, el comandante contrainsurgente, 1810-1820", en el libro conmemorativo *Los Tratados de Córdoba y la consumación de la Independencia*.

## RODRIGO SÁNCHEZ ARCE

Es escritor, politólogo e investigador para la paz, originario de Toluca. Ha sido servidor público desde hace 25 años en los gobiernos federal y estatal y en el Instituto Electoral del Estado de México (IEEM). Es profesor de asignatura y asesor de tesis en la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMÉX) y en diversas instituciones de educación privada, articulista y comentarista con temas de paz, no violencia, historia, cultura y relaciones internacionales en diversos medios impresos y electrónicos. Es autor y colaborador en publicaciones del Fondo Editorial Estado de México (FOEM) y del Ayuntamiento de Toluca, en artículos publicados en diversos libros colectivos, algunos de ellos premiados en certámenes. Actualmente es integrante del Comité Técnico del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal (CEAPE), editorial pública encargada de la producción del sello FOEM.

## EDUARDO MIRANDA ARRIETA

Es originario de Balsas, Guerrero. Estudió en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (UMSNH). Es maestro en historia por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y obtuvo el grado de doctor en historia de América por la Universidad Pablo de Olavide (UPO), de España. Es profesor investigador del Instituto de Investigaciones Históricas y catedrático en la Facultad de Historia de la UMSNH. Forma parte del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) y es autor de los libros *Entre armas y tradiciones. Los indígenas de Guerrero en el siglo XIX*; *Nicolás Bravo. Acción y discurso de un insurgente republicano mexicano, 1810-1854*; *Manuel Zavala. Noticias de un militar y su diario en el siglo XIX,* y *Por el rey y por la Independencia mexicana. José Gabriel Armijo y Vicente Guerrero (1814-1821),* estos últimos en coautoría. Ha escrito varios artículos y capítulos de libros, destacando el ensayo *Antonina Guevara. Encrucijada y destino de una mujer en la insurgencia de la América mexicana*, merecedor de una mención especial en el Concurso de Ensayo sobre la Independencia y la Revolución Mexicana del Senado de la República en 2009. Ganador del Premio Nacional Creación de la Biografía de *Nicolás Bravo*, obra publicada por el Gobierno del Estado de Guerrero.



*Representación de la Batalla del Monte de las Cruces y Conmemoraciones 2021*, se terminó de imprimir en julio de 2023 en los talleres gráficos de Rospar Papelera y Suministros Conexos, S. A. de C. V., ubicados en Avenida Río Pánuco con números exterior 5543 e interior 4, en la colonia Jardines de San Manuel, Heroica Puebla de Zaragoza, Puebla, C. P. 72570. El tiraje consta de quinientos ejemplares. Para su formación se utilizó la familia tipográfica Adobe Caslon Pro, de Carol Twombly, de la fundidora Adobe Systems Inc. Concepto editorial: Hugo Ortíz. Formación, portada y supervisión en imprenta: Jesús Daniel Pichardo Vargas. Cuidado de la edición: Elisena Ménez Sánchez, Adso Eduardo Gutiérrez Espinoza, Grecia Yisel Millán Herrera y los autores. Editor responsable: Alejandro Pérez Sáez.

COLECCIÓN IDENTIDAD HISTORIA

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE MÉXICO

CRECE LEYENDO

Entre las representaciones históricas que se han realizado en México, hay una que faltaba llevar a escena: la Batalla del Montes de las Cruces. Esta obra contiene la crónica de dicha representación épica y única, la cual contó con una gran producción teatral y más de un centenar de actrices y actores, realizada el 30 de octubre de 2021, en el mismo lugar en que ocurrió en tiempos de la guerra insurgente, en el municipio de Ocoyoacac.

Además, encontraremos cinco ensayos en relación con los 500 años de la Conquista y el Bicentenario de la Consumación de la Independencia, a cargo de autores de Ciudad de México, Morelia y Toluca, quienes desde una visión nacional y local reflexionan en torno a las nuevas interpretaciones de las Conmemoraciones 2021.

ISBN-13 978-607-59708-3-7
9 786075 970837

GOBIERNO DEL ESTADO DE MÉXICO

CONSEJO EDITORIAL de la Administración Pública Estatal

EDOMÉX
DECISIONES FIRMES, RESULTADOS FUERTES.